
La pelirroja soy yo
PATRICIA SAÑES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Muerta en vida

Primera vez

«Hola, depresión»

Masaje de remonte

El reencuentro

Método sha

El confesionario

Mi polo opuesto

Gin, «la yonqui»

El corsé de la vida adulta

Cuarenta y cinco minutos de tregua

Mi vida antes del apagón

Quiero ser una majorette

Mesa para dos

Entre bastones de caramelo

Hogar, dulce hogar

La cabaña

Enamorada… ¿yo?

Yo, hoy

Vivir en penumbra

Caída libre

La chica del corte bob

Sin noticias de gurb

En estado de alerta

Ese enigma llamado «felicidad»

¿Verdura o chocolate?

Encarcelada

La caprichosa

Cosas normales

Bienvenidos a mi clóset

El pasado siempre vuelve

Estoy sola

La llamada

«Esto no está pasando»

En carne viva

Juntos pero no revueltos

Persianas bajadas

Vuelta a la casilla de salida

Punto y aparte

Y ahora, ¿qué?

Con mi «loquero», al fin del mundo

Cara a cara con papá

¿Quién carajo soy yo?

Síndrome de peter pan

Dejar la vida a medias

Mi «espacio seguro»

¿Amar o no amar? Esa es la cuestión

Gin contra gin

¡Sorpresa!

La droga que mueve el mundo

El banco de alonso martínez

Un bulto negro

Fuera del sistema

La lista de deseos

Soportar la vida

Así, sin más

«Nos vemos en el cielo»

Romper el círculo

¿Y qué es vivir?

Diario de agradecimiento

A la milanesa

Vivita y coleando

Sin reproches

El puzle que no encaja

Una para todas y todas para una

Esa palabra que me viene grande

Subidón de oxitocina

«No puedo esperar al postre»

De vuelta al ruedo

«Estás haciendo el ridículo»

Excusatio non petita, accusatio manifesta

Cuenta atrás

En el atelier de bruna

A medio gas

Pijama y garbanzos

Maldita ex

Cambio de bando

A traición

Cuando seamos mayores

Ya me has oído

El mundo de costanza

La mesa rota

Eliurpi

«Estamos a tiempo de dar la vuelta»

Mi vida en cajas

Bienvenida, Mencía

Vida nueva y jarrones vintage

Esa chica ¿feliz?

El anticuario (al que no volveré)

Con la mosca detrás de la oreja

La hora de la verdad

¡Gracias, gracias y más gracias!

Notas

Créditos

La pelirroja soy yo

Patricia Sañes

LUNWERG
EDITORES

A mamá, por TODO

Muerta en vida

El sonido intermitente de la alarma me anima a salir de la cama sin éxito. Un blíster de pastillas de Seroxat descansa en mi mesita de noche junto al frasco Blanche, de Byredo. Suelo perfumarme antes de acostarme. Bueno, solía. Ahora no tengo ganas. Logro apagar la alarma del iPhone sin asomar la cabeza. Sigo acurrucada bajo mis sábanas blancas de algodón egipcio. Ya no huelen a limpio. He olvidado la última vez que me armé de valor para ponerlas en la lavadora.

Un rayo de sol se cuela tímidamente por el hueco de la persiana, que no cierra bien. Empieza un nuevo día. Y no sé cómo voy a sobrevivir a él.

Deambulo hasta la ducha. Mi paso es lento, muy lento, y tan desganado como mi apetito. Un chorro de agua fría me arranca un chillido quejoso. Noto flaquear mis piernas, el peso de mi escuálido cuerpo es demasiado para ellas. Me siento en el plato de ducha y abrazo mis rodillas, mientras el agua cae a borbotones sobre mi piel blancucha. No pienso en nada.

Me enjabono como una autómata y decido pasar de lavarme el pelo. Una vez más. Mi melena pelirroja brilla por exceso de grasa. Pero me da igual. En realidad, todo me da igual. Enrollo el pelo en un moño mal hecho y vuelvo a la cama.

Pimienta asoma la patita bajo la almohada que la cobija. Desde que empezó el calvario, esta cavalier color canela se ha convertido en mi guardaespaldas. Es como si intuyera el pozo en el que estoy

metida. La noto hambrienta. Creo que olvidé darle de cenar. Los remordimientos —y el pienso— me ayudan a cambiar la cama por el sofá. El piso sigue a oscuras. Para qué subir las persianas y ver cómo, un día más, el mundo me da la espalda.

Ya me he acostumbrado a mi nueva rutina: la voz de la presentadora de La 1 me acompaña todas las mañanas mientras dormito. Esta profunda desazón me chupa hasta el último resquicio de energía. Muchas tardes, me tumbo en el suelo durante horas, incapaz de levantarme. No tengo fuerzas. Y no sé si quiero tenerlas.

El cambio de presentador televisivo me avisa de que es la hora de comer. Suelo pedir un Glovo y nunca varío de menú: poke de quinoa, aguacate, salmón, cebolla, wakame y semillas de sésamo con extra de soja. Otras veces descongelo una bolsa de arroz tres delicias. Las compro a granel el día que me arrastro hasta el súper. De postre, natillas caducadas que, por cierto, me sientan de maravilla. Creo que se inventan las fechas de vencimiento.



Primera vez

El despacho de mi psiquiatra no es tan aséptico como imaginaba. Estoy sentada en una butaca de piel desgastada frente a un secreter que también acumula años. A mi izquierda me custodia una pila ingente de folios desordenados. Espero inquieta la llegada del doctor, mientras escudriño sus dominios en busca de alguna pista sobre su personalidad. Las paredes están pintadas de un tono verdoso, la amiga decoradora de mi madre lo llamaría *verde mint*. Descubro la figurita de una virgen junto a un cenicero de plata impoluto. Un PC de los de antes ocupa la mitad del escritorio. No hay fotos. Me hubiera gustado saber si me va a tratar un padre de familia o un lobo solitario adicto a la psiquiatría. Aunque, en realidad, las dos opciones me valen. A mi derecha hay una ventana que da a la calle. Las cortinas están echadas.

Una voz ronca irrumpe en la habitación. El doctor Negre me saluda con un fuerte apretón de manos. Mientras se acomoda en una butaca tan desaliñada como él, su expresión afable me invita a confesar. Pero no sé cómo ahondar en los rincones más oscuros de mi mente con un extraño. Tampoco le pongo nombre a esto que me pasa. Mucha gente está triste y no va al médico. Pero aquí estoy yo, pidiéndole a un desconocido que ponga remedio a mis penas. El doctor Negre es mi última esperanza. Convivir con esta desolación me está matando.

—¿Por qué estás aquí, Ginevra? —me pregunta directo a la yugular.

—No lo sé —respondo con un hilo de voz—. Hace semanas que apenas puedo levantarme de la cama.

Noto cómo me ruborizo. Me avergüenza reconocerme tan hecha polvo sin una explicación lógica. Pero Negre no parece sorprenderse y me anima a ponerlo al día.

—Tengo treinta y tres años y soy periodista, pero me dedico a las redes sociales. Mi vida transcurre (o transcurría) entre aeropuertos, *shootings*[1] y rodajes publicitarios. Soy hija de padres separados. Y no me sienta bien ni pensarlo. Cuando mi padre, un reputado piloto de Iberia, perdió el norte por una azafata que podría haber sido mi hermana, me pareció un tópico demasiado soez. Yo tenía catorce años cuando se fue de casa, dejando a mi madre con su cuento de hadas hecho trizas. Ella era de las que creían en el amor para toda la vida. Y me parece que sigue en sus trece. Jamás ha vuelto a enamorarse. Continúa diciendo que el matrimonio es para siempre. Me pone negra escucharla. No debería seguir condenada a un hombre que nunca la mereció. Desde entonces, siento aversión por el matrimonio y todo lo que tenga que ver con relaciones sentimentales a largo plazo. Mi madre sigue ejerciendo de ama de casa entregada, pero su mirada no ha vuelto a ser la misma desde que mi padre hizo saltar por los aires la familia feliz que un día fuimos. O, por lo menos, eso me tragué durante demasiado tiempo.

—Y ahora, ¿cómo os lleváis? Me refiero a tu padre.

—Después de varios años sin hablarle, ahora tenemos una relación normal. Si por normal entiendes comer con él una vez al mes. Suerte que tenía a Sebas, mi hermano mayor, al que adoro y odio a partes iguales. Él se convirtió en nuestro salvavidas cuando papá se fue. Lo recuerdo arrodillado junto a mi cama muchas noches, acariciando mis mechones pelirrojos, mientras yo empapaba la almohada. Y se quedaba ahí, en silencio durante no sé cuánto

tiempo, dejando que mi llanto fluyera sin cortapisas. —El doctor no para de tomar notas a mano, pero eso no le impide seguir el hilo de mi monólogo—. Tuve una infancia feliz que se truncó en la adolescencia con el divorcio de mis padres. Menos mal del Santa Margarita, el colegio de monjas en el que cursé toda mi etapa escolar. Recuerdo muy especialmente a Vicky, la profe de Filosofía que tanto me ayudó a superar esos años complicados. Y a mis amigas, María y Casilda, que venían a estudiar a casa todos los días para que no estuviera sola.

El doctor Negre asiente por primera vez, pero sigue sin decir nada. ¿Este hombre es mudo o qué? Para evitarme un silencio incómodo, continúo con mi verborrea.

—Sinceramente, no tengo ni puñetera idea de lo que me está pasando. ¿Por qué no tengo fuerzas para andar? ¿Por qué me da miedo salir de casa? ¿Por qué no tengo hambre? ¿Por qué prefiero las zapatillas de estar por casa a mis mocasines Celine? No sabía que vivir podía pesar tanto.

—¿Duermes bien? —Negre cambia de tercio sin responder a ninguna de mis preguntas. Su aparente falta de empatía empieza a mosquearme.

—Suelo desvelarme de madrugada. —No sé qué narices tiene que ver el sueño con mi desilusión vital.

El doctor Negre conserva su semblante hierático durante los cincuenta minutos que dura la sesión. Salgo de su consulta con el alma encogida y una receta que dice: «Seroxat 20 mg y Orfidal 1 mg». El primero aliviará los síntomas de mi depresión (por fin tengo un nombre) y lo segundo amainará el estado de nerviosismo y ansiedad en el que vivo las veinticuatro horas del día. A veces tengo la sensación de ser un cóctel molotov a punto de explotar. Es la

primera vez que voy a medicarme con regularidad. Hasta hoy, no conocía mucho más allá del Ibuprofeno y el Fluimucil Forte.

Cruzo el umbral de la farmacia nerviosa y, sin mediar palabra, extiendo la receta a una mujer de unos cuarenta y tantos. Antes muerta que pronunciar en voz alta las palabras Orfidal y Seroxat. Ahora mismo me parecen armas de destrucción masiva. Escondo en mi bolso las cajitas que me delatan, pago lo más rápido que puedo y salgo como una exhalación de aquel lugar mordiéndome el pulgar. Adiós a la única uña que conservaba su esmalte.



«Hola, depresión»

La mente es poderosa y sádica. La mía se esfuerza todos los días por enterrar mi cuerpo, aún caliente, para aniquilar cualquier atisbo de vida. Con ella viajo a los recovecos más siniestros del alma, allí donde no soy nadie ni valgo para nada. Y en este bucle de autodestrucción siempre aparece ella: la culpa. La misma que te grita: «¡Si no te levantas del suelo es porque no quieres!». La culpa no da tregua. Y te engaña con la falsa premisa de que todo es cuestión de querer «animarse». Y así lo entienden todos. Así te ve el mundo. Y eso te hace sentir aún más pequeña.

Abro un ojo a regañadientes. Miro la hora en el diminuto reloj de muñeca que heredé de mi abuela. No recuerdo la última vez que me quité su Cartier de oro amarillo. Es mi manera de llevarla conmigo.

Ya es mediodía. Llevo durmiendo desde las ocho de la tarde anterior. Dormir es el único antídoto para dejar de sentir.

En un acto casi heroico, decido levantar la persiana. Hoy sí. Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la luz. Llevo muchos días (no sé cuántos) viviendo en penumbra. Contemplo, absorta, cómo un tímido rayo de sol ilumina los geranios rojos de mi vecina. No hay prueba de vida más fehaciente que ellos. «Y tú eres la prueba de lo contrario», me digo con sorna.

Entreabro la ventana y una brizna de aire frío acaricia mi mejilla. Vale, puede que, después de todo, sentir no duela siempre. Corro de nuevo las cortinas de lino. Entra demasiada luz. Me quedo de pie tras ellas, intuyendo el ir y venir de la gente por el movimiento de

sus sombras. Pero no soy capaz de anhelar la normalidad de sus vidas.

De camino a la despensa, me topo sin querer con mi reflejo. El surco de las ojeras resalta el blanco nuclear de mi piel. Tengo los labios cuarteados. Hace días que no me peino. Mi pobre melena pelirroja está condenada a vivir entre nudos. Ya he notado cuatro.

Tampoco me atrevo a ponerme mis «vaqueros de la verdad». Esos que me dicen sin rodeos cuándo engordo o adelgazo. Me temo que voy a bailar en ellos. Las facciones de mi cara —cada vez más angulosas— no engañan.

El sofá ha empezado a deformarse por el lado izquierdo. Ahí es donde suelo pasar el día, fustigándome por ser un despojo humano sin la menor intención de revertir la situación. A menudo Pimienta se tumba a mi lado. Su peso pluma todavía no ha conseguido dejar huella en el relleno del sofá.

La luz de la pantalla de mi móvil me alerta de un nuevo *whats*. Cuando leo el nombre del remitente, casi me caigo al suelo. A mi favor debo decir que estaba retozando al borde del asiento. Noto cómo mi corazón se doblega con pasmosa facilidad. Tardo diecisiete minutos en leer su mensaje. No quiero parecer desesperada (aunque lo esté). «Recién aterrizado en Madrid. ¿Nos vemos?» Y, en un abrir y cerrar de ojos, Claudio pone mi vida del revés.



Masaje de remonte

Me tumbo en la camilla y noto, agradecida, el calor de la esterilla cuando me cubro con el edredón blanco. Mi piel necesita un milagro antes de ver a Claudio, y eso solo puede conseguirlo el famoso «masaje remonte» de Silvia, mi facialista desde hace una década. Ojalá pudiera remontar mi vida entera, pero por algo tendré que empezar.

Sus manos se funden con mi piel en deliciosos movimientos circulares. Me pica la cara por culpa del exfoliante. Es una sensación agridulce. Pero enseguida llega la recompensa: el masaje de brazos que siempre pido «con mucha presión, por favor», mientras actúa la mascarilla.

Suelo —solía— visitar a Silvia una vez a la semana. En octubre celebrábamos nuestra particular vuelta al cole y agendábamos una batería de tratamientos para las semanas venideras. Respeto el sol menos de lo que debería y, cuando dejo el verano atrás, vuelvo al redil cual hija pródiga para minimizar sus estragos.

Qué tiempos aquellos en los que me preocupaba verme bien. Antes no perdonaba la limpieza facial diaria o el exfoliante semanal. El pijama lo esconde todo. Hasta los pelos incipientes de mis piernas y la piel escamada por falta de hidratante.



El reencuentro

Llego premeditadamente tarde. Me he puesto litros de Touche Éclat para intentar disimular mis ojeras. Creo que no lo he conseguido. Estoy derrotada por dentro, pero necesito que mis pestañas rizadas y mis labios sonrosados digan lo contrario. Veo a Claudio recostado contra el cristal de la cafetería de Malasaña. Nuestras miradas se encuentran mientras camino hacia él con piernas temblorosas. Enseguida desvío la mía. Él me sonríe, con esa mueca pícara tan suya, sin apartar los ojos de mí.

Sus rizos morenos están mojados por la lluvia, presume de barba de tres días y lleva esa camisa vaquera que tanto me gusta. No me lo está poniendo fácil. Me deshago de mi chubasquero amarillo antes de armarme de valor para sentarme frente a él y saludarlo con un beso en cada mejilla.

—¡Cuánto tiempo, Clau! —Mi tono dicharachero suena poco creíble. Pero pienso seguir con mi farsa de chica feliz.

Sé que le debo una explicación. Bueno..., quizá más de una. Desde nuestra última noche en Lago di Como, no he respondido a sus llamadas ni a la decena de whatsapps que me envió y que, por supuesto, leí.

«¿Por dónde empiezo?», pregunto para mis adentros. A lo que mi voz interior responde, más ridícula que nunca: «Hola, tengo depresión y he desaparecido de tu vida por vergüenza y miedo. Pero aquí me tienes, perdidamente enamorada de ti».

Realmente, doy pena. Antes muerta que decirle la verdad. Agradezco que Claudio tome las riendas de la situación.

—Te he echado de menos, Ginevra. —Noto cómo mi coraza empieza a deshelarse—. ¿Dónde te habías metido? —me pregunta en tono cariñoso, mientras entrelaza sus dedos con los míos. Un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza. Es el efecto Claudio. Yo, en su situación, no sería tan indulgente. Tartamudeo sin saber muy bien qué responder.

—No estoy segura de lo que siento por ti —le espeto para mi sorpresa. Es el único atajo que atisbo para mentir con credibilidad. Su mano abandona la mía en cuanto esas palabras salen de mi boca. Por primera vez, veo a un Claudio fuera de juego. El desconcierto endurece las facciones de su rostro. Un silencio ensordecedor se apodera de los dos, solo el repiqueteo de su cucharita de café se atreve a interrumpirlo—. Estos últimos meses han pasado muchas cosas... —le confieso con un hilo de voz. Y cuando estoy a punto de sincerarme con el corazón absolutamente desarmado, Claudio da un vuelco inesperado a la historia, recobrando el orgullo que parecía haber perdido durante unos segundos.

—Supongo que se acabó, Gin —me suelta con una frialdad impropia de él. No atino a contradecirlo. Su inesperado giro de guion me deja hundida. Sin saberlo, Claudio acaba de firmar mi acta de defunción.

Camino por la calle Barquillo como un fantasma. Mi cuerpo responde a cámara lenta. Me cuesta poner un pie delante del otro y echar a andar. El estado de letargo en el que vivo me paraliza por dentro y por fuera. Paso de largo por la floristería que tanto me gusta. Antes de que mi vida se fundiera a negro, habría sido incapaz de dejarla atrás, renunciando a interrogar a Pancho sobre sus

germinis, hortensias y magnolias, para acabar, como siempre, llevándome un ramo de gerberas fucsias. Soy una chica de costumbres. Sigo caminando hacia casa en mi desesperanza, con ganas de volver a la cama. Supongo que he malgastado con Claudio la poca energía que tenía, y el esfuerzo me está pasando factura. Ni siquiera sé por qué he acudido a la cita. Supongo que las ganas de verlo han podido con todo. Aunque no tenía planeado que fuera la última vez.

Cae la noche y empiezo a ponerme nerviosa. El insomnio acecha. Hace una semana que no duermo más de tres horas del tirón.

Me meto en la cama, mi refugio diurno y mi castigo nocturno, y dejo que las sábanas frías envuelvan mi cuerpo deprimido. Me tienta encender la tele —solo un capítulo más, me susurro—, pero el doctor Negre fue muy claro: «Evita cualquier estímulo antes de acostarte». Obedezco y pongo a cargar el iPhone boca abajo para eludir cualquier alerta luminosa. Trago saliva y vuelvo a notar ese nudo en el estómago. Enciendo la vela que tengo en mi mesita de noche. El olor a mediterráneo y miel me relaja. El parpadeo de la llama consigue despistar mi mente por unos minutos. El tiempo justo para que Claudio vuelva a colarse en mis pensamientos. Noto cómo se me encoge el corazón hasta arrugarse como una servilleta usada y maltrecha. Apago la vela de un soplido. Y espero que su recuerdo se esfume a la misma velocidad.

Me despierto al alba con los ojos humedecidos. Y eso que todavía no estoy lo suficientemente lúcida como para recordar que Claudio ya es pasado. Las primeras lágrimas ruedan, tímidamente, mejilla abajo hasta convertirse en un manantial incontrolable. Mi mente me devuelve su imagen al otro lado del cristal de la cafetería, lanzándome un beso de despedida antes de hacerse pequeñito, calle

abajo. Ni siquiera sé en qué hotel se aloja. Aunque tampoco cambiaría nada.

La almohada está muy mojada. Le doy la vuelta. Pretendo seguir durmiendo. Quizá sea la única manera de acallar mi llanto. «Tengo todo el día para hacer la maleta», me digo justificando mi desgana por levantarme. Mañana vuelo a Alicante.



Método sha

Ingreso en Sha Wellness con mi sistema nervioso al borde del colapso y una agenda abarrotada de citas médicas. Greta, la responsable de comunicación, lleva tiempo animándome a visitar esta clínica de bienestar que recurre a terapias naturales, alimentación saludable y los últimos avances de la medicina occidental.

Después de ponerme el albornoz —aquí no hay otro *dress code*—, acudo puntual a mi primera prueba: diagnóstico preventivo avanzado. Entro en una sala blanca de diseño futurista donde miden mi resiliencia al estrés, masa muscular y capacidad cognitiva, entre otras tantísimas variables. Una hora después, me hacen la higiene bucal más increíble de mi vida, con ácido hialurónico. Y yo pensando que solo se inyectaba para quitar años. Bendita ignorancia.

Antes de cenar, tengo hora con la nutricionista.

—Desayuno tostadas con pavo y zumo de naranja recién exprimido —le digo a la doctora con orgullo.

A lo que Melanie me responde:

—Deberías cambiar de hábitos.

Su alternativa es un *porridge* y una infusión de jengibre. No puedo reprimir una mueca de desaprobación, que ella ignora prosiguiendo con un listado de tips nutricionales. Es la primera vez que escucho hablar de hamburguesas de seitán y boniato, melaza de arroz y chocolate eco.

Mi día aquí empieza a las 7:30 h. Tras una ducha caliente, vuelo hacia mi primera clase de Técnicas Pranayama. Esta antigua práctica me enseña a manipular conscientemente la respiración, algo que no había hecho en mi vida.

Empiezo a inhalar profundamente, llenando cada recoveco de mis pulmones. No recuerdo la última vez que respiré con tiempo. Mi mente se concentra en cada inhalación y noto cómo mi alma se calma al exhalar. Entro en un completo estado de relajación. Por una hora, mi batiburrillo interior se esfuma. Minihito conseguido.

Llego al desayuno hambrienta y me siento en una de las mesas del restaurante que dan al mar. Una camarera con semblante cariñoso me invita a probar en ayunas la sopa de miso.

—Es un buen probiótico —me informa. Creo que voy a vomitar con la primera cucharada. Pruebo dos más y me doy por vencida—. No está mal para ser el primer día —me anima la misma mujer, que ahora me sirve yogur de coco y frutos rojos, humus y bizcocho de calabaza. Su textura es esponjosa y tiene un sabor dulce. La cosa mejora, pero mi estado de ánimo sigue naufragando. No tengo un motivo aparente que justifique el llanto que amenaza con estallar de un momento a otro en medio del restaurante. Corro a refugiarme en mi habitación, donde me rompo en mil pedazos. La depresión te lleva al rincón más oscuro de tus entrañas y te abandona a tu suerte. Es cruel e invisible. Y triste, muy triste.

No encuentro ninguna excusa creíble para faltar a mi próxima cita. Supongo que por eso consigo levantarme del suelo. De camino a mi sesión de watsu, me cruzo con una mujer de mediana edad y acento mexicano que me saluda efusivamente. Es la primera vez que nos vemos, pero me dedica la sonrisa más entrañable del mundo. Se la devuelvo como puedo. Hace meses que no sonrío por iniciativa propia.

Practicar watsu es una experiencia casi sobrenatural que combina relajación y masaje shiatsu en el agua. Dicen que reduce los niveles de estrés y mejora el estado de ánimo.

Procuro esconder mis ojos enrojecidos por el llanto, cuando me meto en una pequeña piscina a 35 ºC. Me sigue el instructor.

—Cierra los ojos y déjate llevar.

Para mi sorpresa, Miguel empieza a acunarme lentamente. Nunca me había sentido tan ridícula. Noto cómo estira mis músculos bajo el agua mientras mi cuerpo se va desenroscando lentamente. Entro en una especie de hipnosis de lo más placentera. Creo que hasta me duermo unos minutos. O más.

Sigo flotando a su merced hasta que mi espalda se topa con la pared. Abro los ojos, inquieta, y me encuentro con el instructor observándome al otro lado de la piscina. Qué hombre más raro.

—¿Hemos acabado? —pregunto, algo desconcertada.

—Cuando tú quieras —me responde.

Dicen que practicar watsu es lo más parecido a volver a flotar en el líquido amniótico del vientre materno. Cuántas veces he deseado volver a ser niña para acurrucarme en el regazo de mi madre. Ahí donde nada malo puede pasarme, ahí donde la depresión jamás me habría alcanzado.

Lista de propósitos realistas post-Sha: dejar el móvil a las nueve de la noche, cambiar Netflix por un libro un día a la semana (me vale cualquiera de los que tengo amontonados en la mesita de noche), eliminar la carne roja de mi dieta e incluir chía y espaguetis de garbanzos... ¡Ah, y practicar yoga!

Llegar al aeropuerto es una bofetada de realidad. El ir y venir de gente nerviosa, cargando maletas y arrastrando niños que berrean por culpa de las prisas adultas me supone un shock cultural, después de estos cinco días viviendo a otro tempo. Igual que los

puestos de comida rápida y bocadillos recalentados que copan la terminal. El mundo no va a ponerme fácil cumplir con mis nuevos hábitos. Pero la cuestión es si seré capaz de lidiar con él.



El confesionario

Nunca me he hecho mechas. Creo que mi pelirrojo es un puntazo. Ser la diferente siempre me ha gustado. Aun así, acudo a mi confesionario amigo —alias *la pelu*— una vez al mes para hacerme todos los tratamientos de brillo e hidratación que existen. Y, solo a veces, me corto las puntas.

Franco se acerca a mí con su metro noventa de estatura y unos ojazos verdes que eclipsan. Lleva lentillas, pero nunca me lo ha dicho. El acento argentino lo hace aún más irresistible. Y su bronceado permanente delata su afición por viajar a Miami.

—Tenemos que desterrar este look «Virgin Mary» que llevas. —Franco me arranca la primera carcajada en meses. Mi peluquero acumula muchos intentos de cortar mi melena o, por lo menos, desfilar alguna capa. Pero yo me mantengo fiel a mi pelo infinito de puntas milimétricamente alineadas.

—¿Me cortas medio centímetro con maquinilla, por favor? —Franco enarbola sus cejas y suspira, en señal de desespero.

—Me rindo, voy a por ella.

Lo veo alejarse con sus pantalones pitillo y mocasines Gucci. Tiene un culo respingón que potencia a sabiendas. Mi peluquero es demasiado bueno en su trabajo, supongo que por eso nunca le ha tentado ser modelo. Siempre que subo un *story* con él y mis puntas recién cortadas, recibo un aluvión de mensajes preguntando por «el guapo de la foto».

—¡Menudo tirón tienes en redes! —le digo. Franco esboza una pícara sonrisa. Cómo le gusta gustar.

Sentada frente al espejo, evito toparme con mi reflejo. Estoy concentrada en fingir ser la Gin carismática y dicharachera de siempre. La misma que acaparaba cualquier conversación. Cada vez se me da mejor enmascarar la tristeza.

Pido un zumo de melocotón mientras «bicheo» por Instagram. Hace tres semanas que no publico y unos cinco días que no entro en mi perfil. Mi último post tiene ¡1.223 comentarios! Los leo todos. Algunos preguntan por qué he desaparecido del mapa y otros me brindan su apoyo, dando por hecho que estoy pasando una mala racha (chicos listos). Sea como fuere, tanta atención me abruma y presiona a partes iguales. Mi creatividad se esfumó cuando empezó esta pesadilla. Y, para ser sincera, no tengo la menor idea de cómo recuperarla.



Mi polo opuesto

Llevo seis días sin salir de la cama. Y habría seguido otros tantos más si Sebas no hubiera aparecido en casa.

Abro la puerta a mi hermano mayor con el ceño fruncido. Sebas no oculta su cara de asombro al verme en pijama a las cinco de la tarde.

—Llevas una semana sin dar señales de vida. Mamá y papá están muy preocupados —me regaña mientras abre las ventanas del salón de par en par—. Gin, ¿qué narices te pasa? ¡No te reconozco!

—¡Ni yo! —le grito con rabia—. Si esta es tu manera de ayudar, podrías ahorrarte el esfuerzo.

—¿Y cómo tengo que hacerlo?

—No lo sé, pero así, no. —Estallo a llorar y Sebas me rodea con sus brazos esculpidos a golpe de gimnasio.

—Llama al médico.

—¿Y qué le digo?

—Pues cómo te sientes.

—Si ni yo misma lo sé, Sebas. Solo quiero llorar y desaparecer.

—Adelante, repíteselo.

—¡Qué vergüenza!

—Gin, necesitas apoyo profesional. Los demás no sabemos cómo ayudarte.

Finalmente, asiento con el rostro bañado en lágrimas. Sé que el doctor Negre es la única opción realista que tengo para salir de esta. ¿Dónde estará mi móvil? Lo encuentro milagrosamente en la

despensa, junto a un frasco de melaza de arroz por estrenar. Llamo al centro de psiquiatría, operativo los 365 días del año.

—Necesito hablar urgentemente con el doctor Negre —le espeto al recepcionista en cuanto descuelga el teléfono.

—Ahora no puede ponerse, está en una sesión —me responde—. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—Necesito verlo ya, por favor. —Mi tono desesperado lo alerta.

—Espere un momento.

—Buenas tardes, Ginevra. —Reconozco la voz ronca del doctor Negre al instante. Titubeo unos segundos, sin saber cómo decirle que esta dichosa tristeza me está paralizando físicamente.

—No me encuentro bien, doctor, cada día estoy peor. Necesito que me suba la medicación.

—Nos vemos mañana a las dos. —Sus palabras me insuflan el último resquicio de oxígeno que me queda. Mi bombona vital está bajo mínimos.

La depresión ha cambiado hasta mi tono de voz. Antes sonaba fuerte e inoportunamente imperativa, ahora hablo bajito y sin cambios de entonación. Apoyo mi mejilla fría en la infusión de manzana que Sebas acaba de prepararme. No hay nada mejor que el abrazo de una taza caliente en invierno.

—Esto también pasará, palabra de hermano mayor.

Solo nos llevamos cuatro años, pero, por su madurez, a veces parece que nos separe toda una vida. Como buen ingeniero industrial, Sebas mide la vida en porcentajes —incluso las emociones — y el muy asqueroso siempre da a las cosas la importancia que tienen. Lo de *asqueroso* lo digo con cariño y envidia porque yo tiendo a sobredimensionarlo todo, y eso distorsiona mi percepción de la realidad.

Sebas es el tipo más ecuánime que conozco. Vamos, mi contrapeso perfecto. Solo lo he visto perder los papeles en el Bernabéu. Nuestro padre le inculcó su pasión por el Real Madrid. También es aficionado al CrossFit, de ahí su tableta de chocolate y unos cuádriceps perfectamente definidos. Entiendo el furor que causa entre las féminas de su quinta y muchas jovencitas. Ha tenido novias de todo tipo. Recuerdo a una veterinaria diez años menor que él. Su moreno jamaicano en pleno febrero me quedó grabado. También estuvo un par de años con una esquiadora profesional de origen canadiense. ¡Ah, y no me olvido de la reportera de televisión! La veíamos todas las noches haciendo directos desde la Moncloa. Cubría la información política. El denominador común de todas ellas era su melena rubia. De ahí que no cuajara con el cañón de mi promoción de Periodismo, una chica andaluza de metro setenta y pico, ojos rasgados y piernas infinitas. Cuando le pregunté por ella, Sebas me respondió con un escueto «ya, pero... es morena».

Ahora está soltero y tranquilo. Bueno, tranquilo está siempre. Da igual que tenga su primera entrevista de trabajo o un partido de tenis con los colegas del cole. Su ritmo cardíaco no se altera. Mi hermano mayor es fuerte y templado. Dos virtudes que lo han convertido en mi tabla de salvación oficial.

Cuando papá se fue, nunca lo vi llorar. Supongo que mi madre y yo no le dimos oportunidad. De un día para otro, se convirtió en el *pater familias*. Solo era un adolescente, pero jamás nos dejó hundirnos.



Gin, «la yonqui»

Caigo como un peso muerto en la butaca de la consulta del doctor Negre. No reparo en su retapizado, raro en mí, y más teniendo en cuenta su nuevo estampado Liberty (¡cómo me gustan las flores!). Incapaz de mantenerme erguida, me recuesto sobre ella. Últimamente, vivo en posición horizontal.

—Ayúdeme, doctor. No puedo continuar así.

—Así, ¿cómo? —me interpela sin apartar los ojos de su libreta.

—Me duele vivir. Solo encuentro consuelo cuando duermo.

—Cuéntame cómo has pasado la última semana.

—En cama —respondo con los ojos vidriosos.

—¿Por qué?

Arqueo las cejas en un evidente gesto de asombro. Este tipo es tonto o está jugando conmigo. «¿A usted qué le parece?», me entran ganas de soltarle, pero contengo mi yo más visceral y respondo con un hilo de voz.

—No lo sé, doctor. Estoy aquí para que me ayude a descubrirlo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre? —¿Y qué diantres tendrá que ver mi padre en todo esto?, me pregunto exasperada.

—Hará un par de semanas. Anteayer lo dejé plantado en Horcher, nuestro restaurante habitual.

—¿Por qué?

—No me apetecía verlo.

—Entiendo. ¿Estás con alguien?

—¿Cómo?

—Si mantienes una relación sentimental con alguien.

—No. A duras penas puedo mantener una relación conmigo misma.

—¿Sexo esporádico?

—Mi apetito sexual está bajo mínimos. Perdone que se lo pregunte, doctor, pero... ¿qué tiene que ver el sexo con la tristeza?

—Los trastornos de estado de ánimo causan falta de libido. —Es la primera vez que una de sus respuestas me tranquiliza. Puede que, después de todo, su interrogatorio tenga una razón de ser—. Voy a aumentarte media pastilla de Seroxat, Ginevra. Notarás cómo mejora tu estado de ánimo.

Por fin algo de cordura. Ahora mismo, tengo más fe en los fármacos que en mi psiquiatra. Cojo la receta con alivio y así, sin más, paso a ser oficialmente una yonqui.



El corsé de la vida adulta

La vida no es *fucking* perfecta. ¿Y por qué no puede serlo? Le pregunto en silencio a una rebanada de pan de pasas y nueces. Voy esparciendo la mantequilla «fácil de untar» (eso siempre) hasta cubrirla por completo. Nunca he entendido a la gente que solo unta el centro de la tostada.

Bebo un sorbo de infusión de jengibre —nuevo hábito post-Sha— justo cuando una punzada de nostalgia me pone en alerta. De repente, vuelvo a ver a esa adolescente con pelo a lo chico corretear por la costa gaditana. Sus pies chapotean en el Atlántico, simulando huir de un pipiolo que baila al son que ella quiere. Aquel año despedí todos los días de agosto tumbada en la arena de la playa con Mauro, los dos rebozados de pies a cabeza. Siempre nos olvidábamos las toallas, pero poco —o nada— importaba. Con las manos entrelazadas, imaginábamos una vida juntos en algún pueblecito costero. Con mar y niños. Así era nuestra vida ilusoria.

Bendito amor adolescente. Cómo añoro la autenticidad de la virginidad emocional. Nada ni nadie nos prepara para el corsé de la vida adulta. A veces pienso que crecer es una trampa. Hay sueños y amores que no sobreviven al paso del tiempo. Y ese arrojo que puede con todo va perdiendo fuelle con los años. Es lo que tiene darse de bruces con la realidad. Entender que ese amor de juventud se quedó en la playa para no volver. Entender que la inocencia no ayuda en este mundo de locos, entender que ya no puedes decir lo que piensas con la misma libertad que te regala la inexperiencia...

Entender que debes cumplir con unas expectativas que, a veces, no son tuyas.

Me pregunto qué pensaría de mí la Gin adolescente. Seguramente me compadecería al verme aquí sentada, desayunando una tostada recalentada en la oscuridad de mi cocina. La idea de decepcionarla me carcome por dentro. Y, por mucho que me empeñe en disuadirla cuando me tortura con sus sueños imposibles, sé que lo estoy haciendo.



Cuarenta y cinco minutos de tregua

De treinta y seis adolescentes, yo era la cuarta en llegar a la meta. Disfrutaba corriendo en el cole, pero mi relación con el deporte nunca fue a más. Hasta que la alarma de los treinta me obligó a retomar el *running* y descubrí el pilates.

Doblaba la esquina de la calle Almagro con Zurbarán, cuando me topé con el reflejo de una mujer que bailaba al ritmo de unas sentadillas lentas y profundas. Me llamó la atención su melena blanca, perfectamente recogida en una trenza infinita. Sentí una chispa de envidia ante aquel cuerpo escultural, definido en su justa medida, que no renegaba de sus más de sesenta primaveras. Victoria resultó ser la dueña de un centro de pilates que por entonces empezaba a dar sus primeros pasos. Tres años después, mi idilio con ella y sus clases continúa *in crescendo*.

La depresión ha arrasado con todo menos con mis ganas de subirme al Reformer. Concentrarme en la técnica de cada *burpee* mientras contraigo el suelo pélvico me ayuda a distraer la tristeza. Son cuarenta y cinco minutos de tregua.

Entro en el vestuario y me pongo los calcetines antideslizantes con una parsimonia impropia de mí. Pero nadie lo nota. Subo las escaleras hasta llegar a la primera planta, donde una decena de máquinas aguardan a sus usuarias. Yo siempre me pongo en la que está junto a la ventana. Me gusta hacer planchas mientras veo a los clientes de la panadería de al lado. Juego a pillarlos con un trozo de

cruasán en la boca, para sentirme aún más orgullosa de mis incipientes abdominales.

Los últimos quince minutos de clase son mis favoritos. Me doblo en dos colocando la cabeza entre mis rodillas, y masajeo las lumbares contra la esterilla. Las endorfinas bloquean por un instante mi sensación de dolor y soy capaz de disfrutar estirando las escápulas, habitualmente contracturadas.

La voz de Victoria baja de decibelios a la vez que el hilo musical cambia de tempo. Empieza la sesión de relajación con la que acabamos siempre —hay que canalizar toda la energía que acabamos de liberar—. Cubro mi cuerpo con una manta ligera, me fundo con la esterilla y cierro los ojos. Pongo las palmas de las manos boca arriba y noto cómo Victoria deja un cuarzo rosa sobre cada una. El tercero descansa en mi entrecejo. Me gusta sentir el frío de las piedras contra la piel. Victoria susurra sus frases habituales para ayudarnos a entrar en el limbo: «relaja la musculatura de tu rostro», «nota cómo las yemas de tus dedos rozan el aire que te envuelve», «despliega la lengua a lo ancho de tu boca», «imagina que eres una esponja y vas soltando todo lo que te estresa»... Y así va encadenando una con otra hasta que llega el turno de las cervicales. Después de aplicar aceite de lavanda sobre ellas, Vic estira mi cuello con fuerza. La primera vez que lo hizo creí que me lo arrancaba de cuajo. Ahora ya estoy acostumbrada a ese tirón que no sé si me duele o me gusta. La cuestión es que me destensa. Y para eso hemos venido, ¿o no? Y para tener tiparro. Tampoco vamos a negarlo. Al final de la relajación, suelo caer en una ensoñación muy placentera, a veces he llegado a dormirme, pero hoy mi mente es incapaz de desconectar. Va saltando de un pensamiento a otro sin lógica alguna. Y eso me enfurece cada vez más. De las facciones contraídas de Claudio a su despiadado «se

acabó». Mi imaginario se ha ido a nuestra última y desastrosa cita. Vuelvo a verlo marchar sin mirar atrás. Y mi corazón se resiente sufriendo una pequeña taquicardia. Por una cosa u otra, las padezco a diario, pero nunca me había pasado en clase de pilates. Adiós a mis cuarenta y cinco minutos de tregua sobre la esterilla.



Mi vida antes del apagón

Suelo ir a ver a Fabi cada dos semanas, tres, si me apuras. Me gusta reencontrarme con ella y su marcado acento colombiano. No sé por qué, pero me transmite la paz que un día perdí.

La tarde antes de nuestra cita siempre tengo la tentación de arrancarme el esmalte de las uñas con los dientes. Cuando consigo contener mi ansiedad, solo me desconcho un par de ellas. Uso la misma marca vegana que las Kardashian y J.Lo.

Fabi intenta quitarme el pintaúñas antiguo, mientras hago equilibrios para publicar en Instagram. Trasteando por la red, me topo con un *reel* del último desfile de Rick Owens. Una inoportuna gastroenteritis me obligó a quedarme en el hotel, aquella mañana lluviosa en París.

Volviendo a los dilemas de mi vida: ¿color Flamenco o Pink Panther? Me decido por los dos. Uno para las manos y otro para los pies. Nunca los llevo a juego.

El masaje de manos pone punto final a mi sesión de «manipedi». Que me aprieten la yema de los dedos es mi debilidad. Y cuando estoy a punto de pedir unos minutos de mimos extra, me doy cuenta de que ya ha anochecido. Mañana vuelo a París a las seis de la mañana y, como buena «chica last minute», tengo las maletas por hacer.



Quiero ser una *majorette*

Aterrizo en el aeropuerto Charles de Gaulle a las nueve de la mañana. Cómo detesto madrugar. He dormido a pierna suelta las dos horas de vuelo, renunciando a la magdalena con pepitas de chocolate negro que sirven en *business*.

André me espera en la puerta de llegadas con un iPad que reza mi nombre. Después de año y medio trabajando juntos, se ha convertido en mi chófer de confianza.

Adoro estar de vuelta en mi suite de Le Bristol, en el epicentro de París. Aunque tengo poco tiempo —por no decir nada— para admirar el verde pastel de sus molduras y los toldos de rayas rojas que tanto he añorado.

En el vestidor cuelgan dos fundas de Chanel. Mi *outfit* para el desfile ha llegado a tiempo. Corro a ponerme una camisa de seda negra bordada con un follaje de rosas y lentejuelas. El pantalón milrayas que escogí por mail es más bonito en directo. Los combino con un par de bailarinas y recojo mi melena en una coleta alta que corono con un lazo XL. Más es más. Salgo de la habitación como una exhalación. Tengo veinte minutos para llegar al show.

El Grand Palais Éphémère está abarrotado de *celebrities*, prensa internacional e *influencers* o *digital talents*. Como quieran llamarnos. Yo prefiero lo segundo. Me cruzo con la actriz Marion Cotillard y la modelo Caroline de Maigret. El bullicio no me deja saber por qué se ríen a carcajadas mientras Marion se recoloca su mini de *tweed*.

Shit! La periodista que llevo dentro detesta perderse los *behind the scenes*.

Simona me hace aspavientos desde el asiento contiguo al mío. Hace años que comparto *fashion weeks* con esta milanesa de risa contagiosa, adicta a los *loafers* de Prada y las patatas fritas. Hablar inglés con una italiana también facilita las cosas.

Ante la atónita mirada de todos los que estamos allí, empiezan a aparecer sobre la pasarela esculturas de tres metros en forma de animales. Pájaros, elefantes, leones, camellos, caballos... hechos de madera, cartón y papel se hacen con el escenario. El artista Xavier Veilhan ha recreado el bestiario del apartamento de Gabrielle Chanel. ¡Y de qué manera! Menos mal que mi iPhone ya está grabando cuando las primeras modelos emergen del interior de las esculturas, como si fueran caballos de Troya. Al más puro estilo circense, visten sombreros de copa, pajaritas, chaquetas cruzadas y minifaldas plisadas. Ahora quiero ser una *majorette*. También anoto en mi *wish list* mental vestidos de *tweed* bordados con imágenes de scotch terriers y labradores. La modelo Anna Ewers cierra el desfile vestida de novia con golondrinas bordadas. De fondo, suena *Don't You Want Me*. Simona no puede reprimir un chillido de júbilo.

—Este será mi vestido —me susurra al oído.

Le respondo con una mirada incrédula. Hasta donde yo sé, mi amiga sigue felizmente soltera. Simona me muestra, ruborizada, la esmeralda que corona su dedo índice. ¡La detractora número uno del matrimonio acaba de adelantarme por la derecha! Tardo un par de segundos en reaccionar, pero tengo la sensación de hacerlo a cámara lenta. A pesar de mi envidia, atino a abrazarla con efusividad.

La primera vez que vi a Simona fue en el *backstage* del desfile de Dior. Estaba concediendo una entrevista a la web de Vogue Francia y

me llamaron la atención los aspavientos que hacía con sus manos y lo alto que hablaba. La discreción nunca ha sido su fuerte. Enseguida me fijé en su esbelta figura y su metro setenta y cinco de altura. Mi amiga podría colar por modelo. La recuerdo con su corbata de seda y una falda evasé por debajo de la rodilla. El pelo a lo chico subrayaba, aún más, sus facciones angulosas. Esas que se trabaja a golpe de ensaladas de quinoa. «*Amore*, nada es gratis», suele decirme mientras da el primer sorbo a su zumo detox de apio, jengibre, espinacas y pepino para desayunar. Me entran arcadas solo con recordar su olor. Yo creo que a ella le gusta tan poco como a mí, pero disimula.

Exceptuando sus manías con la comida, Simona es un libro abierto. Yo soy más celosa de mi intimidad, y sé que a ella le molesta aunque no me lo haya dicho. Creo que lo interpreta como una falta de confianza, pero es mi manera de protegerme. Cuando era niña solía contarlo todo, hasta que «mi mejor amiga» del cole fue aireando que me había venido la regla por primera vez. La clase entera se enteró en cuestión de horas. Lejos de quedarse en una anécdota, aquello marcó un antes y un después en mi forma de abrirme a los demás.

Son las tres de la mañana y no puedo conciliar el sueño, a pesar de estar agotada. El ritmo de la Semana de la Moda de París es frenético. Llevo todo el día de desfile en desfile y solo he podido comer un crep de jamón y queso a media tarde, gracias a los quince minutos que se ha retrasado Hénry, mi fotógrafo.

Tengo la cabeza parapetada entre dos almohadas de plumas. Confío en que hagan efecto. Una hora después, continúo en las mismas. Da igual las ovejas que cuente o el mar en calma que me imagine. Enciendo la tele y aparece la película *Midnight in Paris*. Woody Allen tampoco logra sosegarme. El reloj avanza en mi contra

y no me queda otra que atrasar la alarma. Adiós a desayunar *pain au chocolat* en la cama. Dichoso insomnio...

Lo mío con París fue amor a primera vista. Tenía ocho años cuando pisé sus calles adoquinadas por primera vez. Mis padres —perdón, los Reyes— nos habían regalado un viaje a Disneyland y, a la vuelta, pasamos tres días en la Ciudad de la Luz. Fuera adonde fuera, tenía la sensación de que la Torre Eiffel me perseguía con sus más de tres metros de altura. Nunca olvidaré el flechazo de nuestro primer *tête-à-tête*. Cómo disfruté caminando durante horas, escudriñando los looks de las parisinas que pronto me atraparon con su famoso *je ne sais quoi*. Nadie puede negar que tienen un don innato para vestir *très chic* y simular que lo hacen sin esfuerzo. Recuerdo, como si fuera ayer, coincidir en la Place des Vosges con la que para mí sería «la chica de la boina». Vestía una capa de vicuña, botines masculinos y una boina color *taupe*. La *baguette* de pan que llevaba en el cesto de su bici era el atrezo perfecto para un *outfit* de película. De ahí que me aficionara al cine francés (más por su estética que por sus guiones, sin ánimo de desmerecerlos). No tardé en idolatrar a Vanessa Paradis y Audrey Tautou que, más allá de su indiscutible talento para la interpretación, se convirtieron en mis referentes de estilo.



Mesa para dos

Por muchas veces que haya estado en Il Salumaio di Montenapoleone, no me acostumbro a sus vistas. Es lo que tiene comer en un *palazzo* milanés neorrenacentista. Aquí vine por primera vez cuando entrevisté a Christy Turlington, la mítica top de los noventa, para la revista *Tatler*. Es más fácil sonsacar información frente a un plato de ravioli con crema de trufa.

Llevo más de quince minutos hablando por teléfono con mi amiga Simona —el reencuentro con su ex en el *fitting* [2] de Prada está dando para mucho— cuando, de repente, alguien me agarra por la cintura. Claudio llega a nuestra cita con una chaqueta acolchada azul marino (me juego la mano a que es de Aspesi) y unas gafas de carey. Creo que voy a morir infartada por culpa de un italiano. Me saluda con un «beso límite», de esos que se dan en la mejilla pero rozan la comisura de los labios, dejándome con ganas de más. Noto cómo me sonrojo *ipso facto*. Lo primero que hace es pedir una botella de Chardonnay sin preguntar. Bien jugado. No hay nada mejor que un par de copas de vino blanco para romper el hielo.

Si no he perdido la cuenta, llevamos más de cuatro meses intentando conocernos de ciudad en ciudad, intercambiando pedacitos de cada uno en restaurantes de todo tipo. Es difícil cuadrar las agendas de una madrileña entregada al ritmo de la moda y un publicista milanés que llama «hogar» a su *jet* privado.

Y entre mis tortellini de *ricotta* y sus *paccheri all´amatriciana*, voy descubriendo a un Claudio atento —nunca deja que mi copa se

quede vacía—, cariñoso en su justa medida —sabe cuándo rozar mi mano «por accidente»— y charlatán, aunque parece más interesado en escuchar. Ah, y siempre paga la cuenta. Llámame antigua, pero también me gusta que me abra la puerta al pasar. Y eso que soy feminista, aunque las *progres* de izquierdas me nieguen el título.

Entre bastones de caramelo

Mientras el botones va metiendo nuestras maletas en el hotel Passalacqua, me quedo merodeando por el jardín. Soy incapaz de apartar la mirada del famoso Lago di Como. ¡Por fin lo tengo delante! Cuántas veces lo habré admirado en fotos de Instagram.

Abetos, palmeras y rosales trepadores adornan la estampa, como parte de un cuadro que correría a comprar. De niña, pasaba tardes enteras con mi abuelo estudiando las plantas del jardín de la casa familiar de Comillas. Supongo que de ahí viene mi pasión por ellas.

Me siento como la chica Bond de *Casino Royale* en esta villa del siglo xviii pintada de color naranja. Sus contraventanas verde botella contrastan en perfecta armonía con la fachada. Mientras rodeo el hotel descubro a Dani, la florista, haciendo un centro de rosas. Las tiene de todos los colores. Una decena de hortensias gigantes adornan, sin pretenderlo, su mesa de trabajo. En respuesta a mi mirada curiosa (vale, quizá un tanto indiscreta) me ofrece una rosa amarilla. Esta mujer de mediana edad y gestos delicados acaba de cautivarme con sus Adidas vintage y un ramo de flores recién cortadas.

Los embarcaderos de Lago di Como están coronados por bastones de caramelo. Y sus cipreses, esculpidos a conciencia, juegan con olivos y palmas entre villas neoclásicas de colorines. No me acostumbro a estos paisajes salpicados por porticones vivarachos. Sigo observándolos, una y otra vez, desde lo alto de la escalera que lleva a mi habitación. Y sigo conteniendo la respiración al verlos.

Paolo dispara su Leica sin descanso desde la proa de una Riva de época. Estamos a nueve grados y hace muchísimo viento. Pero yo aguanto, estoica, posando con una americana ochentera que hoy hace de vestido. La adrenalina de la primera foto —que siempre cuesta— me hace olvidar cualquier sensación térmica. Llevo años soñando con protagonizar un editorial de moda para la revista *Vogue España*. Así que cojo con ganas las seis horas de *shooting* a la intemperie que me quedan por delante, con la colección Crucero de Louis Vuitton. Suerte que está Cata, mi mano derecha, que corre a cubrirme con una manta entre foto y foto, mientras Chiara y Linda, expertas en maquillaje y peluquería, vigilan que las ondas surferas sigan intactas y mi piel no pierda un tono de su bronceado ficticio.

Desembarcamos en Villa Balbianello. Creo que el videógrafo no ha apagado la cámara desde que nos han presentado, hace ya horas. Instagram, TikTok y la web de *Vogue* se lo agradecerán. María graba el *behind the scenes* con mi iPhone.

—Pon cara de guapa —me indica Candela, la directora artística.

Me cuesta posar con naturalidad si no es para mi fotógrafo de confianza. Pero esta vez, el equipo de Vogue manda. He aprendido a ocultar lo mucho que me intimida ejercer de modelo cuando no lo soy. Los focos me imponen tanto como me divierten. «Créete Gisèle Bündchen», me digo para mis adentros. Detrás de esta treintañera atolondrada y aparentemente extrovertida, se esconde una tipa ávida de aprobación social. Aborrezco a la gente insegura (y yo lo soy).

Llevamos cinco looks fotografiados cuando paramos en el pintoresco pueblo de Bellagio, popularmente conocido como la Perla de Lago di Como. Es hora de comer. Agradezco llevar tacones *midi* por sus callejuelas escalonadas casi tanto como la tabla de quesos que nos sirven en el Ristorante du Lac. Candela coloca

estratégicamente el bolso Vénus de Louis Vuitton junto a la tabla de embutido local que acaba de llegar, y Paolo vuelve al ataque. El aperitivo es puro atrezo. Amparada tras unas gafas *cat eye*, jugueteo con el queso mientras procuro no gesticular demasiado. Todo sea por la foto.

Los últimos rayos de sol dibujan el juego de luces perfecto sobre mi chaqueta de vinilo. Estoy empezando a tiritar cuando escucho gritar a Paolo.

—¡La tenemos! ¡Gran trabajo, chicos!

El cansancio no aplaca el estruendoso aplauso que nos dedicamos unos a otros. Es la clásica ovación de final de *shooting*.

Aflojo la lazada que adorna mi cuello y tomo asiento en popa. Navegamos hasta el hotel con un cielo que se debate entre el rosa y el naranja. Mis ojos están a punto de dejarse vencer por el sueño cuando avisto el embarcadero, todavía minúsculo. En otra vida, quiero tener uno en casa.

La carpa de luces del jardín alumbra lo justo para disfrutar de un ambiente íntimo y acogedor. Una veintena de camareros pasean bandejas de plata repletas de copas de champán. Cojo una al vuelo. Espero que las burbujas enmascaren mi cansancio. La colección itinerante de muebles de Louis Vuitton ha reunido en Lago di Como a los periodistas de moda más reputados
—Suzy Menkes y su tupé nunca fallan—. Las *influencers* con más *followers* de la industria no despegan su mirada del iPhone. Obvio. En mi profesión, distraer los ojos de la pantalla es todo un arte.

Y mientras Cata me graba para TikTok, atisbo una sombra a lo lejos que me resulta familiar. Mi corazón empieza a latir desbocado al reconocer a Claudio. Se acerca a mí con un amago de sonrisa que delata cómo está saboreando su aparición estelar.

—¿Esperabas a alguien? —me saluda, zalamero, cuando lo tengo a dos palmos de distancia. Su seguridad es abrumadoramente irresistible. Sin esperar respuesta, acerca su rostro al mío con el tempo perfecto para alimentar aún más mi deseo. Juguetea con la comisura de mis labios, agitando el pulso de mi cuerpo. Acaricia mi melena, también ansiosa, hasta enredar sus dedos en ella y fundir sus labios con los míos.

Nos perdemos en los jardines del hotel, llenos de árboles centenarios, hasta llegar a una piscina digna de unas «vacaciones a la italiana» como antaño. A pesar de las gélidas temperaturas, nos aventuramos a meter los pies en el agua. Muevo los míos en círculo y rozo los suyos «sin querer». Llevo su americana de esmoquin sobre los hombros, cuando me acerca todavía más a él para darme calor, pero ya no tengo frío. Estoy ardiendo por dentro.

Nos tumbamos en el césped, todavía con los pies húmedos, bajo un imponente árbol de laurel. Su brazo acaricia el mío mientras contemplamos el cielo estrellado con las copas de champán a medias. El barullo de la fiesta suena lejano. Claudio y yo disfrutamos de nuestra compañía en silencio, hasta que él se incorpora para tomarme entre sus manos y volver a besarme lento, muy lento..., con una delicadeza que no había conocido antes. Noto cómo su entrepierna va tomando forma, al mismo tiempo que nuestros cuerpos se desnudan con el apremio de quien se descubre por primera vez. El anhelo carnal fluye sin cerco y nuestras almas se abrazan con la pasión del converso hasta hacerse una. Las hojas de laurel son testigo.

Unos corren contra reloj. Otros ven las horas pasar con resignación o desespero. En un aeropuerto, el tiempo no es amigo de nadie. Llego por los pelos a la puerta de embarque. Tengo el rímel corrido. Anoche el tiempo parecía tener más prisa de la

habitual y el amanecer nos pilló desprevenidos, entrelazados bajo las sábanas. Tendría que haber perdido el avión para prolongar esa sensación de dicha unas horas más. Con Claudio mi corazón late excitado, tremendamente desacompasado, y mi vulnerabilidad desaparece.

Dejo caer mi cuerpo resacoso en primera fila. Apoyo mi cabeza contra la ventana y, cuando estamos a punto de despegar, una lucecita despierta todas mis alarmas desde el fondo del bolso. Es él. «Nos vemos pronto», dice su mensaje de texto. Sonrío sin pudor. Ahora sí, despegamos.

Hogar, dulce hogar

Siempre me ha gustado ver Madrid de noche. De camino a casa, disfruto con el alboroto de sus calles, intuyo el tintineo de las copas de vino en sus restaurantes —todos a reventar—, bordeo la Puerta de Alcalá iluminada y, cuando paso por Colón, fotografío por enésima vez su gigantesca bandera rojigualda. Siempre fui una romántica patriota. Nací en la ciudad que nunca duerme, pero que jamás se ve cansada. Vivo enganchada a ese batiburrillo de acentos que llena sus calles y a esa última caña —que nunca es la última— de un martes cualquiera.

Pimienta corre a darme la bienvenida cuando escucha girar la llave en la cerradura de la puerta. El reencuentro con mi amor perruno me ayuda a sobrellevar la ausencia de Claudio. Cuelgo la pelliza en el perchero de la entrada y caigo rendida en mi sofá de terciopelo granate. Hogar, dulce hogar. Pimienta se suma al plan. Los superhéroes de Edgar Plans me saludan a todo color. El cuadro del artista asturiano es la joya de la corona de mi bombonera. Mi santa madre no ha olvidado regar la kentia del salón. Hace frío. Olvidé conectar el suelo radiante desde la aplicación de mi móvil. Me enrollo en la manta de *cashmere* que cuelga del brazo de mi butaca preferida, incapaz de deshacer las tres maletas tamaño XXL con las que he llegado.

El olor a café me despierta de golpe. Ayer me quedé dormida en el sofá con mis Levi's 501 puestos. Escucho a mi hermano trastear en la cocina. Sebas tiene una copia de las llaves de casa, lo que

fomenta sus visitas sorpresa. Esta vez, agradezco el pan de pasas y nueces calentito y mi manchado recién hecho.

—¿No llegabas anoche? —pregunta al verme. Desde luego, no tengo aspecto de recién duchada. El condenado presume de cuádriceps con unos *shorts* de *running* que solo puede llevar él—. Salimos en diez minutos —me advierte.

El parque del Retiro se ha convertido en nuestro gimnasio particular. Pongo en marcha el cronómetro de mi iPhone y arranco a correr. En mis AirPods suena *Hula Hoop*, de Omi. Empiezo a buen ritmo. Como de costumbre, Sebas lleva la delantera. Me cruzo con caras enrojecidas y mandíbulas que aprietan fuerte. ¿Tendré las mismas pintas? Supongo que sí. El deporte favorece siempre que no lo estás practicando. A mitad de camino, mi cabeza me la juega tentándome a parar. Desoigo sus lamentos. Trampeo pequeñas aglomeraciones de familias y amigos que pasean y, cuando cruzo la barrera de los siete kilómetros, alcanzo la meta. Mis piernas están entumecidas. Entonces sé que ha valido la pena.



La cabaña

Puede que venir no haya sido una buena idea. Necesito la ayuda de Claudio para bajar del quitanieves —nunca había visto unos escalones tan finos y las botas de esquí no ayudan—. Avisto una cabaña en medio de la nieve de Courchevel. Una luz tenue y cálida ilumina su interior. Caminamos hacia ella con paso ligero mientras un centenar de abetos se ciernen sobre nosotros, como si quisieran cobijarnos del frío.

Una cabaña en medio de la nada es el refugio soñado de muchos, pero, para una urbanita como yo, pasar una noche fuera de casa con una mochila no es una opción. Cuando Claudio me propuso el plan, di por hecho que podría traer una maleta de mano, que tampoco es gran cosa.

—Tendrás que llevar tu equipaje durante la excursión —me advirtió.

Teniendo en cuenta que iba a ser mi primer día de esquí de montaña, deseché la idea de cargar con una decena de looks. Resignada, llené la mochila con un triste pijama, un coletero de *mohair* para domar mi kilométrica melena y mi nueva crema de La Mer. Todo es cuestión de prioridades. Y las mías incluyen tomar café a merced de la nieve con la piel recién hidratada.

Al llegar, nos quitamos las botas en un pequeño recibidor equipado para dejar el material de esquí. Cruzamos el umbral de la cabaña en zapatillas y un ventanal panorámico con vistas al bosque nevado nos da la bienvenida. La cama está estratégicamente

colocada frente a él y, a pocos metros, la mesa está lista para cenar con manteles individuales de estampado tartán, vajilla de gres y velas que ya han empezado a derretirse. Una cesta llena de embutidos locales y parmesano nos aguarda en una mesita auxiliar.

—Estoy hambriento —dice Claudio.

Los nervios que acumulo en el estómago han matado mi apetito, pero disimulo.

El wifi va y viene. La tele no funciona. Pero nos importa poco. Acurrucada sobre su regazo, solo escucho el tintineo de nuestras copas de vino. El silencio entre ambos no es incómodo. Iba a levantarme a por más Belondrade, cuando Claudio me sorprende tirando de mi cintura y, mirándome fijamente, pronuncia las palabras prohibidas: «Te quiero, Ginevra». Sin esperar respuesta, me estrecha entre sus brazos con ternura. Mi mejilla se apoya en la suya, o puede que sea al revés. Empezamos a balancearnos rítmicamente al son del aullido del viento. Nuestros cuerpos se encienden, más y más, con cada movimiento. Presos de un deseo incipiente, enajenados por ese enamoramiento que todo lo puede, nos dejamos ir al calor de la chimenea como si no hubiera un mañana.

La luz entra a raudales. Claudio me estrecha contra su pecho mientras mis ojos naufragan en los suyos. La cabaña se ha enfriado durante la noche, pero soy incapaz de notarlo pegada a él. Desde la cama, contemplamos la nieve a nuestros pies mientras se tuesta el pan.

Alicia, nuestra guía, me enseña las nociones básicas del esquí de montaña. En este deporte se habla de *conversión* cuando quieren decir *girar*. Me encamino bosque arriba, algo presionada porque no

quiero ser un lastre. Trampeo ríos y rocas sin demasiada gracilidad, pero me defiendo. Mi ritmo cardíaco no va al límite. ¡Bendito pilates!

—Paramos cuando lo necesites —me dice Alicia.

Le respondo con monosílabos para economizar fuerzas. Mientras sigo a conciencia sus trazas, Claudio sube y baja por la ladera a una velocidad pasmosa.

Llego a la cima hiperventilando. El último tramo ha sido duro. Falta nieve, y la que hay está helada.

—Bajar no será fácil. Te marco el camino —me indica la guía. Miro hacia abajo y veo más piedras que nieve. Trago saliva y me envalentono para sortearlas como un auténtico pato mareado. Noto cómo mis piernas empiezan a flaquear. Pero caerme no entra en mis planes por dos motivos: mi integridad física y mi orgullo.

Llegamos a Le Chalet de Pierres, una antigua estación de tren reconvertida en uno de los restaurantes más codiciados de Courchevel. Estoy a punto de protagonizar un aterrizaje forzoso por culpa de una placa de hielo, cuando la barandilla de madera que bordea el restaurante me salva de convertirme en la nueva versión de Bridget Jones.

El restaurante está abarrotado de esquiadores y otros comensales que han venido en coche por la música tecno, el marisco y el champán. Lo del esquí no va con ellos. Las camareras llevan camisa de cuadros con chaleco de pana y boina. El buen gusto de su uniforme contrasta con la estética de una clientela que lleva jerséis llenos de logos, relojes ostentosos y gorros de pelo de conejo.

Junto a mí se sienta una joven de origen asiático. Hasta donde puedo intuir, va operada de nariz, pómulos y labios. También lleva pestañas y uñas postizas. Dudo si el pelo es suyo o lleva extensiones. Las mesas de nuestro alrededor se giran al verla llegar con unas botas blancas por encima de la rodilla, una minifalda y un

jersey de *mohair* con el escote suficiente para dejar sus pechos al descubierto (también operados). Lleva sujetador rojo. Y no hay joya que se le resista. Un hombre de unos cincuenta años o más, con cara de vicioso y barriga cervecera, rodea sus hombros en señal de propiedad. Él también llama la atención con un gorro bicolor y unas gafas de sol tamaño XXL a juego con las de ella. Tiene la mirada ida. No contento con sentarse frente a su compañera de juergas en una pequeña mesa para dos, decide ponerse a su lado; lo que significa tenerlo a menos de medio metro de mí. Empiezan a enrollarse, ajenos
a las miradas indiscretas de un grupo de ingleses que están en la mesa de al lado. La escena es tan obscena como cómica.

—Ginevra, disimula, por favor —me ruega Claudio. No puedo evitar mis muecas de desagrado.

El señor va acaparando el sofá que, por desgracia, compartimos, y cuando estoy a punto de pedirle que vuelva a su sitio, un camarero se me adelanta. Ahora que lo tengo delante, no puedo dejar de observarlo. Sudoroso, tiene una esperpéntica manera de comer marisco, golpeando la cáscara de la langosta con una botella de aceite. Reconozco que empiezo a divertirme. Y más con las miradas cómplices que nos dedican los ingleses, riendo a carcajada limpia. Hace rato que dejaron de disimular.



Enamorada... ¿yo?

Paseo con Claudio por el centro de Courchevel como una ¿pareja? más. Vamos de la mano mientras, con la otra, sostenemos nuestra *crêpe suzette*. Cada uno tiene la suya —en la vida, hay cosas que no se comparten—. Me gusta esta sensación de cotidianidad. Para mí es nueva. De su mano, y en un país extranjero, me siento en casa. Podría acostumbrarme a tener una rutina con él. Quizá, hasta me gustaría. Y eso que vivo con una maleta a medio hacer en la puerta de casa, lista para partir en cualquier momento. Mis éxitos profesionales son directamente proporcionales al número de aviones que cojo. Tengo la suerte de trabajar en moda y, encima, de que me paguen por conocer mundo. Para mí, cada día es una aventura. Siempre me ha gustado vivir así, sin saber dónde dormiré mañana, lejos de las aburridas agendas de mis amigas, todas ellas carne de multinacional.

Mi relación con Claudio se ha amoldado fácilmente al ritmo frenético de ambos. Claro que su *jet* facilita las cosas. Estoy viviendo un *affaire* a mi medida, que no casa con las ganas de más que empiezan a aflorar dentro de mí. ¿Qué ha sido esa extraña sensación de «novios» que he tenido en la Rue de La Croisette? Por un momento, hemos dado el pego. Pero ni Claudio ni, por supuesto, yo queremos una relación convencional.

¿O sí? *Shit*. ¡La fastidié!

—Simona, ¿cómo supiste que era él?

—¿Que quién era qué? *Amore*, tendrás que explicarte mejor.

—Cómo supiste que estabas enamorada de Leonardo.

—¡Ah! Son cosas que se saben.

—Así, ¿sin más?

—Sí..., ¿por qué lo preguntas?

—Esto..., creo que nunca he estado enamorada, pero con Claudio es diferente, y no sé si debería preocuparme.

—A ver, frena un poco, Gin. ¿Y por qué tendrías que preocuparte? Estoy empezando a creer que eres un poco rarita.

—No quiero enamorarme.

—Pero ¿qué chorrada estás diciendo? ¡Eso no se escoge! Déjalo, Gin, esta pose de *femme fatale* no va contigo. Además, de nada sirve ponerle puertas al campo. Te lo digo yo, que de esto sé un rato.



Yo, hoy

Mi mano se aferra al pomo de la puerta. Pero no me atrevo a cerrarla. El tibio abrazo de la soledad es estremecedor. El sonido del ascensor precipita mi decisión y me quedo atrapada en el lado equivocado de la puerta. El plan (fallido) era salir de casa. Todavía con los labios sonrosados, aguardo unos segundos en el recibidor. Envuelta en penumbra me siento a salvo. La oscuridad se ha convertido en mi mejor aliada y, a la vez, en mi peor enemiga. Cuanto más tiempo paso a su vera, más me atrapa. Tengo la sensación de que en ella soy invisible al mundo y, lo que es más importante, a mí misma. No quiero verme. El desprecio que me procuro es tal que, al pasar frente al espejo del *hall*, siempre agacho la cabeza. Paradojas de la vida, aquí es donde me hacía un centenar de selfis a diario —llegaba a cambiarme diez veces en menos de doce horas—. Está claro que cualquier tiempo pasado fue mejor.

La voz de Eric Clapton chilla en mi habitación. Los pulmones de mis altavoces están al límite. Suena *Tears in Heaven*. La lírica melancólica de Clapton me ayuda a regodearme en mi pena y llorar sin que nadie me escuche. Escondo la cabeza entre mis piernas, que hacen fuerza contra ella para hacerle daño. Infligirme dolor físico canaliza el dolor de mi alma.



Vivir en penumbra

Copenhague en febrero no es una buena idea. Lo digo por el frío y, sobre todo, porque el sol se pone a las cinco de la tarde. Y si ya caminas a tientas en la oscuridad de tu interior, anímicamente no ayuda que la luz de fuera también se apague.

Me encuentro con Simona en el *lobby* del Sanders. Nos alojamos en un hotel *boutique* a doscientos metros de Nyhavn, el canal más famoso de la ciudad. El vestíbulo tiene tan poca luz natural, que está lleno de velas fundiéndose desde hace rato. El ambiente es cálido y lúgubre a la vez. Me chifla el marcado acento nórdico de la suite abuhardillada que compartimos. La cómoda estilo años sesenta y la grifería antigua me devuelven a una escena de *Mad Men*. La lámpara de techo también ilumina lo justo. Qué manía tienen los daneses con vivir en penumbra. Caigo exhausta en una butaca de terciopelo verde que hay junto a la ventana. No puedo deshacer la maleta. Mi cuerpo ha dicho basta.

Disimular con Simona será difícil. Llevábamos meses planificando este viaje juntas, y compramos los billetes justo antes de que la depresión asolara mi vida. Estaba convencida de que huir de mi triste rutina me vendría bien. Pero ya empiezo a arrepentirme.

—¿Qué narices te pasa? —me pregunta Simona, mientras amontona en el armario una decena de jerséis.

Rompo a llorar desconsoladamente justo cuando mi amiga está desenfundando su último par de mocasines. A pesar de tener los ojos anegados en lágrimas, veo la expresión estupefacta de Simona,

que corre a estrecharme entre sus brazos sin preguntar. Y no sabe cuánto se lo agradezco. Lo de no preguntar, digo.

Desayunar a la luz de las velas, a pesar de ser las ocho de la mañana, me deprime (aún más). Pido pan de centeno con mantequilla y un huevo cocido; mientras Simona es fiel a su *porridge* de avena. Un silencio incómodo se instala entre nosotras cuando la camarera nos deja solas. Llevo meses evitando esta conversación.

—Esto..., eh... —empiezo a titubear como si estuviera frente a una extraña. Noto cómo mis mejillas se encienden. Otra vez la dichosa vergüenza—. Simona, hace meses que debería haberte contado que... tengo depresión.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —pregunta con tono pausado y cariñoso. El semblante de mi amiga se debate entre el desconcierto y la compasión.

—Porque no entendía lo que me pasaba y me avergonzaba estar «desanimada» sin un motivo tangible. Me ha costado asumir que tengo un trastorno mental. Estoy enferma, Simona. Me cuesta horrores levantarme de la cama, no hay nada que me motive para hacerlo. También lloro sin control. No me preguntes por qué. Ya no disfruto con nada.

—¿Ni siquiera con una pizza cuatro quesos? —me pregunta con su habitual ironía para quitar hierro al asunto. Nadie conoce mejor que ella mi debilidad por las pizzas.

—Ni siquiera eso.

Simona me agarra de la mano con fuerza, manchando por el camino su manga de lana merina con mantequilla.

—Saldremos de esta juntas. No vuelvas a dejarme al margen de tu vida. ¡Te lo prohíbo!

—Pues no sé cómo narices lo vamos a hacer. Hace ya mucho que me fundí a negro. —Recuesto mi cabeza sobre su hombro, mi nuevo

lugar seguro. Por unos segundos, estoy a salvo de mí.

Me cuesta la vida poner un pie delante del otro. Apenas puedo caminar por falta de energía. Es como si llevara un par de tobilleras de dos kilos cada una. Simona me arrastra como puede por los pasillos de Illum, unos grandes almacenes de firmas de moda local que tenía muchas ganas de conocer. Soy un fantasma entre burros de ropa que antes hubiera corrido a probarme. Por mucho que Simona intente parecer concentrada en unos pantalones de piel sintética con los que acaba de salir del probador, sé que no me quita ojo. Sus piernas kilométricas parecen más largas desde el suelo, donde estoy sentada en posición india. Me da igual la mirada inquisidora de la dependienta. El diseño minimalista de este lugar no es apto para gente cansada o deprimida como yo. ¿Dónde narices habrá una silla?

La terapia danesa no está dando el resultado que esperaba. Cada vez me siento más deprimida lejos de casa, en esta ciudad oscura y fría. Y para más inri, estoy obligando a Simona a cargar con mi tristeza. Soy una pésima compañera de viaje.

A las siete de la tarde ya estoy escondida bajo el nórdico de mi cama.

—Perdóname, Simona. Sé que esta no era la escapada que esperabas.

—No hay nada que perdonar, Gin —me responde recostándose a mi lado con sus nuevos pantalones que, por supuesto, se llevó puestos del centro comercial.

El latido del corazón golpea mi pecho con fuerza hasta despertarme. Son las cinco de la madrugada. Simona duerme a pierna suelta. Voy al cuarto de baño para no despertarla. Me refresco la cara —¡jolín si me la refresco..., el agua sale helada!—. Me cuesta respirar. Abro la pequeña ventana que hay junto a la

ducha e inhalo profundamente la gélida brisa que entra de un soplido.



Caída libre

Dejar de existir. Creo que, por fin, he encontrado una salida a esta tristeza que me está quemando viva. Es 18 de marzo y, por primera vez, tengo pensamientos suicidas. El peso de mi carga emocional está a punto de doblegarme. La idea de la muerte empieza a resultarme atractiva. Ahora que lo pienso, nunca me ha dado miedo morir. Ni siquiera cuando estaba «cuerda».

Observo la pequeña librería que hace esquina en el salón de casa. Ya no leo porque soy incapaz de concentrarme. Yo, la lectora empedernida de la familia, estoy inhabilitada para leer más de dos líneas seguidas. Llevo muchos meses viviendo en constante caída libre. Y creo que estoy a punto de tocar fondo. La oscuridad del túnel es cada vez más negra. Tengo miedo, mucho. Supongo que por eso agradezco ver el final. Siento un atisbo de alivio cuando la muerte amenaza con venir a por mí. La presencia de su sombra me da paz.

La opción de morir por una sobredosis de diazepam es, a priori, la que más me convence. Por lo menos, en algo se parece a la idea que tenía de irme en mi cama pasados los noventa. Pero dudo de la letalidad de este medicamento para tratar la ansiedad. Googleo «cómo morir por sobredosis de diazepam» y me aparece el 024, la línea de atención a la conducta suicida del Ministerio de Sanidad. Me molesta que la primera respuesta a mi pregunta sea una entrada titulada «Dispones de ayuda». Eso no es lo que he pedido. O sí. Pero me temo que el amparo que busco no es precisamente el que me

están ofreciendo. Más abajo leo que una sobredosis de diazepam puede dañarme el cerebro de por vida. Opción descartada. Si decido matarme, no puede haber margen de error.



La chica del corte bob

No falla. Todos los martes a las cinco de la tarde me cruzo con la misma chica. Estoy segura de que la muy puñetera no llega a los veinticinco. Lleva un corte bob pasado de moda y unas mechas rubias que necesitan una puesta a punto urgente. Creo que nunca la he visto sin sus AirPods. La cuarta vez que coincidimos en *nuestro* semáforo, me di cuenta de que siempre la pillaba tarareando a Springsteen. Su actitud despreocupada y segura me llamó la atención desde el primer día. Cantaba y movía sus caderas sin importarle las miradas de quienes jamás se atreverían a ir por la calle como si nadie los viera. Y la envidio por ello. Nuestras rutinas se encuentran el mismo día, a la misma hora y en la misma esquina una vez por semana. Esa es la única tarde que tengo bloqueada en mi agenda, ahora en blanco. Me tomo muy en serio las citas con el doctor Negre. De hecho, él es lo único que me tomo en serio. Lo veo como a una especie de salvador.

La chica del corte bob pronto se convirtió en un rostro amigo. Empezamos a saludarnos alzando la barbilla tímidamente. Jugaba a imaginarme la vida de una joven recién estrenada en el mundo laboral —su traje de chaqueta la delata—, acostumbrada al ritmo frenético de un exigente bufete de abogados. Aquella veinteañera representaba todo lo que yo había dejado atrás: una vida normal.

El despacho del doctor Negre se ha convertido en mi segundo hogar. Fuera de casa, es el único lugar dónde me siento segura.

—Buenas tardes, Ginevra. —Su habitual tono formal ya no me disgusta, más bien todo lo contrario.

El doctor siempre aterriza en su despacho un par de minutos después que yo. No sé si lo hace para simular que tiene una agenda muy apretada o si es que de verdad la tiene.

Voy a obviar mis nuevos pensamientos suicidas. No quiero alertarlo ni que intente disuadirme de una decisión que aún no he tomado. Mis elucubraciones más siniestras son solo mías. Por lo demás, soy una paciente «fácil». En cada sesión le cuento sin tapujos cómo ha transcurrido la semana. El relato suele ser siempre el mismo. Le describo cómo me paso el día deambulando entre la cama y el sofá, alimentando mi tristeza y el asco que siento por mí. A lo que el doctor me responde con sus preguntas habituales, para evaluar si estoy igual o peor que la semana anterior.

—¿Cuánto tardas en conciliar el sueño?

—Una hora y poco más, creo... Evito mirar el reloj para no ponerme nerviosa.

—¿Has vuelto a tener taquicardias?

—Hace un par de días que no..., aunque van y vienen. A veces me pillan cuando más tranquila creo que estoy.

—¿Algún episodio de llanto incontrolado?

—Lloro todos los días. Unos más que otros...

La palabra «episodio» es muy de psiquiatra. O eso me parece a mí. Ahora ya me he hecho a ella, incluso la he incorporado a mi vocabulario, aunque últimamente solo hablo con Pimienta. Nunca encuentro el momento de devolver las tropecientas llamadas de Sebas. Ahora mismo, el único interrogatorio que tolero es el del doctor Negre. Se lo ha ganado a golpe de psicofármacos que edulcoran este despropósito de vida.

—Estoy cansada de luchar contra mí.

—Deja de estar en guerra contigo, Ginevra. Date una tregua e intenta hablarte con algo de cariño.

—Lo que debo intentar por todos los medios es alejarme de los míos. Ellos no merecen cargar con esta nube negra. Además, ya tengo suficiente conmigo, como para culpabilizarme de hacerles sufrir. La distancia afectiva nos hará un favor a todos.



Sin noticias de gurb

Hace dos meses y cuatro días que no sé nada de Claudio. ¿Sin noticias de Gurb? El whatsapp de Simona hurga en la herida. Para qué pregunta, si ya sabe la respuesta. Adoro a mi amiga, pero, a ratos, también me saca de quicio.

Simona y yo vivimos en un constante tira y afloja. Yo soy de las que va sola al cine, disfruto —bueno, disfrutaba— de un fin de semana recluida en mi bombonera leyendo la última comedia romántica de Lucy Score y me chiflaba escaparme a la sierra algún sábado tonto, lejos de todo y de todos. Supongo que mi versión ermitaña equilibra a esa otra Gin, omnipresente en la vida de más de un millón de personas a través de las redes sociales. Por el contrario, mi amiga necesita saber qué hago las veinticuatro horas del día y quiere compartirlo todo conmigo, hasta los zapatos (para mi desgracia, las dos calzamos un 37). En honor a la verdad, debo decir que ella es la primera en reconocer su dependencia emocional. «No sé estar sola», me confesó cuando sustituyó a Federico por Leonardo en semana y media. Con boda a la vista, el cambio parece que valió la pena. Aunque tengo mis dudas de que Simona vaya a dar el paso. Conozco de sobra la velocidad a la que fluctúan sus sentimientos.



En estado de alerta

Soy un animal asustado que corre y corre desesperado adentrándose en un bosque infinito. Hace viento, mucho viento, y empieza a chispear. Un tipo robusto pero ágil como una liebre me persigue con una escopeta de caza. Miro a un lado y a otro con el pánico dibujado en el rostro. Mi captor va recortando la distancia que nos separa. Logro escapar de sus balas una y otra vez, pero el zumbido del latón suena cada vez más cerca. Me tropiezo con la raíz centenaria de un ficus. Sé que voy a morir.

Me despierto con el pijama empapado de sudor. Son las cuatro de la madrugada. Tengo el mismo sueño cada diez días, más o menos, y siempre vuelvo a la realidad de mi habitación en el mismo punto. No consigo saber cómo acaba.

El estado de alerta en el que vive el animal me resulta familiar. Porque así es como subsisto. Todos los días pienso que algo malo me va a pasar. Me siento vulnerable ante un inminente ataque. Pero no sé de qué o de quién. La única certeza que tengo es que me van a hacer daño. Y mi cuerpo se tensa, se arma ante una posible agresión.

Los bosques tienen un punto siniestro. La de veces que habré visto a la prota de una peli sortear abetos en plena noche, huyendo de un asesino que siempre es más lento que ella. El resbalón es previsible. Yo sigo mordiéndome el labio inferior cuando el malo la alcanza, pero, por una cosa u otra, siempre acaba muriendo él.

Hace días que las cervicales me duelen más de lo habitual. Ya me he acostumbrado al malestar de las contracturas, pero hoy su rabia es especialmente punzante. El cajón de mi mesita de noche parece la rebotica de una farmacia. Cojo la caja de Voltarén Retard. Me trago la pastilla de un sorbo. Siempre tengo a mano mi vaso de agua de cristal de Murano. Hay costumbres con las que la depresión aún no ha podido. Es un recuerdo que me traje de mi último viaje a Venecia. Me cautivaron sus hojas de colores pintadas a mano.

El olor a soja me revuelve las tripas. El bol desechable del poke que cené ayer sigue a los pies de mi cama. Me enfundo en mis zapatillas de terciopelo y lo recojo con la firme intención de tirarlo, pero, antes, ventilo la habitación.

Mi falta de tiempo e interés por las tareas domésticas me llevaron a contratar a Maribel media jornada. Limpiaba y planchaba de maravilla. Cocinar no era lo suyo, pero como nunca he tenido un paladar exigente, me conformaba con ensaladas y lenguado al horno. Coincidíamos poco porque yo pasaba largas temporadas fuera de casa y, cuando estaba en Madrid, siempre tenía *shootings*, inauguraciones e infinidad de reuniones. Estaba en casa lo justo para dormir seis horas y reengancharme al ritmo desenfrenado de mi vida. Ahora que me sobra el tiempo, no sé si me gustaba vivir a aquella velocidad.

En pocas semanas, Maribel se hizo con mi loca rutina y se convirtió en mi mano derecha. Se encargaba de recoger todos los paquetes de ropa que llegaban a casa, mimaba a Lili como a la que más (así se llama mi kentia) y llenaba de vida un hogar solitario.

Cuando la depresión me succionó, tuve que despedirla. La mañana que se lo dije fue como separarme de una vieja amiga. Sabía que iba a echarla mucho de menos. Maribel era el alma de mi bombonera. Cuando llegaba a casa, el olor a suavizante y la mesa

puesta —con una gerbera fucsia en un pequeño jarrón vintage— me hacían sentir acompañada. Pero me negaba a que Maribel fuera testigo de una cama deshecha a las seis de la tarde, de noches de poke y desvelo, de mi pavor a subir las persianas y de mi llanto descontrolado. Ahora mismo, mi prioridad en la vida es llorar a gusto, sin tener que calibrar los decibelios de mis lamentos. Este infierno es solo mío y nadie está invitado a salvarme (bueno, quizá solo el doctor Negre).

Cada vez me siento más cómoda viviendo sin luz. Camino a tientas por mi casa siempre que se cuela algún rayo de sol que me permite ver lo justo en medio de la negrura. Cuando cae la noche, a veces me veo obligada a encender la lámpara de pie del salón. Nunca enciendo las luces del techo. Demasiada claridad frente a una realidad que no quiero ver.



Ese enigma llamado «felicidad»

Creo que mi vida, hasta el momento del apagón, fue un cúmulo de expectativas. Expectativas con las que lidiaba a diario sin darme cuenta y con las que, por supuesto, no cumplí. Y me castigaba por ello. Disfrutaba viajando durante meses por exigencias de mi profesión, pero, a la vez, se me encogía el corazón al ver a Sebas soplar las velas de su cumpleaños en un vídeo que mi madre enviaba por el chat familiar. Y me pasaba lo mismo cuando recibía las notas de voz de mis amigas piripis diciéndome, después de la tercera cerveza, lo mucho que me echaban de menos. Y yo a ellas. Bueno, a todos. De alguna manera, sentía que les estaba fallando. Pero nunca dejaba que la nostalgia y la culpa me ganaran la batalla y, enseguida, retomaba mi ajetreada agenda. Lo que yo entendía entonces por felicidad era recibir un chute de adrenalina diario. Distorsioné el sentido de mi vida por un cúmulo de sensaciones que me generaban una satisfacción inmediata. Mi obsesión por ser productiva cada segundo y vivir a la velocidad de las redes sociales eclipsó mi norte y me ayudó a sobrellevar esta dichosa incapacidad para abrirme a los demás. Un mecanismo de defensa que fui construyendo inconscientemente desde que mi padre nos dejó, y que limitó mis vínculos afectivos. ¿Relaciones a largo plazo? No, gracias.

Estoy segura de que nos escuchan a través del móvil. Acaba de impactarme un *reel* de Will Smith diciendo que tienes que crear la felicidad dentro de ti y compartirla con quienes te quieren, no

intentar obtenerla de ellos. Qué gran verdad. A ver si me la aplico. Quizá, algún día. Ahora la apatía me recorre el cuerpo como un calambre que paraliza todos mis músculos. Me cuesta hasta levantar un brazo. Esta dichosa enfermedad aniquila cualquier atisbo de energía.

Septiembre es un mes de estrenos. Nuevo curso, nuevo *trench* (tengo que desapuntarme de la *newsletter* de Marni), nuevo café (voy a intentar lo de la leche de almendra), nuevos servilleteros y nuevas Mary Jane —esas merceditas que tanto recuerdan al uniforme escolar—. Y, de repente, me sacude una chispa de añoranza. Puede que, en cierto modo, con mi última compra online esté intentando recuperar la ilusión de la vuelta al cole. Al fin y al cabo, para unos, la vida va de estrenar emociones y, para otros, de procurar mantenerlas. Evidentemente, yo pertenezco al segundo cajón.

Me siento en un banco de pintura verde desconchada y, entre sorbo y sorbo de café manchado, me quedo absorta viendo a dos niños corretear tras un par de palomas que huyen despavoridas. No deben de tener más de cuatro años. El ímpetu con el que las persiguen me llama la atención. Ojalá pudiera robarles una pizca de su vivacidad. Un parque y dos palomas. Con eso les basta. ¿Y a mí?, ¿qué narices me basta a mí?

En un intento por averiguarlo, escribo mentalmente una lista de cosas (peculiares) que me hacen feliz. Deberes del doctor Negre. Siempre he sido una alumna aplicada y, esta vez, no voy a ser menos:

- Arquear la espalda cuando estoy en cuatro apoyos sobre mi esterilla de pilates.
- Morder la capa externa de un Kojak por primera vez.

- El olor a cera quemada y avellana; tengo el salón lleno de velas Diptyque Noisetier (avellano).
- Merendar los mismos barquillos rellenos de praliné que me daba la abuela a escondidas de mamá, cuando aún vestía ese pichi de cuadros.
- Frotar la sartén con un estropajo rebosante de espuma. ¡Viva Fairy!
- El ruido de la Thermomix. (Sí, llámame «loca».)
- No tener que lavarme el pelo por la mañana el día que toca pelu (como poco, me aseguro media hora más de sueño).
- Estrenar abrigo de Charlotte Simone a primeros de otoño (sus colecciones están a la venta una sola semana..., lo que hace aún más deseable su compra).
- Hacerme un selfi en el ascensor de casa y que salga bien a la primera.
- Encontrar un paquete de clínex en el bolso, cosa que rara vez ocurre.



¿Verdura o chocolate?

Sus nuevos mocasines burdeos la delatan. Veo a Simona sentada junto al ventanal de Il Tavolo Verde, una galería de muebles antiguos y objetos olvidados que también es cafetería y restaurante. Mi amiga visita Madrid a menudo por compromisos laborales y, después de probar su gastronomía ecológica rodeadas de sofás con capitoné, decidimos convertir este curioso espacio en testigo oficial de nuestros reencuentros.

Corro a sentarme con ella cuando, antes de hacerlo, vislumbro un trozo de tarta de pera junto a su café solo. Alerta. Cuando esta milanesa permanentemente a régimen recurre al dulce... es que algo no va bien.

Simona evita mirarme a la cara mientras se enjuga las lágrimas de sus ojos. Acerco mi silla a la suya y le susurro:

—¿Qué tienes, amiga?

Simona es incapaz de responder. Noto cómo le tiembla todo el cuerpo. Cuando por fin recupera la compostura, logra pronunciar cinco palabras con la voz entrecortada:

—Acabo de dejar a Leonardo. —La noticia me pilla tan desprevenida que creo no haberla escuchado bien.

—Pero ¿qué diantres ha pasado? Hasta ayer tenía entendido que vivíais en una interminable (y asquerosa) luna de miel.

—Y yo, Gin, hasta que he descubierto que... —Simona da un sorbo de café para retrasar, aunque solo sea un segundo, verbalizar su mísera situación.

—¿Descubrir el qué, Simona...?

—Yo... he sido una auténtica ingenua...

—Pero ¿por qué?

—¡Leo está casado! El muy hijo de... ¡lleva tres años casado y su mujer está embarazada! —Simona hunde la cabeza entre sus brazos y estalla a llorar sin importarle llamar la atención de todo el restaurante. Por un momento, me quedo paralizada ante el bombazo que me acaba de soltar. No soy dada a las muestras de cariño, y menos en público, pero atino a cogerla de la mano en señal de consuelo.

—¿Te he contado alguna vez mi teoría sobre la verdura y el chocolate? —Simona me responde con una mirada atónita y disgustada. No sé de qué lado se inclina más la balanza.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir, Gin? —Su tono de enfado es evidente.

—Perfectamente, y por eso voy a ayudarte a olvidar a ese desgraciado. No vas a llorarle más. ¡Me niego! Vamos a empezar con la teoría y, cuando estés lista, pasaremos a la práctica. Ahora, toma nota: nuestro cuerpo necesita seguir una dieta saludable (verdura) tanto como darse caprichos de vez en cuando (chocolate), ¿verdad?

—No te pillo.

—Espera, no seas impaciente... Pues en las relaciones amorosas sucede igual: necesitamos encontrar un equilibrio entre cabeza (verdura) y corazón (chocolate). Todas tenemos una lista de requisitos racionales que debe cumplir nuestro hombre: que sea trabajador y tenga dos dedos de frente (por experiencia, es algo que no debes dar por hecho), que no lleve *marcapaca* (calzoncillo slip), que no tarde en arreglarse más tiempo que tú, que huya de los zapatos puntiagudos y las camisas de manga corta, que pague la cuenta, que hable bien (y lo justo) de sus ex... Pues bien, te acabo

de enumerar algunos de los mínimos exigibles por mi racional para tener una relación seria. Si el tipo cumple con todos ellos, ¡la verdura está lista! Ahora es el turno del chocolate, la parte emocional del vínculo. Todo lo que tiene que ver con la chispa y las mariposas en el estómago..., con esa química que te engancha a alguien sin saber por qué. El chocolate no sacia nunca, siempre quieres más, incluso cuando estás empachada. Pues bien, mi querida Simona, Leo acaba de echar a perder toda la verdura, y una no puede vivir solo de chocolate, porque la indigestión sería mortal. ¿Me entiendes ahora?

—Gin, estás más loca de lo que pensaba.

—Puede, pero acabo de arrancarte una sonrisa después del momento *drama queen* que acabas de escenificar para todo el restaurante.

Esto de ser la doctora Amor se me da bastante bien. Llevo ejerciendo con mis amigas desde la adolescencia y, no es por nada, pero suelo dar en el clavo con mis consejos sobre rupturas sentimentales. Será porque les llevo ventaja en esto de salir con el hombre equivocado. Hubo un tiempo en que era mi especialidad. Siempre me fijaba en el chulito de barra de bar con chupa de cuero (más bien de plástico con ínfulas), o en el motero de tropecientos *tattoos* que rompía con los clichés de niño pijo. Eso me encantaba. Lo que no tuve en cuenta es que ellos también respondían a otro tipo de cliché: el del aborrecible malote sin neuronas. Todavía recuerdo a Mauro en su Ford Mustang tuneado. Siempre se perfumaba como si no hubiera un mañana, y yo tenía que bajar la ventanilla del coche para poder respirar. Aun así, estaba pilladísima. Lo peor es que me dejó él. No recuerdo por qué.

A Mauro le siguieron un par de *tontolabas* más, hasta que decidí probar con los feos. Fue por culpa de mi compi de mesa en la

Facultad de Periodismo —«Gin, solo te fijas en los guapos oficiales, no seas tan superficial..., hay virtudes que valen más que una cara bonita»—. Reconozco que nunca he sido la persona más trascendental del mundo, pero tampoco me hubiera tildado de frívola hasta la sentencia de Majo, que me enrabietó muchísimo.

Y cuando una no está en sus cabales..., pues hace lo que hace.

Había un chico bajito y con voz de pito en clase de Fundamentos de Periodismo Económico que era una máquina reteniendo datos. Me había fijado en él porque era el único que siempre respondía correctamente a cualquier pregunta de los profes, sin importar la asignatura. Pero jamás de los jamases me hubiera planteado una cita con un tipo como Gastón, a pesar de tener unos rizos dorados preciosos. Eso tengo que reconocérselo. Su voz aguda y sus muslos rechonchos no encajaban con mi estereotipo de chico «apetecible», aunque es cierto que tenía algo de lo que carecían mis ex: inteligencia.

Yo sabía que le gustaba porque se sonrojaba cada vez que nos cruzábamos en el pasillo de la facultad, y disimulaba siempre que lo pillaba mirándome en clase. Su timidez no le sumaba atractivo, me gusta que tomen la iniciativa, pero, puestos a romper esquemas que solo me habían traído catástrofes amorosas, decidí lanzarme a por él. A ver si, con suerte, conseguía enamorarme de alguien «normal».

Era una tarde de otoño, de esas en las que ya oscurece temprano, cuando al terminar la última clase me acerqué a Gastón y le propuse salir de cañas. Su expresión de vuelta fue un poema. Me quedé descolocada cuando me dijo que había quedado para jugar a la Play, pero que al día siguiente podíamos salir a cenar. Menos mal que solo recibí un rechazo parcial. Nunca entendí que una sesión de Play pudiera tentarle más que yo. Pero acepté su propuesta. Estaba convencida de que, esta vez, pisaba sobre seguro. «Por fin vas por

buen camino, Gin. Recuerda que comer verdura sienta mejor que atiborrarse a chocolate.» Estaba orgullosa de mi incipiente cambio de rumbo.

Eran más de las nueve de la noche cuando llegué a un bareto abarrotado de adolescentes. Las suelas de goma de mis zapatos Oxford se pegaban al suelo a cada paso que daba. Demasiado tiempo sin pasar la fregona. Pregunté por nuestra mesa al primer camarero que pillé y me respondió con un «aquí no reservamos, guapa». Una mano tiró de mi brazo justo después. Gastón llegó diez minutos tarde, y eso que yo había llegado cinco. Prefiero que sean ellos los que esperen.

—¿Nos sentamos? —me preguntó señalando con un gesto de barbilla la única mesa libre que quedaba. Seguí sus pasos hasta quedar uno frente al otro en unos bancos de madera, típicos de bar de colegiales.

En la carta solo había hamburguesas y frankfurts. También cervezas tamaño XXL. Me sentía como en el Oktoberfest.

—Una copa de vino blanco, por favor —pedí esperanzada. Para mi alivio, el camarero asintió.

—Yo tomaré agua con limón.

Ahora sí que sí me desmoroné como un castillo de naipes. Regla número uno de las primeras citas: bebe alcohol para romper el hielo. ¿Qué universitario pide agua un viernes noche de ligoteo? Pues supongo que lo tenía delante. Me había tocado el gordo. Maldije a Majo y sus teorías «profundas» para mis adentros. Estaba tentada de ir al baño y no volver, pero tener que verlo el lunes en clase reprimía mis ganas.

—¿No te gusta el vino?

—Soy abstemio.

—Ah —respondí sin ocultar mi asombro.

Por lo visto, Gastón era hombre de pocas palabras. Suerte que llegaron las hamburguesas en un abrir y cerrar de ojos. La de Gastón llevaba beicon, queso cheddar, salsa barbacoa y pepinillo. Yo pedí una *cheeseburger* de toda la vida, a la que desvestí de cebolla fresca y salsa barbacoa. También le quité la mostaza y el kétchup como pude.

El ruido del televisor amenizaba nuestra no charla. Jugaba el Real Madrid contra el Osasuna. Entonces entendí por qué me había citado allí, el muy cabrito.

—Esto..., Gastón..., ¿yo te gusto? —Y así, sin más, decidí ponerle un poco de emoción a aquella cita sin sentido.

—¿Perdona? —Vi cómo estuvo a punto de atragantarse con el último trozo de hamburguesa que acababa de llevarse a la boca.

—Que si te gusto.

—Bueno..., sí...

—¿Sí o no?

—Desde primero de carrera.

—Vale, y teniendo en cuenta que ya estamos en tercero, ¿por qué nunca te has acercado a mí?

—Los tipos como yo no tenemos posibilidades con chicas como tú. Quería ahorrarme el bochorno.

—Y ahora que me tienes delante..., ¿por qué estás viendo el fútbol en lugar de charlar conmigo?

—Yo..., esto..., no soy futbolero.

—Ahora sí que no te entiendo, Gastón.

—Quería verte en un sitio bullicioso para no depender de una conversación que no sé dar... —Fue aquí, justo en este momento, cuando mi corazón se apiadó de él—. Los chicos como yo —continuó — no estamos destinados a enamorarnos de quien nos gusta. Si no quiero vivir frustrado eternamente, debo fijarme en chicas que estén

a mi alcance, y procurar querer y que me quieran lo mejor posible. No voy a vivir un amor de película, de esos que te arrasan por dentro..., sé que no va a pasarme y lo tengo asumido.

—¿Y cómo has asumido esa estupidez?

—Cuando tenía catorce años y me estrené en esto del ligoteo era demasiado ingenuo y me humillaron más veces de las que quiero recordar. Ya soy mayorcito para saber que no todos jugamos con las mismas cartas en esta partida. Por ejemplo, tú... ¿Por qué estás aquí conmigo, Gin?

Pillada. Si le era sincera, estaría corroborando su triste teoría. Una teoría que me apenaba y me indignaba pero podía ser más verdad de lo que me gustaría admitir.

—Me pareces un tipo inteligente y quería conocerte... —Mentira no era, pero recibí un silencio como respuesta.

Engullí mi hamburguesa y no pedí postre, a pesar de que tenían helado de dulce de leche (mi preferido). Gastón se ofreció a pagar la cuenta, todo un detalle que no acepté.



Encarcelada

Tu mente puede convertirse en la cárcel más sádica e infranqueable del mundo. Una vez dentro, salir de ella no es una opción. Al menos para algunos. Yo vivo encerrada en una caja minúscula que me asfixia, donde no tengo espacio para ponerme de pie. Mi mente perturbada no pierde oportunidad de boicotearme. «Eres más débil de lo que pensabas, ¿eh?», «¡Levántate ya, perezosa!», «Lo tienes todo y te permites el lujo de estar tirada todo el día en el sofá..., niñata malcriada», «¡Anímate!», «No tienes fuerza de voluntad»... Por supuesto, desoírla es misión imposible y yo voy haciéndome pequeñita, muy pequeñita con el paso de los días y de este maltrato que me profeso, hasta convertirme en una pulga harapienta, invisible para cualquiera. Sobre todo, para mí.

Y cuando el dolor del alma se vuelve insoportable, clavo mis uñas en mi antebrazo y las arrastro tan fuerte como puedo resquebrajando mi piel. Autolesionarme calma mi carga emocional. La mente es una cabrona de manual que controla tus emociones, porque es ella quien las fabrica. ¿Se te ocurre tener un superpoder mayor?

Berreo en la ducha a cuatro patas como un animal herido, mientras el agua lame mis antebrazos, que también lloran en carne viva. Hay trozos enrojecidos y otros ensangrentados. Mis uñas no son muy largas, pero sí están lo suficientemente afiladas como para hundirse en mi piel y arrancármela de cuajo. Ya tengo práctica. Las lágrimas se confunden con la llovizna de la ducha hasta fundirse en

un riachuelo rojizo que se va por el desagüe. Pero este dolor no se va con ellas.

Mi casa ha dejado de serlo. Ya no encuentro paz ni refugio en ella. Es lo que pasa cuando llevas los últimos seis meses enclaustrada y te sabes hasta el número de pliegues que tiene la cortina del salón. Soy animal de calle, pero, a la vez, disfruto —perdón, disfrutaba— mucho de mi casa. Me encantaba curiosear Instagram tumbada en la *chaise longue* de mi diminuta librería. A mis pies, Pimienta dormitaba bajo la manta de *cashmere*. Los jueves noche eran de Chardonnay y sushi. Sebas ponía lo primero. Y los domingos por la mañana tocaba doble exfoliación, extra de hidratación en los pies, mascarilla facial y capilar mientras retocaba mis cejas. No soporto —soportaba— llevarlas desalineadas.

La depresión se lo ha llevado todo, hasta mis rutinas hogareñas más preciadas. Las gerberas de Pancho se han marchitado. Llevo semanas sin cambiarles el agua. Esta risueña bombonera se ha convertido en un fuerte que ahuyenta cualquier atisbo de vida.



La caprichosa

En la calle Valverde hay una pequeña galería de arte que engaña. Si juzgaras las cosas por su tamaño —craso error— no repararías en ella ni en la importancia de los pintores que exponen allí. Las obras de Sune Christiansen y Lídia Masllorens copan las paredes de este refugio para mentes inquietas. También valen las deprimidas. Y aquí entro yo, liderando la fila.

Mi vena artística me la inculcó tía Dorita, hermana mayor de mi padre. Y la única. Siempre ha sido una adelantada a su tiempo. Desde que tengo uso de razón, la recuerdo con corbata y pantalones de pinza. Dorita se apuntó antes de hora a esa corriente andrógina que coparía la industria de la moda años después. Pero, a la vez, es tremendamente femenina. Sus gestos delicados y sus labios burdeos la delatan. Creo que nunca la he visto desmaquillada. Ni sin recoger su melena blanca en un moño bajo, justo por encima del cuello de su camisa de popelín. Cuando llega el frío, saca a pasear su inseparable abrigo de ocelote que, algún día, espero heredar. El tono viril de su voz la hace curiosamente irresistible. Eso y su eterno cigarrillo Marlboro. Rara vez la pillas sin él en la mano. Pero hasta este hábito, tan denostado, queda distinguido en ella. Tiene la cara demasiado arrugada para sus sesenta y ocho años, pero siempre presume de ello. «¿Sabes la cantidad de veces que me habré reído para conseguirlas? Me niego a que el bisturí borre mis recuerdos más felices.»

Los viernes por la tarde, al salir del colegio, lo que más me gustaba era recorrer de su mano las galerías de arte de Alonso Martínez y Chueca. Todo el mundo conocía a tía Dorita
—Doris para los amigos— y se deshacían en empalagosos halagos en cuanto la veían entrar por la puerta. No sé cómo lo conseguía, pero nadie escapaba a su embrujo. Su personalidad carismática y, en cierta manera, enigmática enganchaba al personal. Era obvio que mi tía molaba. Y yo disfrutaba admirando cada una de esas cualidades que quería hacer mías.

Y empecé por comprarme unos mocasines en Zara. Cuando me los calzaba, me creía *superwoman*. Era como si la aplastante seguridad de tía Dorita se apoderara de mí. Nunca infravalores el poder de un par de zapatos, aunque sean baratos.

Ella me presentó los trazos figurativos de Sune Christiansen cuando era un completo desconocido en España. Hoy es fácil apuntarse al carro de este artista danés que lo está petando. Sus cuadros abstractos son una explosión de color que pueden tener el sentido que tú les des. Creo que eso es lo que más me gusta de su obra. Que yo también decido en ella.

La primera vez que vi un cuadro suyo fue precisamente aquí, en la galería La Caprichosa. Me quedé observándolo durante media hora, mientras tía Dorita se explayaba con el artista. Yo no mostré interés en hacer migas con él. Solo quería perderme en ese rojo infernal y entender aquellas formas ininteligibles que podrían ser hombrecitos vestidos con jerséis de lunares negros. Toda aquella composición de formas y colores eclipsaba a las obras contiguas. Igual que sucedía con tía Dorita y el resto del mundo.

Desde entonces, aquella pequeña galería de la calle Valverde es mi escondite favorito. Estos últimos años, sus paredes me han presentado la iconografía infantil de Edgar Plans, los submarinos de

Riera i Aragó y los pies de Agustí Puig, entre otros muchos. El arte abstracto me atrapa.

Tía Dorita está invitada a las inauguraciones de todas las exposiciones que se organizan en Madrid, pero yo he acabado por acompañarla solo a La Caprichosa.

Hace meses que mi tía no se deja ver por la galería. Se cayó de la escalera mientras intentaba alcanzar la caja del altillo que guarda sus pañuelos de Hermès. Cuando ya la tenía, se precipitaron las dos al vacío. Ahora tía Dorita va en silla de ruedas con el pie derecho en alto. Con lo presumida que es, se niega a lucir palmito de esta guisa.

No sé cómo, pero esta mañana he acabado aquí sin ella, sentada en un banco de acero lacado frente a una escultura de Kusama. No creo en las casualidades. Estoy segura de que mi subconsciente me ha traído hasta aquí por control remoto con alguna intención oculta. Sea como fuere, me vendrá bien salir de casa después de un mes enclaustrada. La depresión sigue ahí, pero ya van dos días seguidos que veo la luz del sol y respiro el aire de la calle, que seguro está menos contaminado que el de mi zulo particular. No dejo de pensar en Simona y su corazón maltrecho. A veces creo que tener una relación sentimental está sobrevalorado. Estar sola también puede ser una opción. Con un pellizco de culpa, reconozco que el mal de amores de Simona ha entretenido mi tristeza. Y, sin ánimo de hacérselo saber, se lo agradezco.

Mi galería es pequeña pero no lo suficiente como para ser vista desde todos los ángulos. Por algo es mi escondite. Estoy apurando el último sorbo de café —cómo me fastidia que se acabe— cuando vislumbro unos rizos despeinados que se me antojan familiares. El tipo en cuestión lleva una parka de entretiempo y le está preguntando a Cristina, la encargada de la galería, por uno de los cuadros de la entrada. No consigo ver cuál. El chico se gira para

señalar otra pintura y es entonces cuando reconozco su perfil. No puede ser... ¡Es él! Es... ¡Claudio! Noto cómo el corazón me va a salir por la boca de un momento a otro. ¡SOS! ¡Necesito desaparecer ya! Solo iba a dar una vuelta a la manzana cuando me lancé a la calle esta mañana ¡en chándal! y sin una gota de maquillaje. Ah, y, por supuesto, con mi kilométrica melena enrollada en un moño que no desenredo desde tiempos inmemoriales. Lo primero que hago es cubrirme el pelo a lo Isabel II con el pañuelo de seda que llevo atado al cuello. Y me pongo gafas de sol. Menos mal que siempre las llevo en el bolso, llueva o truene, me da igual. Nunca sabes cuándo pueden sacarte de un apuro... como este.

Doy la espalda a Cristina y Claudio, que parecen enzarzados en una conversación que va para largo, y finjo seguir a lo mío, observando un cuadro de Aythamy Armas, hasta que escucho su tono de voz cada vez más cerca. En el centro de la galería hay una columna que pertenece al esqueleto del edificio, si la bordeo, llegaré hasta la puerta. Con la máxima discreción de la que soy capaz —teniendo en cuenta que ahora mismo soy una señora en chándal con un pañuelo en la cabeza— voy dando pasitos laterales en dirección contraria a ellos. Pero el destino es torticero y un jack russell que acaba de entrar con un impermeable de estampado tartán se encarga de mandar al traste mi jugada maestra. Nada más verme, empieza a gruñirme junto a una escultura de Kim Simonsson. Observarla con fingido interés formaba parte del plan de huida. Me quedo petrificada, como una estatua de cera que, para el sitio, podría colar; pero ya es tarde. Claudio y Cristina se giran para ver por qué ladra el chucho, y a ninguno le pasa por alto la extraña mujer del pañuelo.

—*Ginevra? Sei tu?* —Me quito las gafas de sol. Me hierven las mejillas del bochorno que estoy pasando. Sé que mi color tomate no

pasa desapercibido para los demás. Y eso hace que se vuelva aún más intenso.

—¡Claudio! —disimulo desconcierto al verlo—. ¿Qué haces en Madrid? —pregunto con un tono impostado de indiferencia.

—Tengo una reunión de trabajo esta tarde. Acabo de llegar y regreso a Milán por la noche. —Veo que sigue siendo un *workaholic* de manual...

Tenía la esperanza, por pequeña que fuera, de que nuestra ruptura le hubiera afectado en algo, pero, a juzgar por su aspecto —tan premeditadamente desenfadado— y su agenda, en la vida de Claudio solo ha cambiado una cosa: yo ya no estoy en ella.

Claudio me coge suavemente del brazo y me arrincona entre una litografía de Manolo Valdés y una pintura de Max Cobalto para procurarnos algo de intimidad.

—Quería llamarte, pero no me ha parecido prudente.

Él y su dichosa prudencia. Ahora lo que necesito es un acto irreflexivo y valiente de amor. Una prueba de fe en nosotros que yo no puedo dar. «¿Por qué no me besas?», le pregunto para mis adentros, pero lo que alcanzo a verbalizar es un triste:

—Puedes llamarme cuando quieras.

—Lo haré la próxima vez.

Y así, sin más, Claudio me deja con la miel en los labios.

—¡Está aquí!

—¿Quién? —pregunta Simona al otro lado del teléfono.

—¡Pues Claudio! ¿Quién va a ser?

—Chica, perdona si no adivino que tu ex italiano está en Madrid.

—¡Y no me ha llamado!

—Pero, si no te ha llamado..., ¿cómo sabes que está aquí?

—Me lo acabo de encontrar en La Caprichosa, mientras trataba de huir como una fugitiva desesperada.

—¿Y eso por qué?

—Simona, un ex siempre tiene que pillarte en tu mejor momento. Encontrártelo es una oportunidad de oro para restregarle lo que se ha perdido. Y, como comprenderás, ir en chándal a cara lavada es sinónimo de ¡corre sin mirar atrás!

—Es que así no se va ni a comprar el pan, Gin, te lo he dicho mil veces.

—Suficiente hago con salir a la calle en mi estado. —Simona no responde, su amiga tiene razón. A veces olvida que está enferma.



Cosas normales

Las cosas normales importan. Comer tortilla de patata los miércoles o recoger tus *mules* favoritas en el zapatero son cosas importantes. Son detalles que, a primera vista, carecen de relevancia, recados perezosos, pero que forman parte de una rutina que te dice «todo va bien». Hasta que llega un día en que no puedes hacerlos, síntoma inequívoco de que las cosas han dejado de ir bien. Puede que esa cotidianidad, a ratos aburrida, me hiciera feliz. Ahora entiendo mi reciente empeño en volver a ella.

Cuando enfermé, la primera «cosa normal» que dejé de hacer fue ir a la frutería de la esquina. Siempre que el trabajo me lo permitía, no fallaba los martes a mi cita con sus mangos y fresones. Según cambiábamos de estación, pasaba de los melocotones de viña a las peras de Puigcerdà, mis favoritas. Cómo disfrutaba escogiendo la fruta entre aquel despliegue de color y salud, que también hacía las veces de escenario para mis fotos de Instagram. A la frutería le siguió la tintorería —¿en qué momento decidí que mi falda de Ann Demeulemeester no era lo suficientemente importante como para volver a por ella?— y, finalmente, llegó el ostracismo social. No quería ver a nadie. Los domingos me escaqueaba de las comidas familiares en casa de mi madre con la burda excusa de que me había salido un *shooting* a última hora. También conseguí huir de la birra semanal con mis amigas del cole —«No estoy en Madrid, pasadlo bien por mí»—, las engañaba con un pelo de remordimientos. Pero solo un pelo. Prefería mentir y esconderme

bajo mi manta de *cashmere* a tener que salir al mundo. Solo con pensarlo entraba en pánico. Hasta ahora, creo que nunca han sospechado de mí. Están más que acostumbradas a mis ausencias por viajes de trabajo.

Mi nueva normalidad transcurre en los ciento veinte metros cuadrados de mi bombonera, donde consumo telebasura cuando no duermo y pokes con extra de soja para comer, cenar y, alguna vez, hasta para desayunar, aprovechando las sobras de la noche anterior. Ah, y, por supuesto, jamás me salto los psicofármacos que me ha recetado el doctor Negre. La química me la tomo muy en serio. Aún no he decidido si quiero vivir, pero lo que sí sé es que no quiero sentirme peor de lo que estoy.



Bienvenidos a mi clóset

Simona dice que Cyndi Lauper suena antigua. No para mí, que la escucho a diario mientras entablo una animada conversación con mi clóset. Si le echas un vistazo adivinas a la primera que visto poco de negro, que me chiflan las camisas masculinas con mangas abullonadas, los pantalones *cropped* de talle alto, que nunca experimento con los vaqueros —ninguno le hace sombra a los Levi's 501—, que detesto el *mohair* por la cantidad de pelo que suelta, que amo los *total look* de estampados estridentes y que, si me dejas escoger entre tacón y zapato plano, siempre me decantaré por lo segundo. ¡Ah! Y olvidaba mencionar mi debilidad por los lazos en todas sus versiones: como broche en la solapa de una chaqueta de *tweed*, como coletero tamaño XL, como cierre de un cinturón o *choker* de los noventa... También me valen en calcetines y zapatos. Suelo bailar entre el estilo masculino —adoro los *blazers* y las corbatas— y looks ultrafemeninos —me pierden las minifaldas de corte evasé y las Mary Jane—. Mis versiones contradictorias al vestir se corresponden con mis encrucijadas internas. Ya lo dice tía Dorita: «Dime cómo vistes y te diré quién eres». Amén.



El pasado siempre vuelve

«Voy a tope.» Haz la prueba. Pregunta «cómo estás» a cualquiera de tu entorno. Me juego la mano a que la respuesta será la misma en casi todos los casos. Mola decir que vas a mil por la vida, que tienes infinitos proyectos apasionantes entre manos. Nuestra sociedad está enferma de estrés y, a veces, creo que le gusta estarlo. Y cuando tú estás fuera de esa vorágine socialmente aplaudida, te sientes inútil.

Hace meses que mi agenda está en blanco. Es lo que tiene la depresión. Aunque no quieras, sabe cómo pararte los pies. Tendré que inventarme una rutina en Madrid que nunca he tenido. Gajes de un oficio que ahora no puedo ejercer. Y que, dicho sea de paso, me iba muy bien para huir de mí misma. La adrenalina de los focos y vivir a golpe de clic tienen ese efecto colateral.

Aprovecho que hoy me he levantado con un resquicio de energía para ir a comer a casa de mi madre. Hace un mes que no nos vemos, y eso que vivimos a tres manzanas de distancia. Desde que caí en desgracia, he evitado cualquier relación humana. Mamá no sabe nada de mi depresión, no quiero entristecerla más de lo que ya está. De hecho, creo que la tristeza ha pasado a ser su estado emocional natural desde que mi padre nos dejó. Para despistarla, me escudo en mis viajes inexistentes. Me esfuerzo en mentir, y he descubierto que no se me da mal.

Toco el timbre nerviosa. Una mujer de sesenta años recién cumplidos, melena canosa y pómulos marcados —mamá se quitó las

bolas de Bichat cuando cumplió los cuarenta— abre la puerta de madera maciza que tanto me costaba empujar de niña.

—¡Hija mía! —Carmen se abalanza sobre mí y me abraza con ternura. Lleva puesto el delantal de Harrods que le compré en uno de mis viajes a Londres. Nada más entrar, huelo a casa. A mi casa de toda la vida. Cuando mi padre se fue, tuvo la decencia de no reclamarla.

Me encanta que mi cuarto siga intacto. La colcha rosa de la cama, a juego con unas cortinas de flores pasadas de moda, me devuelve a esas noches en vela estudiando problemas de matemáticas que nunca entendí, y a esas otras que pasé al teléfono con Mauro. Se nos hacía de día contándonos qué habíamos cenado, soñando con viajes que nunca haríamos, planeando casarnos apenas cumpliéramos los dieciocho en la iglesia de Peratallada, debatiendo sobre los nombres de nuestros hipotéticos hijos... Mi colección de libros de *Crepúsculo* sigue intacta en las estanterías rosas (cómo no) de mi secreter, fiel testigo de lo mucho que me costaba el dibujo diédrico. Suerte que África, mi compi de clase, me dejaba calcar sus láminas. Me siento en mi cama de metro ochenta de largo, frente al corcho donde todavía cuelgan las fotos de nuestro viaje de final de curso a Cuba, de aquellos míticos copeos en el helipuerto del club náutico y de mi primera acampada con María y Cas... Vuelvo a verme bailar en la tarima de Pachá con un sombrero *cowboy* de *paillettes* rojas. Olé yo. Todavía paso vergüenza al ver esa polaroid. No sé por qué la conservo.

Mamá me avisa de que la comida está lista. Hay lentejas. Por fin voy a comer caliente. Hace mucho que mi madre se refugió en los fogones para evadirse y dar rienda suelta al talento innato que tiene para cocinar. Supongo que todos necesitamos una vía de escape. De postre, ha hecho tarta Tatin. Mi preferida.

—Te he echado mucho de menos, Gin. ¿Por qué no me has cogido el teléfono este último mes?

—Lo siento, mamá, he estado de aquí para allá por trabajo... Ya sabes cómo es esta profesión. —Me meto una cucharada de lentejas para no tener que seguir hablando. Sueno poco convincente. Mi madre me mira de reojo y me secunda empezando a comer.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, ¿verdad? Tu hermano y tú lo sois todo para mí.

Y ese es precisamente el problema. Desde que mis padres se separaron, me siento responsable de la felicidad de mi madre. Y eso pesa. Supongo que por eso, cuando cojo un avión y me alejo de ella, noto cierto alivio. Es como si esa «carga» se quedara en Madrid. Y lo digo sintiéndome la persona más deleznable del mundo porque no se lo merece.

Me quedo absorta mirando el esmalte marrón oscuro de sus uñas. Qué raro. Mi madre no suele hacerse la manicura. Empiezo a llevar los platos a la cocina. Ella me sigue, canturreando no sé qué. Noto una inusual alegría en su tono de voz. Acabamos de comer justo a tiempo para ver el telediario, una de sus costumbres sagradas.

—Mamá, ¿quieres un cortado?

—Sí, por favor —me dice mientras se acomoda en la mecedora que en su día fue «el sitio de papá». Sé que lo hace para borrar cualquier sombra de su ex. Esa sombra que, aunque no lo reconocerá jamás, la persigue día y noche.

La cocina siempre ha sido mi lugar preferido de la casa, con sus armarios de molduras verde botella y la encimera de madera desgastada por el uso. Si esas paredes hablaran, te contarían que Sebas y yo desayunábamos Chocapic sobre unos taburetes que, entonces, nos parecían altísimos. Y ahí siguen, intactos, como fiel recuerdo de una infancia feliz en zapatillas de pana rosa. También

fueron testigos de una tórrida noche con Mauro. Suerte que no había nada en la encimera cuando me tumbó sobre ella para entregarse a mí en la oscuridad de la noche. Acabábamos de descubrir qué era eso de «hacer el amor» y no perdíamos oportunidad de experimentar aquel maravilloso invento de la humanidad. Estábamos locos el uno por el otro. Con perspectiva, me alegro de haber perdido la virginidad con Mauro y de que él también lo hiciera conmigo. Y mientras me regodeo en mis recuerdos adolescentes, el café desborda la taza de porcelana preferida de mamá.

—¡Au! —grito al quemarme el pulgar.

—¿Todo bien, Gin?

—Sí, mamá, ahora voy.

El salón está atiborrado de fotos. Ninguna de mi padre. Como mujer adulta que intento ser, comprendo a mamá. Como hija, aún duele. Me pregunto si la herida supurará algún día. Me tumbo en el sofá de pana que hay junto a la chimenea y, mientras mi madre se bebe su cortado como si fuera un chupito, me quedo atontada viendo la tele hasta que el sueño puede conmigo. Benditas horas en blanco.

Está anocheciendo cuando me levanto. Llevo durmiendo toda la tarde.

—¿Por qué no me has despertado?

Nadie responde. Miro a mi alrededor. Estoy sola. Pero atino a escuchar el susurro de dos personas que hablan bajo a propósito. Ambas voces me resultan familiares. ¡¿Qué narices hace mi padre aquí?! Vuelo a su encuentro y los pillo en el recibidor, uno muy cerca del otro, algo impropio de dos personas separadas que llevan años sin hablarse. Los dos se apartan nada más verme.

—Hola, hija —me dice mi padre con una naturalidad pasmosa, casi insultante.

Desde que nos dejó hace diecinueve años, no lo había vuelto a ver en casa.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando?

—Tu padre ha venido a...

—Pasaba por aquí y he querido subir a saludar a tu madre. ¿Tan raro es?

—Pues sí, papá, lo es. Hasta donde Sebas y yo sabemos, mamá y tú sois enemigos íntimos. —Mi madre es incapaz de levantar la mirada del suelo. La noto avergonzada. Yo, en su lugar, también lo estaría.

—Las cosas pueden cambiar, Gin.

—¿Perdona? ¿Qué me estás queriendo decir, papá? No os estaréis planteando...

—Tu padre y yo llevamos viéndonos un par de meses. Todavía no sabemos si lo nuestro tiene futuro, pero lo estamos intentando. —La respuesta de mi madre me sienta como una patada en la boca.

—¿Y qué hay de la pelandusca por la que nos dejaste?

—Gin, ten un poco de respeto, por favor —me reprende mi madre.

—¿Respeto? ¿Como él lo tuvo contigo?

Esto tiene que ser un mal sueño. Cojo mi pelliza y salgo de casa hecha una furia, dejando a mi padre con la palabra en la boca. Estoy dolida, decepcionada, enfadada, rabiosa y muy desorientada. Como si no fuera suficiente lidiar conmigo, ahora tengo que cargar con los vaivenes emocionales de mis padres. ¡Es tan injusto! En mi estado no sobreviviría a otra hecatombe familiar. Por cierto, ahora entiendo por qué mi madre lleva las uñas pintadas.

—¿Tú lo sabías?

—¿El qué? —responde Sebas al otro lado del teléfono.

—¡Lo de mamá y papá!

—Ah, eso... Pues sí, Gin, lo sabía, pero imaginaba tu reacción y no quería darte un disgusto. Ya tienes suficiente con lo tuyo.

—¿Con lo mío? ¿Qué quieres decir *con lo mío*? Se llama «depresión», por si no te has enterado todavía. Y muchas gracias por ocultarme el *affaire* de nuestros padres —le recrimino con retintín—. No sé cómo puedes aprobarlo.

—¿Y quién te ha dicho que lo apruebe? Gin, últimamente nunca acierto contigo. Diga lo que diga, te lo tomas como un ataque personal. Yo solo intento ayudarte.

—Pues no lo consigues.

Suena *Can't Stop the Feeling* a todo trapo. Mis caderas empiezan a contonearse con timidez. Y eso que estoy sola en casa. Como quien no quiere la cosa, mis hombros deciden acompañarlas. Chasqueo los dedos cada vez más fuerte, hasta que salto al sofá convirtiéndolo en mi tarima particular. Muevo el cuello de un lado a otro, zarandeando mi melena pelirroja al ritmo de la canción. La cosa empieza a ponerse seria. Para cuando llega el estribillo, ya estoy dándolo todo sobre la mesa del comedor. Siempre se me ha dado bien bailar, y suelo poner en práctica mis habilidades motrices cuando necesito desfogarme. Hay quien ahoga sus penas en alcohol o chocolate. Yo, bailo. Y eso es lo primero que he hecho al llegar a casa con la imagen de mis padres a punto de... ¿besarse? Solo con pensarlo se me revuelve el estómago y, en mi cabeza, retumba ese portazo que acabó con todo dos décadas atrás.

Fue un jueves de noviembre aparentemente ordinario, cuando la vida que me había cobijado hasta entonces se esfumó. Así, sin más. Mi padre fulminó la estabilidad y la autoestima que me había regalado crecer en una familia convencional. ¿Y ahora qué?, me pregunté. Porque yo no sabía vivir de otra manera.

Vuelven a mi mente sus ojos hinchados de tanto llorar, y me compadezco de aquella adolescente sentada en la mesa de la cocina esperando a su madre, la misma que dejó de despertarla con arrumacos y que olvidaba prepararle tostadas con mantequilla salada porque era incapaz de levantarse de la cama. Nunca la culpé.

Y el silencio. Lo peor era aquel silencio atronador que invadió de sopetón cada rincón de la casa. Ya no había barullo. Ni risas. Ni las típicas peleas entre adolescentes. Sebas pasó de ser el hermano mayor chinchón a lo más parecido que tuve a una figura paterna. Con el tiempo, perdoné a mi padre que se fuera de casa, pero nunca podré perdonarle que se fuera con él la madre risueña y fuerte que yo había conocido.

Aquella mujer vehemente y carismática que había sido mi madre se convirtió en una persona vulnerable, introvertida y, aunque me cueste reconocerlo, acomplejada. Toda la admiración que le profesaba se transformó en decepción y pena. No reconocía a esa cuarentona que seguía rogándole otra oportunidad a un adúltero. Me avergonzaba de ella. Y lo más triste es que esa predisposición a volver con él nunca cambió. La mujer que yo creía que era se habría puesto el mundo por montera sin mirar atrás. Aunque sé que no lo merece, todavía le reprocho en secreto haber dejado de ser mi referente, haberme dejado sin rumbo.

Una madre y un hijo están condenados a separarse. El primer paso lo damos cuando deshabitamos sus entrañas para salir al mundo. Después llega el momento de cortar el cordón umbilical; y el distanciamiento se va materializando con el fin de la lactancia, el gateo, la guardería, el colegio, la universidad y el típico año en el extranjero para aprender inglés... Hasta que conocemos a nuestra media naranja (en la versión más ilusa de la historia) y nos vamos de casa —si no lo hemos hecho antes— para no volver.

Yo me parecía a mi madre. Y así debía ser. Lo mínimo que puedes pedirle a una persona que engendras en tu útero es que se parezca a ti o, por lo menos, que sea una especie de alma gemela. No congeniar con quien te ha dado la vida era algo que me parecía incompatible. Incluso egoísta. Hasta que, después de separarse, mi madre se convirtió en todo aquello que yo no quería ser.

Lo sé. Soy una persona horrible por pensar todo esto de quien más me quiere en el mundo. Me fustigo a diario por estar decepcionada con ella y, en cierto modo, por huir de todo lo que representa. Sé que mi madre se entrega a sus hijos en cuerpo y alma para que seamos felices, pero... ¿cómo voy a serlo si ella no lo es?

Nunca asumí la separación de mis padres, pero verlos juntos de nuevo ha dolido. Ya no puedo recuperar a mi madre cantando a grito pelado Eros Ramazzotti, mientras mi hermano y yo la mirábamos, entre avergonzados y divertidos, en el asiento trasero de su Mini de camino al cole. Tampoco volverán esas sesiones de peluquería en mi cuarto de baño. El tiempo apremiaba, pero yo me negaba a salir de casa sin mi trenza de espiga. Mamá me la hacía en un periquete con una destreza envidiable. «¿Lista para comerte el mundo, mi vida?», solía decirme cuando terminaba de darme el último apretón de goma.

También hizo las veces de profe de gimnasia en el pasillo de casa, donde me enseñó a hacer la vertical-puente, sin importarle que el blanco de la pared se fuera ennegreciendo al mismo tiempo que yo mejoraba mi técnica. Otra cosa que recuerdo con nostalgia son los domingos de pasta, una de nuestras tradiciones familiares (y mi preferida). Cada uno le ponía la salsa que quería a los linguini que hacía mi padre. Él y yo éramos del *team* pesto. Ahora, solo con olerlo, me produce arcadas.

El día que nos dejó vació nuestro hogar de costumbres familiares. Ya no volví a ver su taza de café en el fregadero de la cocina, ni escuché más a mi madre regañarle por no meterla en el lavavajillas. Mi padre leía los libros de tres en tres. De un día para otro, la mesita auxiliar en la que apilaba sus novelas policíacas quedó desnuda. Igual que su galán de noche, donde mamá no tardó en colocar la ropa que iba a ponerse al día siguiente. Tampoco volvimos a tener flores frescas en casa. Mi madre dejó de comprarlas. Era como si nuestro hogar se hubiera marchitado, igual que el amor de mis padres. Y yo no había conocido otra forma de querer.

Bryan Adams interrumpe el curso de mis pensamientos con su canción *Back to You*. Poseída por el espíritu de los ochenta, salto de la mesa del comedor y aterrizo en el suelo como si fuera una estrella del rock en un concierto multitudinario. Me dirijo a los miles de fans que me imagino frente a mí y los animo a cantar conmigo el estribillo de la canción haciendo ver que les acerco el micrófono (mi peine de cerdas de jabalí sirve para todo). Encaro el espejo —esta vez sí— y le grito *I´m coming back to you!* sin amedrentarme. Hace mucho que no me enfrentaba a él (bueno, a mí) con esa determinación. Es lo que tiene disfrazarse de otro.



Estoy sola

El doctor Negre sigue emperrado en ponerme deberes. Lo que me obliga a establecer una rutina para salir de la cama. El pilates es algo que tengo ganado. Me sorprende no haberlo dejado cuando enfermé. Supongo que las endorfinas me tienen enganchada.

Consciente de que todavía hay muchas heridas abiertas, el doctor me ha sugerido ver a mi padre con más asiduidad, algo para lo que no estoy preparada, y menos después de verlo con mamá. Creo que la última vez que los vi juntos —obviando la escena del otro día— fue el día que nos dejó. También me ha animado a estar en contacto con la naturaleza para reducir el famoso cortisol (la hormona del estrés). Me parece un buen plan. Recuerdo que Cas me habló de un coqueto hotel de seis habitaciones con chimenea en todas ellas, en plena sierra madrileña. No recuerdo el nombre. Tendré que preguntarle.

—No valgo para ser feliz, doctor.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, por mucho que lo intento, no puedo deshacerme de esta dichosa tristeza que me persigue, vaya adonde vaya. No soy lo suficientemente fuerte como para competir con ella. Y lo que más me desespera es que no encuentro consuelo en nada ni en nadie. Estoy sola.

—Ginevra, ¿sabes que la felicidad depende de cómo interpretamos la realidad? Y eso tiene mucho que ver con la forma en la que nos

tratamos a nosotros mismos. Por lo que tengo entendido, tienes una familia que te apoya y buenas amigas.

—Lo sé, pero... están a años luz de entenderme.

—La felicidad también tiene que ver con el sentido que le damos a nuestra vida. ¿Cuál es el tuyo?

—Nunca me lo había planteado, pero supongo que el trabajo. Y, ahora que estoy incapacitada para todo, ya no sé qué sentido tiene levantarse de la cama. Total, ¿para qué?, ¿para luchar contra un fantasma que siempre gana la batalla?, ¿para odiarme un poco más que ayer? La vida me quita todos los días, doctor. Me estoy consumiendo como una cerilla a punto de apagarse.

—¿Qué te consume?

—Nunca he llevado bien la ruptura de mis padres, pero aprendí a convivir con ella hasta que el otro día los pillé en actitud cariñosa. Verlos como antes me ha removido. ¿Qué narices le pasa a mi madre? ¿Es que no tiene dignidad? A todo esto, creo que he perdido al amor de mi vida. Y, por si fuera poco, mi trabajo parece cosa del pasado. Me gustaba generar contenido para mis redes y viajar por medio mundo. Me sentía válida. Y, ahora, solo siento un profundo vacío.



La llamada

Tecleo el único número de teléfono que me sé de memoria. Tiene prefijo italiano. Espero, impaciente, hasta el tercer tono y... cuelgo. En realidad, no sé si quiero hablar con él. Mientras me debato entre el sí pero no, aparece el apodo «italiano buenorro» en la pantalla de mi móvil. Así lo rebauticé cuando lo conocí.

—*Ciao, Gin!* Estaba con un cliente y no he podido descolgar a tiempo. Qué sorpresa tu llamada. ¿Cómo estás?

—Hola, Claudio... Yo..., esto..., quería oír tu voz. —Creo que, por primera vez, le estoy diciendo lo que siento. Por su silencio, y Claudio rara vez se queda sin palabras, sé que mi sinceridad repentina lo ha descolocado.

—Me alegra saberlo. A mí también me gusta escucharte.

—Esto... ¿Tienes pensado venir a Madrid? Por trabajo, me refiero.

—No, la semana que viene viajo a Londres y de ahí vuelo a Hamburgo.

Me quedo cortada. Mi llamada ha sido un impulso del que ahora mismo me estoy arrepintiendo, y mucho.

—Quiero verte —le espeto contra todo pronóstico. Incluido el mío.

—Acompáñame a Londres. —Claudio nunca se anda con rodeos. Es una de las cosas que más me gustan de él.

—Antes de nada me gustaría hablar contigo, y tiene que ser en Madrid. —Prefiero jugar en casa.



«Esto no está pasando»

Hora estimada de llegada al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas: 19:30 h. No sé nada de Claudio. Qué raro. Él nunca se retrasa. Ventajas de tener un *jet*. Y, de haber sufrido algún contratiempo, me habría escrito. Claudio siempre vuela con wifi. Miro en WhatsApp la hora de su última conexión: 19:15 h. Algo no va bien.

Me despierto con el sobresalto de la bocina de un coche. Demasiadas copas de Miraval. Suelo reservar mi vino rosado preferido para ocasiones especiales y, en teoría, esta iba a serlo.

Son las diez y media. Me he quedado dormida en el sofá escuchando a James Blunt. Siempre me ha gustado regodearme en mis penas con canciones lacrimógenas. Su timbre agudo y triste sigue sonando. Encuentro mis bailarinas metalizadas debajo de un cojín, esas que me pongo para gustar sin que se note que me he esmerado demasiado. «No es justo», me digo mientras busco mi móvil. Lo escucho lejano. Corro a trompicones por el salón siguiendo el tono de mi iPhone, cada vez más audible, hasta llegar a la cama de Pimienta. Doy con él bajo una de sus generosas y peludas orejas. ¡Es Claudio!

—¿Dónde te habías metido?

—¿Hablo con Ginevra? —pregunta una voz desconocida.

—Sí. ¿Y usted es...?

—Soy el doctor Urrutia, del Hospital La Paz de Madrid. Su nombre figura como contacto de emergencia en el teléfono de Claudio

Morelli. La llamo porque ha tenido un accidente.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —respondo con un grito ahogado.

—Ha sufrido un traumatismo craneoencefálico cuando su avión aterrizó forzosamente en la pista de Barajas.

—¿Y eso qué narices significa? ¿Claudio está bien?

—El señor Morelli tiene un hematoma subdural, es decir, sangre acumulada en el cerebro. Ahora está en el quirófano.

Cuelgo sin despedirme. Olvido coger el abrigo y cierro la puerta de casa obviando poner la alarma. «Esto no está pasando», me repito una y otra vez de camino al hospital.

Mis padres me han enseñado muchas cosas, pero las lecciones sobre relaciones sentimentales nunca han sido su fuerte. De casta le viene al galgo. Querer exige regalarle al otro todo el poder sobre ti. Darle la llave de tu felicidad y, también, la potestad para hacerla añicos. Ahí está la trampa. Ser dueña de lo que siento es un privilegio que no pienso malgastar. ¿O quizá sí? ¿Y si es él?

El desamor que dilapidó el corazón de mi madre rompió parte del mío. Y aún estoy en rehabilitación.

Esa media sonrisa que siempre esconde una intención, esos hombros fuertes y esculpidos que mis manos nunca alcanzarán a abarcar del todo —cosa que me encanta— y esos hoyuelos..., ¡qué hoyuelos! Cuántas veces me habré quedado embobada viendo cómo acentúan su expresión de niño travieso. Claudio me tiene enganchada. Y, aunque me reviente reconocerlo, estoy a su merced desde la primera vez que lo vi. Fue en Milán. En el Salone del Mobile, una de las ferias internacionales de interiorismo y mobiliario más importantes del mundo.

Sin darse cuenta, Claudio se coló en uno de los *stories* que yo estaba grabando en el *stand* de Molteni&C —el año pasado me contrataron como embajadora de la firma—. Su metro ochenta y

poco de estatura y su espalda ancha llamaron mi atención, pero no le di más importancia y seguí a lo mío, hasta que mis ojos se toparon con los suyos. Apenas fue un segundo. Para mí, suficiente.

Le perdí la pista durante el resto del día, pero justo cuando la raya del ojo ya se me había difuminado, Martina, la responsable de marketing digital de la agencia de publicidad de Claudio, nos presentó.

—Gin, este es mi jefe. Claudio, ella es Gin, la *digital talent* de la que te hablé.

—Encantado de tenerte en el equipo —respondió con ese tono de voz radiofónico que llegaría a resultarme tan familiar.



En carne viva

Llevo media hora contando las chinas de mármol que pisan mis zapatos. El suelo de terrazo de la sala de espera es lúgubre y triste. No sé cómo lo hará la gente para trabajar en un hospital y no deprimirse. Al doctor Mitzel, el neurocirujano que ha operado a Claudio, no se le ve deprimido, pero su semblante serio es poco amigable. Supongo que las circunstancias no invitan a más.

—Acabamos de drenar la sangre del cerebro y hemos aliviado su presión intracraneal. Claudio está estable, pero las primeras cuarenta y ocho horas son críticas.

Me siento como la prota de una escena de *Anatomía de Grey*. Esto no puede ser real. Asiento al doctor a modo de «mensaje recibido», aunque todavía estoy procesando sus palabras.

—Estás de suerte, justo es la hora de visita. Puedes entrar a verlo. —El nudo de mi garganta se tensa de golpe. Nunca he estado en una UCI.

Un pitido agudo rompe de forma intermitente el silencio atronador que reina en la Unidad de Cuidados Intensivos. Percibo ese olor a hospital tan tétrico. Y el ánimo apesadumbrado de quienes estamos de visita. La vida en la UCI es una realidad paralela a la de ahí fuera. El tiempo pasa lento, muy lento. Las luces fluorescentes alimentan la sensación de enclaustramiento. El miedo te encoge de golpe. Miedo a la fragilidad de esta vida terrenal, que parece ser eterna. Hasta que llega el momento de dejarla ir.

Claudio está intubado y tiene la cabeza totalmente vendada. Me impacta verlo sedado, con pequeños cortes por toda la cara, hematomas en el torso y, muy especialmente, en el brazo derecho, donde tiene una vía puesta. La otra pende de su cuello y también lleva una sonda vesical para la orina. Está pálido, muy pálido, e intuyo la sequedad de su boca por los labios, completamente agrietados. Los monitores a los que está conectado saltan de vez en cuando. Se me para el corazón cada vez que lo hacen. No sé si puedo tocarlo, pero me aventuro a ello sin pedir permiso. Las yemas de mis dedos acarician el dorso de su mano como si fuera de cristal. Tengo la sensación de que cualquier roce puede dañarlo. Me siento junto a él y, simplemente, lo miro. Lo miro durante la hora que dura la visita. Exprimo cada minuto que el equipo médico nos regala. La idea de que haya llegado su momento me aferra a ese resquicio de fe que tengo en Dios. Hace mucho que no hablo con El de Arriba, pero su existencia se me hace evidente aquí, en la UCI, donde noto cómo la vida se amedrenta y siento el aliento de la muerte en la nuca.

Siempre me ha dado pavor. Desde niña he tenido la muerte muy presente, y eso que no me ha tocado de cerca. La idea de perder a los míos se me hace insoportable, y me estremezco al pensar que estoy condenada a ello. Algún día mamá se irá. Espero que Sebas no me lleve la delantera, pero, siendo mayor que yo y hombre, el marcador va en mi contra.

La muerte es la única certeza que tenemos en vida. Mi madre cree a pies juntillas que nuestra partida es el principio de todo. «Aquí estamos de paso.» No sé cuántas veces la habré escuchado decirlo. Admiro su fe. De hecho, siempre he tenido envidia de quienes creen en Dios porque tienen una paz interior que yo no paro de buscar, comprenden con una lucidez pasmosa de dónde vienen y adónde

van, y tienen una visión sobrenatural que les da una amplitud de miras privilegiada. Vamos, que, en mi opinión, los creyentes juegan con ventaja. ¿Cómo no voy a querer ser uno de los suyos? Según el Catecismo de la Iglesia Católica (y mi madre), la fe es un don divino que, visto lo visto, Dios se olvidó de infundir en mi alma. O quizá he descuidado cultivarla. Por si da resultado, igual me pongo manos a la obra. Ahora mismo, necesito aferrarme a Dios para tener la certeza de que existe un cielo eterno.

Cuando pienso en la muerte, huelo ese vacío infinito cargado de falsas promesas. «Esto no es un adiós, es solo un hasta luego.» ¿Y cómo lo sabes?, me gustaría responder, sin acritud, a quienes he escuchado decirlo en algún tanatorio. Contar con una explicación convincente de lo que viene después aplacaría este desasosiego que, ahora sí, me está desbordando.

—No puedes irte. Todavía no... —le susurro al oído.

Mis labios acarician los suyos, resquebrajados y doloridos, de un lado a otro. Su rostro falto de vida es incapaz de atender mis súplicas. Me tumbo sobre su pecho y lo abrazo con suma delicadeza. Una enfermera me llama la atención. Me incorporo sin rechistar.

Mi inestabilidad emocional no me ha impedido aguantar el tipo en el hospital. Me he comportado como la novia que no soy, abnegada y contenida, pero, en realidad, siento cómo el suelo se abre bajo mis pies y me engulle hasta hacerme desaparecer. Puede que El de Arriba haya querido mostrarme, sin ningún tipo de edulcorante, la vulnerabilidad del ser humano. Desde luego, ver a Claudio a merced de su voluntad, postrado en esa cama ortopédica, me ha obligado a entender que no somos dueños de nuestra existencia.

Nos empeñamos en controlarlo todo, pero las cosas suceden a su manera, nunca como las imaginamos. Porque no controlamos un carajo. El dibujo de nuestra vida está en su mente: cuándo

nacemos, cuándo conocemos a esa persona que nos cambiará el rumbo, cuándo tocará irnos... No decidimos sobre nada esencial. Como fanática del control, este panorama me resulta de lo más desalentador. Si pudiera dejarlo todo en manos de Dios, mi vida sería otro cantar. Pero, para eso, primero tendría que creer.

Paso dos días sin moverme del hospital. Todavía me dura algo de pintalabios berenjena y sigo vestida con mi blusa de seda y las bailarinas metalizadas. He sido incapaz de irme a casa, a pesar de que solo puedo verlo una hora por la mañana y otra por la tarde. Normas de la UCI. Estas últimas cuarenta y ocho horas he sobrevivido a base de bocadillos industriales de cangrejo y chocolatinas de la máquina expendedora. He perdido la cuenta de cuántos KitKat me he comido. Dicen que el chocolate es antidepresivo, y me lo estoy tomando al pie de la letra.

Los rostros con los que comparto sala de espera se me hacen familiares enseguida. Parece que los conozca de toda la vida. Es curioso, pero los dramas unen. Automáticamente generas una empatía con quienes, como tú, están sufriendo a la espera de unas noticias que nunca llegan a la velocidad que querríamos. Pero lo peor es la angustia que produce la incertidumbre. Y acabas matando el tiempo intimando con unos desconocidos que recordarás el resto de tu historia.

Hay silencios que chillan. El silencio siempre duele más que la palabra. Supongo que es la alternativa natural al grito cuando sabes que los decibelios de tu voz nunca llegarán a expresar tanto dolor. A veces la sala se queda muda, y no por falta de gente. Si te concentras, puedes oír el pálpito de los corazones encogidos. También hay canciones alegres que suenan tétricas. Hay un chico sentado a cinco sillas de mí que tiene a los Beach Boys como tono de llamada. La primera vez que sonó entre caras ojerosas y cuerpos

trémulos sentí un escalofrío. En esa habitación desoladora, los Beach Boys parecían burlarse de nosotros.

Bárbara me tendió un café manchado el día que me estrené como damnificada en la sala de los horrores.

—He visto que te gusta con dos de sacarina.

—Muchas gracias —le respondí, ojiplática, mientras me enjugaba las lágrimas sin disimular. Aquí los ojos hinchados por el llanto son el pan de cada día.

Nos tomamos nuestra dosis de cafeína en silencio, como si fuéramos dos amigas de toda la vida.

En la sala de espera nadie suele preguntar por la desdicha del otro, pero a veces alguien toma la iniciativa.

Bárbara debe de tener unos cuarenta y pocos. Lleva un jersey lleno de bolas y vaqueros de tiro bajo que tienen años. Calza unas deportivas que algún día fueron blancas. A simple vista, debemos de formar un dúo curioso.

Aquí las horas parecen días, de ahí la complicidad que enseguida nace entre nosotras.

—Mi hermana pequeña ha sufrido un ictus —me confiesa con ojos vidriosos—. Suerte que la encontré a tiempo en su casa. Ha faltado muy poco...

—Un amigo mío ha tenido un accidente de avión y ha sufrido un traumatismo craneal —le correspondo sincerándome con ella.

El dolor de mis cervicales se ha agudizado desde que estoy en el hospital. Mi ánimo, tocado y hundido por la depresión, sigue en mínimos históricos. Pero esta vez tengo un motivo tangible que justifica el ser fantasmagórico en el que me he convertido. Recorro los pasillos del hospital como alma en pena cuando quiero despejarme. No salgo a la calle. Aquí comparto drama con mis colegas de sala de espera y mi semblante, pálido y contraído, es uno

más entre tantos. Tampoco contemplo separarme de Claudio, ni siquiera para ir a casa y cambiarme de ropa. Estar cerca de él me ayuda a sentirme a salvo. A salvo de mí. Siempre me he sentido extrañamente protegida por él; incluso ahora es capaz de darme seguridad.

Me siento en la única silla que hay junto a mi «italiano buenorro» y recuesto la cabeza sobre su cama. Estoy tan agotada que me quedo dormida. Minutos después, noto unos golpecitos arrítmicos en el hombro. Me reincorporo con un bostezo hasta que recupero la conciencia de golpe.

—¡Has vuelto! —grito al verlo despierto.

Escucho un *shhhhhh* enfadado desde el otro lado de la habitación, pero me importa un rábano. Sus ojos marrón chocolate me sonríen como pueden. La mascarilla de oxígeno no le deja otra opción. Esta vez lo estrujo entre mis brazos con más fuerza de la que debería. Advierto que le ha gustado mi gesto espontáneo, aunque le he hecho daño, seguro. Las heridas más superficiales todavía están en carne viva. Cojo su rostro maltrecho entre las manos, y me acerco a él hasta que mi nariz queda a la altura de la suya. Maldita máscara respiratoria. Nos acariciamos con los ojos, observándonos en silencio, a escasos milímetros el uno del otro. El resto del mundo está de más.



Juntos pero no revueltos

Diez días después del accidente, Claudio llega a casa. A mi casa. Su estado es demasiado delicado para volar a Milán. Aún no me había imaginado el momento de irnos a vivir juntos, pero, de haberlo hecho, distaría mucho de la realidad.

Claudio depende de mí para todo. Lo ayudo a levantarse de la cama, lo ducho (nunca había frotado con esponja un miembro viril), le preparo pasta al dente y procuro estar alerta de que no tenga ningún déficit neurológico.

Lo que peor lleva es que le controle las veces que va al baño. Y no le culpo. Estar a cargo de él 24/7 me ayuda a olvidarme de mí, que falta me hacía; pero nos convierte, repentinamente, en un matrimonio con años a sus espaldas —los suficientes como para controlar el número de evacuaciones del otro—, cuando hace apenas unas semanas solo éramos un amor en ciernes.

Tardo unos días en acostumbrarme a mi nueva realidad. He pasado de ser *digital talent* a ejercer de enfermera y, además, resulta que ahora tengo compi de piso. Dormimos juntos —aunque no precisamente en el sentido más romántico de la palabra—, compartimos ducha, comemos a las tres, hacemos la siesta en el mismo sofá —la butaca no nos convence a ninguno— y pasamos las tardes devorando Netflix o experimentando con nuevas recetas de repostería. A Claudio le divierte probar cosas en la cocina, algo que aborrezco, pero el invitado manda.

—¿Lista para hacer un bizcocho integral de plátano con cúrcuma y pistachos?

—¿Qué? No sabía que los bizcochos podían ser integrales —le digo con sorna.

A esta primera receta le siguen un flan de chocolate, una Pavlova y una veintena de galletas de nata que mojamos con el café. ¿Hay algo que no se le dé bien? A veces, su destreza con casi todo me abruma.

El olor a bizcocho recién horneado y la vida en pareja han conseguido que mi bombonera «madure» de golpe. Ya no recordaba lo que era tener un hogar.

Claudio es el mejor fármaco que he ingerido en tiempo: me ha devuelto la ilusión por las pequeñas cosas del día a día. Desayunar tostadas recalentadas con él es mucho más emocionante que hacerlo con cualquiera. Incluso arreglo la cama encantada —algo que no hacía desde que enfermé— porque fantaseo con deshacerla juntos el día menos pensado. «¡Que aún está convaleciente, Gin!», me regaño cuando estos pensamientos *impuros* hacen tambalear mi recién estrenada vocación de enfermera.

Es miércoles por la tarde. Una chica deprimida diagnosticada y un tipo en recuperación por traumatismo craneal yacen en el sofá buscando nueva serie. Desde que Claudio llegó a casa, vamos a una por día. Se nos agotan las opciones. Hasta ahora no ha habido más contacto físico que mis enjuagues con esponja bajo la ducha y algún beso fugaz que me ha sabido a poco.

Entrelazo mis piernas con las suyas y apoyo la cabeza en su hombro. Los dos nos abrazamos bajo la manta de *cashmere* que tanto me ha consolado los últimos meses. Seguimos sin dar con una serie que nos apetezca a los dos. A Claudio le va la ciencia ficción y yo prefiero el drama (¿cómo no?). Podría acostumbrarme a buscar el

consenso —sin éxito— sobre qué ver en Netflix. Siempre que sea bajo su custodia, mientras escucho ese popurrí de italiano y español que me parece tan sexi. Le acaricio el pecho por debajo de su camiseta y noto cómo, casi de inmediato, su entrepierna me corresponde. Es inútil seguir esquivando esa pasión contenida que nos tiene enganchados y que ha ido *in crescendo* desde que vivimos bajo el mismo techo.

Su piel caliente en contacto con mi vello erizado nos invitan a explorarnos sin reticencias. No esperamos a desvestirnos para convertirnos en uno y alcanzar el clímax al mismo tiempo, en un estallido de júbilo y verdad.

La vida con Claudio es placenteramente rutinaria. Lo compartimos todo menos un pequeño detalle: mi depresión. Y cuando parecía que esta nueva cotidianidad mantenía mi enfermedad a raya, una antigua conocida vuelve al ataque. La tristeza me sobrecoge de nuevo. Esta vez, la ola es enorme y rompe con más virulencia. Reaparecen las jaquecas y las contracturas en el cuello. La desidia me hace enmudecer. Y regresan las mañanas en cama.

Claudio no hace preguntas, se limita a respetar mis tempos, hasta que una noche me pilla in fraganti volviendo del cuarto de baño. Llevo media hora llorando sobre el frío suelo de mármol. Cuando menos lo espero, se hace la luz en la habitación y mis mejillas mojadas me delatan. Claudio destapa mi lado de la cama para invitarme a entrar en ella. Ya no sé cómo recular. Ha llegado el momento de abrir la caja de Pandora.

—Claudio, yo... no he sido sincera contigo. —Observo de reojo cómo se tensa su rictus—. Nunca quise dejarte en aquella cafetería de Malasaña, pero no quería hacerte sufrir.

—¿Qué tontería estás diciendo, Gin?

—Lo que estoy intentando contarte es que tengo depresión. Y parece que no es algo pasajero.

—Vale..., esto..., no quiero parecer insensible, pero... ¿qué tiene que ver la depresión con lo nuestro?

—No quería arrastrarte conmigo. La realidad de una persona deprimida es muy dolorosa, Claudio. Y me resistía a que conocieras esa parte de mí, tan negra y desoladora.

—Me hubiera gustado que confiaras en nosotros. Conmigo puedes ser tú, siempre.

—Lo sé.

—No, no lo sabes, Gin, porque, si lo creyeras de verdad, me habrías dejado ayudarte.

—No estaba preparada para abrirme así contigo...

—Entonces..., ¿qué hacíamos juntos, Ginevra? —Soy incapaz de mirarlo a los ojos. Me avergüenza haber sido tan cobarde—. Te quiero, Gin, aunque no voy a vivir a merced de tus miedos e inseguridades si te niegas a compartirlos conmigo.

—Lo siento, Claudio, pero no sé si puedo hacerlo.

Abro la puerta de casa —vuelvo de ver al doctor Negre— y me recibe un olor a parmesano y una pizca de ¿azafrán? Me quito mis botas ecuestres en el recibidor —siempre me descalzo en casa, otro hábito heredado de mi madre— y veo la mesa puesta con mi mantel de hilo preferido y la vajilla Limoges.

—¿Claudio?

—Hola, Ginevra, ¿qué tal en el *gym*? —No me he atrevido a decirle que tenía visita con el loquero—. ¿Tienes hambre? Porque acabo de preparar *risotto alla milanese*.

—Pero si tú deberías estar haciendo reposo... —lo regaño con dulzura.

No me esperaba esta bienvenida. Desde mi confesión, Claudio está distante. Para mi desgracia, ninguno hemos vuelto a extralimitarnos en el ejercicio de nuestros papeles enfermera-paciente. Me lo merezco.

—¿A qué viene todo este despliegue? —le pregunto, feliz ante la idea de tener una cena romántica como las de antes.

—Esta es mi última noche aquí, Gin. El médico me ha dado luz verde para volar a Milán. —Sus palabras me sientan como una bofetada en toda la cara.

—¡Eso es fantástico, Claudio! —respondo con fingida alegría.

—Voy a echarte mucho de menos.

—Y yo —le correspondo haciendo de tripas corazón. Esta vez, sé que Claudio se va sin billete de vuelta.

Persianas bajadas

Hace dos días que Claudio volvió a Milán, pero mi albornoz todavía huele a él. Es lo único que me queda de mi italiano, aparte de un centenar de recuerdos que atesoro en la galería del móvil.

Me lo he ganado a pulso, pero tuve miedo, muchísimo. Miedo a enseñarle mi parte más vulnerable, miedo a no gustarle..., miedo a amar con todo, con mis luces y mis sombras. Y es que Gin no solo es una treintañera todopoderosa de sonrisa permanente. También es esta alma atormentada que vive en el piso de las persianas bajadas.

Siempre me he jactado de tener una autoestima inquebrantable, y ahora entiendo el secreto de mi «éxito»: nadie, hasta que llegó él, ha cruzado el umbral de mi intimidad. Existir de espaldas al mundo puede ser una opción de vida, pero nunca será una opción valiente.

Yo era feliz, o eso pensaba, comprometida a medias con amigas y familia que cuidaba vía WhatsApp, mientras saltaba de avión en avión y era vitoreada por mi club de fans virtual. Disfrutaba de una cuenta bancaria más que saludable, que me daba independencia y seguridad. Era libre. O eso creía. Porque uno se compromete en ejercicio de su libertad. Y yo vivía huyendo de ella por miedo a sentir.

La separación de mis padres me superó y, de forma inconsciente, he vivido a medio gas parapetada por un escudo difícil de traspasar.

Vaya, a pesar de mi escepticismo, al final resultará que la terapia con el doctor Negre está dando sus frutos. Aunque solo sea un poquito, por fin empiezo a entenderme.

Puede que el resultado de mi ineptitud emocional haya sido esta depresión, indomable e ininteligible. La misma que me enfrenta a ese vacío que siempre ha estado ahí, pero, ahora que Claudio ha sabido llenarlo, se torna palpable.

De niña fantaseaba con un amor vibrante y hedonista. Un amor valiente, de esos que solo se tienen una vez en la vida porque consigue ser para siempre. Claudio me devolvió la fe en mis teorías infantiles hasta que decidió no jugársela conmigo. Hizo bien.



Vuelta a la casilla de salida

Que te dejen jode. Aunque a veces duele más el orgullo que la pérdida de quien ya no te busca. El desamor es una de las cosas más crueles que existen. De un día para otro, te ves obligada a seguir con tu vida como si la persona a la que quieres hubiera muerto. No se me ocurre un absurdo más despiadado. Cuando te dejan, asumir el rechazo también es parte del pack. Y cuando el corazón duele, duele de verdad. Tengo el pecho oprimido y me falta el aire. He llorado tanto, que ya no me quedan lágrimas. La película de «nuestra vida» se repite en mi cabeza una y otra vez. Estas últimas semanas en casa han sido como una especie de *Gran Hermano*. No todo el mundo saldría airoso de una convivencia 24/7 durante mes y medio. Lo curioso es que no he echado de menos a nadie. Y me atrevo a decir que él tampoco.

La vida en ciento veinte metros cuadrados de una treintañera chiflada y un buenorro convaleciente. La historia tiene miga. Me juego la mano a que podríamos protagonizar el próximo taquillazo de Netflix.

Nuestro retiro forzoso ha confirmado mis miedos: con Claudio me vale todo, hasta una rutina aburrida.

Ya estamos otra vez. Llevo media hora con el dichoso «lo hago o no lo hago». Creo que me va a explotar la cabeza. ¡A la mierda! Tecleo su alias en Instagram. Necesito verlo, aunque sea en versión digital. Ningún post nuevo. Tampoco *stories*. Lo único bueno de esto, es que no dejaré rastro de mi desesperada visita virtual. Repaso su

perfil a conciencia, hasta llegar a la primera foto que publicó cuando tenía, como mínimo, diez años menos.

Lo echo tremendamente de menos. Incluso añoro tener que ducharlo. Desde que Claudio se fue, noto la cama vacía y me siento desamparada. Ya me había acostumbrado a conciliar el sueño con mis pies fríos enredados en los suyos para calentarlos. También extraño sus apneas nocturnas.

Esa tristeza que nunca se fue ha vuelto con más fuerza, y no me ha quedado otra que retomar mis días bajo las sábanas, con una novedad: ya no pido pokes. He perdido el apetito por completo. Ahora sí que sí: estoy incapacitada para vivir en el mundo real.

El silencio no escogido te carcome por dentro hasta apagarte del todo. Como si fueras una vela que se va fundiendo poco a poco, hasta verse reducida a un charco de cera que deja huella en tu estantería de hierro forjado.

El silencio es el gran aliado de la depresión. Se aferra a ti, aunque no quieras, en este vía crucis que recorres a tientas y sola. Sola por voluntad propia. Porque me da vergüenza pedir ayuda. Porque esta dichosa enfermedad es invisible a los ojos de los demás y, a veces, incluso a los míos. Si no me entiendo yo, ¿cómo voy a pedir que lo hagan otros?

Vives en silencio, pero te acostumbras al ruido insaciable de tu mente. En mis días lúcidos, lucho contra ella intentando acallar sus reproches y disuadiendo sus ganas de abandonar esta vida. Pero cuando tengo un día negro, y son muchos, me dejo llevar por su intención de echarlo todo a perder. Y cuando digo todo, es todo. Mi vida entera está en jaque. ¿Y qué hago yo? Nada. Y así continúo alimentando mi culpa.

Hoy es uno de esos días negros, muy negros. No me levanto de la cama ni para desayunar. No corro las cortinas, tampoco enciendo la

tele como suelo hacer para buscar compañía. No miro el móvil. Me dan igual Instagram y la decena de whatsapps acumulados durante la noche. Hoy no veo la salida del túnel. Me pongo en posición fetal bajo la sábana y, sin previo aviso, me quiebro en un llanto desmedido. «Puede que haya llegado el día», me susurra una vocecita interior. Hay otra parte de mí que la contradice: «Esto también pasará. No lo hagas. Eres fuerte, muy fuerte». Eso sí que no me lo creo. Hoy todo me parece insoportable. Hasta esa otra yo que intenta animarme por todos los medios.

El sonido de la sirena me despierta de golpe. ¿Dónde diablos estoy? La mano de mi madre agarra fuerte la mía, y detecto en sus ojos una chispa de alivio cuando me ve reaccionar.

—Estoy aquí, hija mía.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En la ambulancia. Menos mal que te encontré a tiempo…

Sus palabras resuenan en mi cabeza a cámara lenta, como si estuviera a muchos metros de distancia… Estoy demasiado KO para mantener una conversación, los párpados me pesan una barbaridad, y caigo de nuevo en un sueño de lo más placentero.

Cuando vuelvo a abrir los ojos compruebo que me encuentro en una habitación de hospital. Todo es blanco, a excepción de una butaca beis con poca pinta de cómoda. Mi padre está sentado en ella leyendo *El Mundo* en versión papel —odia todo lo digital—. Al verme despierta, corre a estrecharme contra su pecho. Había olvidado lo reconfortante que es el abrazo de un padre.

—¿Cómo te encuentras, Gin?

—Como si me hubieran dado una paliza. ¿Qué hacemos aquí, papá?

—¿No recuerdas nada? —La última imagen que me viene a la cabeza es la de una chica buscando abrigo en su propio cuerpo,

sumida en la oscuridad. Creo que soy yo.

—Esto…, no… —Mi padre intenta armarse de valor para explicarme qué ha sucedido. Siempre frunce el entrecejo cuando se trata de algo serio, y se muerde la comisura de los labios para disimular los nervios.

—Gin, anoche te tomaste más de una pastilla de Orfidal. —Ahora sí que acierto a verme con la cajita blanca de pastillas para dormir en una mano y mi vaso de cristal de Murano en la otra. No sé cuántas me tomé hasta perder la conciencia.



Punto y aparte

Hay episodios que marcan un antes y un después en la vida de uno. Me refiero a esos puntos de inflexión que ponen el contador a cero y empiezan a medir el tiempo de todo lo que nos pasa a partir de ese instante: «Pero ¿eso fue antes o después de perder la virginidad?», «¿Sucedió antes o después del accidente en bici?», «¿Ocurrió antes o después de ser madre?». Estoy en el hospital. Está claro que he tocado fondo y que este es el apoteósico punto de inflexión de mi vida. Yo solo quería dormir porque, cuando llegué al final del túnel, no había luz o, por lo menos, yo no la vi.



Y ahora, ¿qué?

—¡¿Estás mal de la cabeza?! —Simona entra como una exhalación en casa, despertándome de mi placentera siesta de media mañana, con su elevado tono de voz. Está enfadada.

—¿Simona? —Creo que sigo soñando…—. Pero ¿tú no estabas en Edimburgo?

—Tú lo has dicho: estaba. Cuando tu madre me contó que te habían ingresado en el hospital cogí el primer vuelo a Madrid. Me ofendes si crees que un desfile de Dior es más importante que tú.

Suspiro apesadumbrada. Otra persona a la que fastidio. Mi sentimiento de culpa es cada vez más insoportable.

Yo me querría bien lejos.

—Cuánto lo siento, Simona. He vuelto a desbaratar tus planes.

—Pero ¿qué me estás contando? ¡Lo que me vas a desbaratar es la vida! ¿Qué haría sin ti? —Me deshago en un mar de lágrimas y me dejo caer en los brazos de mi amiga, que me sostiene con firmeza. No hay lugar para las medias verdades. Me dejo ir. Y, de lo más profundo de mi ser, brotan la impotencia y la pena que me están mutilando—. Ya pasó, Gin. Ahora comenzaremos de nuevo. Las dos.

Respondo a su generoso ofrecimiento abrazándola aún más fuerte. Pasado el shock emocional por su inesperada visita, parece que ya estoy en condiciones de mantener una conversación.

—No sé cómo me aguantas, Simona. Pero doy gracias a Dios por tenerte. Si te digo la verdad, no me quedan fuerzas para salir

adelante. Sé que esto depende de mí, y ese es precisamente el problema.

—Donde no llegues tú, llegaremos los que te queremos.

—Tengo mucho miedo, miedo de mí, Simona. Hay momentos en los que desearía haber vaciado la caja de Orfidal.

—No quiero escuchar más tonterías, Gin. Necesitas creerte cuánto vales de una puñetera vez. Tienes mil motivos para levantarte de ese sofá y retomar tu vida. Hasta donde yo sé, tienes un idilio pendiente con un tal Claudio. ¿Recuerdas?

—Ni lo menciones. No te he contado el último capítulo de nuestra no historia.

—Es la primera vez que he visto cómo te tomas en serio a alguien del sexo opuesto. No sé qué habrá pasado entre vosotros, pero, sea lo que sea, recuperarlo es un motivo más para salir del pozo. Y, por cierto, ese look *homeless* no te va nada. *Amore*, creo que la ducha te espera.

Llevo dos días en casa cuando llega Simona. Apenas pasé unas horas en el hospital. No me consideraron lo suficientemente depre como para ingresarme en un frenopático.

—¿Te ha visto ya el doctor Negre?

—No... De hecho, aún no sabe nada.

—¿Me estás tomando el pelo, Gin? Si no lo llamas ahora mismo, lo haré yo.



Con mi «loquero», al fin del mundo

Trago saliva como puedo, a ver si también me trago de golpe el bochorno que siento ahora mismo. Estoy sentada en la consulta del doctor, esperando a que entre en cualquier momento con su parsimonia habitual. Desde que lo conozco, la pila de papeles que acumula en un rincón sigue intacta. Igual que el cenicero, siempre impoluto. Me jugaría una mano a que no fuma, por eso me llama la atención que esté ahí, junto a su cuaderno de notas.

—Buenas tardes, Ginevra.

—Hola, doctor —respondo mientras me remuevo, incómoda, en mi butaca amiga.

—¿Cómo te encuentras?

Ya estamos con la dichosa pregunta… Cada visita arranca con lo mismo. «Pues… ¿a usted qué le parece?», me entran ganas de responderle.

—Si le digo la verdad, muerta de vergüenza.

—¿Por qué?

—Yo solo quería dormir..., y se me fue de las manos. ¿De qué han servido tantas horas de terapia? No me malinterprete, doctor, sé que no es culpa suya. Pero creía haber avanzado y, cuando menos lo esperaba, he vuelto a la casilla de salida por todo lo alto.

—Que estés aquí, Ginevra, es un gran paso. Demuestra que estás dispuesta a seguir adelante. Cuéntame, ¿por qué lo hiciste?

—Porque soy mi propio martirio. Dormir es la única forma de librarme de mí.

—¿Sigues sin ver otra salida, Ginevra?

—No lo sé. La única persona que me ha ayudado a vislumbrar un poco de luz es Claudio, pero se ha ido..., me ha dejado. La verdad es que yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—Pero, Ginevra, tu vida es mucho más que Claudio.

—Mi vida es una mierda.

—¿Y qué tiene que cambiar para que deje de serlo?

—Quiero que vuelva... ¡Necesito que vuelva! Claudio me ha enseñado a querer sin miedo. Con él me hice fuerte. Por primera vez, dejé que mis sentimientos tomaran las riendas.

—¿Y cómo te ha sentado eso?

—Me ha liberado. Llevo toda la vida frustrando mis emociones.

—¿Y eso por qué?

—Porque así puedo controlarlas y eso me da paz.

—Pero dices que ahora estás dispuesta a cambiar eso por Claudio, ¿no?

—Puede ser.

—Celebro que alguien te anime a soltar el freno, pero debes hacerlo por ti, Ginevra. Nadie es más importante que tú.

—Eso suena muy egocéntrico.

—No podrás ayudar a los demás si no cuidas primero de ti.



Cara a cara con papá

Me paso las tardes tirada sobre la alfombra de mi dormitorio. Cuando no me quedo dormida, cuento sus nudos hechos a mano con lana de Nueva Zelanda. Mientras dejo las horas pasar, sigo con la mirada las formas geométricas que a alguien se le ocurrió tejer en rosa frambuesa. Las sigo hasta donde alcanza mi vista de lince, porque no pienso moverme ni un milímetro para llegar más allá. Mi cuerpo, inerte, yace entumecido debido al tiempo que llevo *por los suelos*. Es como si el cableado de mi sistema nervioso se hubiera fundido.

Esta cabecita loca me boicotea sin piedad. Y yo, incapaz de oponer resistencia, me dejo hacer. Han pasado muchas cosas en poco tiempo: el accidente de Claudio, nuestra incipiente convivencia, un adiós que no esperaba y un lavado de estómago.

Si hubiera sabido que iba a ser el último abrazo... lo habría abrazado más fuerte. Mucho más. No pude retenerlo y, ahora, no me queda otra que vivir con el «corazón partío». Dicen que Dios aprieta pero no ahoga. Pues yo debo de ser su excepción, porque estoy a punto de asfixiarme.

Mi mente y mi cuerpo están en punto muerto, pero he decidido que quiero salir a flote. Aunque, en realidad, da igual lo que yo quiera. El doctor Negre dice que me permita sentir todas esas emociones negativas para poder descargarlas. «Acéptalas, llóralas..., en lugar de huir de ellas y contenerlas.» Puede que tenga razón. Me he pasado media vida protegiéndome de cualquier sentimiento,

bueno o malo, para no sufrir. Y mira cómo he acabado, desaparecida bajo una montaña de heridas que no cicatrizaron nunca. Quise jugar al escondite con ellas. Y está claro que perdí.

—¿Gin? —La voz de mi madre me levanta del suelo en un santiamén. No quiero que me pille así. Empiezo a pensar que hacerle una copia de mis llaves no ha sido buena idea. Hasta hace nada, el único que tenía una era Sebas. ¡Y menos mal! De no ser por él, quizá no hubiera llegado al hospital. Pronto descubrí que mi madre había hecho otro juego para mi padre. Aunque disimulen, sé que se han organizado por turnos para no dejarme sola.

Desde el día D, papá aparece todas las mañanas con un pastel de Belén y un café manchado. Mis dos pecados favoritos.

—Buenos días, hija.

—Pero... ¿qué haces aquí, papá? —le pregunté la primera vez que pisó mi bombonera.

Jamás lo había hecho en los dos años que llevo en ella. Y no por falta de ganas. Desde que nos «reconciliamos» nunca lo he dejado traspasar ciertos límites. Por su culpa, blindé mi intimidad al mundo y, obviamente, él sería el último con quien haría una excepción. De ahí que nuestras comidas semanales siempre sean en terreno neutral y se ciñan a hablar de su último vuelo, las marcas con las que estoy trabajando, el tiempo que hará el fin de semana o lo bueno que está el ragú de lenguado y carabineros. Él siempre intenta sonsacarme cualquier cosa sobre mis historias sentimentales, pero me he vuelto una regateadora profesional. A veces, también me pregunta por mamá, algo que me parece asquerosamente inapropiado.

—Si quieres saber algo de ella, ya conoces la dirección —le he espetado más de una vez. Reconozco que soy especialmente

cortante con él. Cuando retomamos el contacto decidí perdonarlo, pero, en realidad, todavía no he sido capaz.

Se me hace raro desayunar con él en la intimidad de mi mesa para dos. La cocina es minúscula. Por primera vez desde que nos dejó, estoy haciendo algo tan normal (para otros) como tomar café con mi padre. Toda una novedad que no sé si quiero convertir en costumbre. Sentada en mi silla de ratán y metal, me llevo el primer pedacito de pastel a la boca mientras hablamos animadamente. Disfrazo mi incomodidad con sorbos de café. Me siento como una impostora interpretando a la hija feliz que no soy, obviando todo el rencor que siento hacia él. «Calma, alma —me digo—. Pasado el susto, todos volveremos a nuestra normalidad.» Y la mía con mi padre empieza y acaba en nuestra mesa habitual de Horcher.

—Sé que llego tarde, pero quiero pedirte perdón, hija.

—Casi me atraganto con un trozo de tartaleta al oír su inesperado *mea culpa*.

—¿A qué viene esto ahora, papá?

—Hemos estado a punto de perderte, Gin. Casi pierdo a mi pequeña.

—Papá, yo nunca quise…

—Soy tu padre y no me di cuenta del calvario que estabas atravesando. Y sé que todavía arrastras la forma en la que me fui de casa. —Esta segunda frase la pronuncia en un tono más bajito y algo tembloroso.

Ahora sí, decido recoger el guante y dejo salir por mi boca todo el fuego que lleva años quemándome por dentro.

—¿Valió la pena, papá? ¿Valió la pena dejar a mamá por esa furcia? —Creo que ¡por fin! estamos teniendo la conversación que se nos ha resistido los últimos diecinueve años.

—Es más complicado que eso, Gin...

—¿Qué te daba ella que fuéramos incapaces de darte nosotros? Cuando te fuiste, no solo destruiste a mamá, nos destruiste a todos.

—Lo que teníamos tu madre y yo estaba roto, pero nunca quise haceros daño a Sebas y a ti.

—Pues lo hiciste. ¿Sabes, papá? Yo creía en el matrimonio. Mamá y tú representabais lo único que quería tener de mayor: una familia. Pero decidiste dilapidar la nuestra. ¿Por qué?, ¿por la adrenalina de echar un polvo con otra?, ¿por la emoción de un nuevo principio que acaba, como todos, en rutina? Tiraste por tierra mi ideal de vida y, a cambio, me enseñaste toda la miseria de la que es capaz el ser humano.

—Nuestro matrimonio iba a la deriva, Gin. Durante muchos años perdimos el foco el uno en el otro. Dejamos que nos comiera el día a día. Confundimos lo urgente con lo importante y no supimos priorizarnos.

—No te atrevas a hablar en plural... ¡Mamá no se bajó del barco!

—Y siempre se lo reconoceré. Lo siento, Gin, fui un completo egoísta —dice mientras se le empañan los ojos, aunque intenta ocultarlo mirándome de soslayo. Ver a ese hombre, mi padre, de metro noventa y espalda de nadador, desmoronarse en la mesa de mi cocina me deja impertérrita. Si espera infundirme algo de pena, se equivoca. Veinte años de dolor no se compensan en una mañana.

—Lo peor de todo, papá, es que ella siempre ha estado ahí. Y lo sabes. Mamá nunca perdió la fe en vosotros.

Mi padre da la callada por respuesta. Y menos mal. Otra excusa más y no me hago responsable de mis actos. La furia que acumulo es titánica.



¿Quién carajo soy yo?

Mis padres nunca coinciden en mi bombonera. Entre uno y otro tengo dos horas «libres». Ese es el tiempo que me conceden a solas para disimular que están haciendo guardia en casa.

Estoy intentando retomar la novela de Lucy Score, una de las mejores autoras de romántica contemporánea, pero, por más que lo intento, no puedo concentrarme. Este dichoso ruido interior puede conmigo. Es curioso, porque antes sabía cómo despistarlo. ¿El truco? Evitar el silencio. Me despertaba con la voz de Carlos Alsina, vivía en casa con la tele de fondo, iba por la calle escuchando mi lista de Spotify y, antes de acostarme, veía *reels* de gente que se pegaba unos tortazos dignos de *Vídeos de primera*, el mítico programa de los noventa con el que mi padre se desternillaba.

Pero ahora, nada de eso me sirve. Y la culpa la tienen ellas, las dos Ginevras que están litigando dentro de mí por estar en primer plano. Una es tremendamente carismática y parlanchina, se mueve con gracia frente a los focos y vive para el qué dirán —la aprobación de los demás valida sus emociones—. Lo que ella opina importa poco. Pero también existe otra Gin, más retraída, que es feliz comiendo *raclette* de queso suizo en su mesa para uno de Navacerrada y cambia la banda sonora de Spotify por el cotorreo de las cigüeñas de la zona.

La Gin arrolladora siempre ha tenido luz verde para hacer de las suyas, pero, por primera vez, mi versión más íntima reclama su sitio. Tengo la tentación de volver a callar este maldito runrún interior

subiendo el volumen de mi iPhone, pero, si algo me ha enseñado la depresión, es que hay que mimar el alma. Entonces, ¿quién carajo soy yo?



Síndrome de peter pan

Y, de repente, vuelves a pisar las calles que un día te vieron imaginar la vida que tienes hoy. Ellas siguen siendo las mismas que cuando eras una página en blanco. Tú haces ver que esa niña quedó atrás. Pero no es verdad.

Nunca me ha gustado cumplir años. Me da la sensación de que la vida se me escapa. Por eso tardé en sacarme el carné de conducir y hay ciertas palabras que, para mí, están vetadas. Cas se casó el año pasado. Y cuando se refiere a Tomás como «su marido» es como si le cayeran veinte años encima. Hay palabras que te hacen adulta de golpe. Y hay otras acciones que me molestan, como hacer demasiado *scroll down* en la casilla de tu año de nacimiento, que te confirman lo que ya sabes: sí, ya no eres una *teenager*.

Ayer canjeé mi clase de pilates por una birra con María y Cas. Llevo meses dándoles largas y, esta vez, no he sabido cómo zafarme de nuestra cita semanal con el alcohol.

Llego diez minutos tarde (para variar). María me saluda con alegres aspavientos desde nuestra mesa de siempre. Cas todavía no ha llegado.

—¿Cómo estás, pendona? —Me abraza durante unos segundos que se me hacen eternos. Siempre ha sido la más cariñosa y tocona de las tres. A sabiendas de mi carácter arisco, creo que me dedica un extra de mimos intencionadamente.

—Muy bien, ya sabes, todo el día de aquí para allá... —Será de la cama al sofá y vuelta a empezar, pienso para mí. Pero me niego a

contarle este infierno. Mis amigas no me entenderían. Y con razón.

María duerme una media de cinco horas al día. Estudió Derecho en la Complutense y trabaja para un reputado bufete de abogados desde que se licenció. Vamos, que vive explotada. A Cas acaban de despedirla de RTV1 por un ERE. Y luego estoy yo, dedicada en cuerpo y alma a una profesión que, aparentemente, querrían todas. De cara a la galería, lo tengo todo: una casa de revista, noches de pasión sin compromiso, un trabajo que me lleva a viajar por medio mundo y una solvencia económica impropia de una chica de treinta y tres años.

Al abrazarme con María, veo un agua con lima sobre la mesa. Si hay algo que a mi amiga le puede, son las cervezas. Algo no me huele bien. Cuando me aparto, veo cómo una incipiente barriguita asoma debajo de su camisa vaquera. Sus últimos corchetes están a punto de saltar.

—¡María! ¿Esto es...? ¿Esto es lo que yo creo que es?

—¡Vas a ser tía, Gin!

Ahora sí, me abalanzo sobre ella y la estrecho entre mis brazos. Estoy feliz a medias. El tiempo pasa a una velocidad vertiginosa. ¡Mi amiga del cole va a ser madre! Aún no me lo creo. María está a punto de ascender al siguiente escalón y yo me quedaré sola en este. Demasiados cambios en poco tiempo. Todavía estoy pasando el duelo de sus respectivos matrimonios. No quiero que se me malinterprete. Adoro a Luis y a Tomás, pero, al casarse con ellas, sentí como si me las robaran. Se acabó eso de quedar cuando nos viniera bien a nosotras. Nuestro tiempo juntas ya no era solo nuestro. Y ahora un bebé está a punto de entrar en escena. No quiero imaginarme la poca —o nula— disponibilidad que tendrá María. Cuando recuperara a la Gin de siempre, esperaba encontrarme a mis amigas en la mesa habitual, sin más ataduras

que una cerve y con todo el tiempo del mundo para cotillear. A las dos les encantaba escuchar cómo es Cameron Díaz al natural o qué zapatos llevaba Leandra Medine la última vez que la vi en Nueva York. Y yo disfrutaba explayándome.

Sé que me estoy quedando atrás. María y Casilda siguen los pasos que tocan. Con treinta y tres están casadas y una de ellas, embarazada. Cas no tardará. Creo que soy, oficialmente, la díscola de las Tres Mosqueteras —así nos apodaba la profe de Literatura del Santa Margarita—. Como decía mi abuela, esto de hacerse mayor es un mal invento. Ojalá pudiera darle al botón de rebobinar. O, por lo menos, al de *pause*.

—¡Hola, chicas! Siento el retraso, he estado reunida con el laboralista para negociar el ERE. —Casilda llega media hora tarde. Es habitual que lo haga, pero no tanto.

—¿Y qué tal ha ido?

—Parece que los abogados de la otra parte están dispuestos a llegar a un acuerdo. Qué ganas tengo de que esto acabe pronto. Además, el paro me está matando. ¡No sé estar sin hacer nada!

—Aprovecha para montar a Limonada. —Cas tiene una yegua negra preciosa; su madre le inculcó la afición por la equitación cuando apenas levantaba dos palmos del suelo—. Y pinta. Siempre te quejas de que no tienes tiempo para usar tus acuarelas. También podrías sorprender a Tomás recogiéndolo en el trabajo para ir a comer al bar de pinchos de Ponzano, ese que tanto le gusta...

—Uf, no me hables de Tomás... Necesito un poco de aire.

—¿Por?

—La convivencia de este primer año de casados nos está pasando factura. Me pone de los nervios que salpique el espejo del cuarto de baño cuando se lava los dientes, o que deje la ropa tirada en el el banco de cama en lugar de guardarla en el armario… ¿Qué le

costará descalzarse cuando llega a casa? Mira que se lo he dicho veces. Tampoco hay manera de que apague las luces de la habitación cuando se va. El mes pasado recibimos un facturón... Pero ni con esas. ¿Y dónde se ha visto comer pan sin plato de pan? No sabéis cómo deja de migas su lado de la mesa... Y, por supuesto, aquí la menda es la encargada de recogerlas.

—Bienvenida al matrimonio, Cas —le dice María con sorna.

—¿No estás exagerando un poco? —pregunto, desde mi ignorancia absoluta.

—A veces me cambiaría por ti, Gin. Las relaciones a corto plazo son mucho más emocionantes y, sobre todo, menos estresantes. Supongo que se cortan antes de que las atrape la rutina. Es como si Tomás y yo hubiéramos envejecido de golpe. De repente me veo hablando de que se ha estropeado la lavadora o de la lata de Coca-Cola que lleva días abierta en la nevera. En fin... —Cas ahoga sus penas en un buen sorbo de cerveza.



Dejar la vida a medias

Estuve a un tris de dejar mi vida a medias. Cada vez que lo recuerdo, me estremezco. Cuando una vida se trunca antes de hora, pienso en todo lo que le quedaba por hacer, pero es que quizá su historia estaba predestinada a acabar aquí. «Estamos hechos para la eternidad.» Eso me dijeron en el cole. Entonces, para mí no fueron más que palabras vacías que ahora empiezan a cobrar sentido.

Tocan al timbre. ¿Quién será?, me pregunto. Cada vez soy más celosa de mis dos horas de intimidad. Agradezco la compañía de papá y mamá, pero estar sola me recuerda que sigo siendo adulta. Me arrastro a regañadientes envuelta en mi inseparable manta, que ya empieza a oler a tigre (después del chaparrón de lágrimas y mocos que ha soportado los últimos meses, no me extraña).

—¡Tía Dorita!

Creo que es la última persona que esperaba ver en el rellano de casa. Sin inmutarse, mi tía responde a mi sorpresa con un ligero movimiento de mano, dibujando una pequeña estela con el humo de su cigarrillo. La boquilla está tintada de burdeos. Estar convaleciente no es excusa suficiente para dejar de pintarse los labios. Esta vez, tía Dorita ha recogido su melena con un broche antiguo que no tenía fichado. Marcela, su cuidadora de toda la vida, sujeta los asideros de la silla y me sonríe con su discreción habitual.

—Pero... ¡si te negabas a salir a la calle sobre ruedas!

—Lo sé, querida. Pero te has convertido en una causa de fuerza mayor. ¿Me vas a invitar a entrar o qué?

—¡Claro, pasa!

Su visita me alegra más de lo que estoy dispuesta a admitir. Creo que es la primera vez que viene a casa. Mi relación con tía Dorita es especial, ella marca los límites. Tengo la sensación de que teme querer y que la quieran. Siempre me ha parecido una mujer a gusto con su soledad y nunca me he atrevido a preguntarle por su vida antes del accidente. Fernando, su marido, murió con treinta años cuando competía en un rali. Desde entonces, no se la ha vuelto a ver con otro hombre. Cuando enviudó, se fue a vivir a Florencia. Allí hizo un curso intensivo de escultura en la Accademia di Belle Arti, una de las instituciones más antiguas y prestigiosas de Italia. Tengo muchísima curiosidad por saberlo todo sobre su retiro italiano, pero sé que piso tierras pantanosas. Lo poco que conozco sobre su paso por Florencia me lo contó mi padre.

Por miedo a hurgar en heridas mal cicatrizadas, tía Dorita siempre establece una distancia de seguridad con todo el mundo. Incluida yo. Por eso es poco dada al contacto físico. En eso nos parecemos. Suele decir que las muestras de afecto en público son signo de debilidad. Nunca me lo ha confesado, pero sé que su forma de quererme es dedicarme tiempo e instruirme sobre arte, su mayor legado.

Cuando mamá «se fue», ella se convirtió en la mujer que yo aspiraba a ser. Una tipa fuerte, vehemente, creativa, segura e independiente. Pero comprarme la versión *low cost* de sus zapatos no me había hecho más que palidecer a su lado. Con la separación de mis padres, ella me prohijó. Nuestras salidas a las galerías se hicieron más frecuentes y solíamos ir a tomar algo después. Tía Dorita siempre pedía un Chivas y yo una Coca-Cola. Con quince años, lo más cerca que estuve de las bebidas espirituosas fue el whisky de mi tía. Aquel olor tan fuerte me producía arcadas.

Entre sorbo y sorbo, me contaba los pormenores de la exposición que habíamos visto aquella tarde. Otras veces, me preguntaba por las asignaturas del cole. Tenía especial interés por lo que nos enseñaban en Historia del Arte. Cómo no. Pero nunca hablábamos de sentimientos. Jamás me preguntó cómo estaba. Ni yo a ella. Supongo que me ceñía a escuchar todo lo que me contaba aquella mujer tan ilustrada. Me fijaba en su forma delicada de gesticular y en su manera de reír. No era comedida, pero tampoco exagerada. Era, simplemente, perfecta.

—No tengo Chivas, tía Dorita, pero puedo ofrecerte una manzanilla o un té de jengibre y limón.

—Si no hay más remedio, tomaré un té de esos.

Sé que tía Dorita es especialmente quisquillosa con el protocolo de mesa. Yo también. Por eso tengo a mano el juego de té de porcelana que heredé de mi abuela materna. Se lo sirvo a cámara lenta, en un intento desesperado por posponer nuestra conversación. Sé que ella tampoco está cómoda. Nunca hemos tenido una charla tan íntima como la que está a punto de estallar.

—Gin, te entiendo. Entiendo por qué lo hiciste.

—Eso es imposible, apenas lo sé yo... Estaba al borde del abismo.

—Yo también lo intenté. Fue en Florencia.

Es la primera vez que tía Dorita habla de la ciudad de los Medici. Las piezas del puzle empiezan a encajar. De repente, siento el abrazo inédito de la empatía y noto cómo se afloja la soga que llevo al cuello.

—Gracias. —Es lo único que atino a decirle, sin moverme del sofá.

Lo último que esperaba de mi tía era una confesión de ese calibre. Aquella mujer, mi estandarte de fortaleza, también había querido dejar su vida a medias. Y ahora que lo sé, no la veo más débil, sino todo lo contrario. Tía Dorita ha sido lo suficientemente valiente como

para desenterrar una herida que aún supura. Y solo para acompañarme en mi dolor.

—No me las des, Gin. Cuando dejas de vivir para sobrevivir, la puerta de salida se desdibuja. Yo también he sido víctima de mis demonios. Pero no pudieron doblegarme, y los tuyos tampoco podrán.

—¿Tú crees?

—Pues deja de hacerlo. Acepta que esos demonios forman parte de ti y encuentra la manera de convivir con ellos manteniéndolos a raya. Todos tenemos nuestras luces y nuestras sombras, querida sobrina. Ahora mismo, tus sombras eclipsan quién eres. Pero también hay luz dentro de ti, solo tienes que encontrar el camino para volver a ella.



Mi «espacio seguro»

Todavía medio dormida, extiendo el brazo para acariciar el otro lado de la cama. Las sábanas están frías. Entonces recuerdo que Claudio se ha ido. La palma de mi mano recorre una y otra vez el lado vacío de mi lecho de muerte. Es el único movimiento que me veo capaz de hacer. Mi apatía es tal que no lloro su ausencia. Supondría demasiado esfuerzo. He llegado a un punto de colapso emocional insostenible. Mi cuerpo ya no reacciona a ningún estímulo y mi mente está en *pause*. Es el vacío más absoluto. Y resulta de lo más estremecedor.

Me paso el día tumbada en la cama, mirando el techo de mi habitación. No pienso en nada. Existir ya es suficientemente agotador.

La consulta del doctor es mi «espacio seguro». Aquí expongo mis miserias sin necesidad de disfrazarlas. Tampoco tengo que engañar a nadie diciéndole que estoy bien. Porque no lo estoy. Y es que, en realidad, nadie espera escuchar la verdad cuando te pregunta qué tal estás por inercia social.

Me gusta contar con alguien al que puedo vomitarle mis dramas sin sentirme odiosa. Compartir mis histerias mentales con mi familia y amigos no es una opción. Solo conseguiría preocuparlos y entristecerlos. Y eso me haría sentir más culpable.

En la consulta no soy una nube negra. Aquí soy yo, con lo bueno y con lo malo.

El doctor Negre sabe cómo ejercer de árbitro entre las dos Gin, que siguen en una pugna constante dentro de mí. Pero parece que, al final de cada sesión, las dos encuentran un poquito de paz.

—Te has machacado tanto, Gin, que tu cuerpo y tu mente están fulminados. Ya no tienen energía para más.

—Entiendo. —Me importa poco o, más bien, nada lo que pueda contarme hoy el doctor Negre. Mi estado de letargo hace que todo me resbale, incluso las palabras de la única persona en la que confío para salir de este pozo.

—¿Qué pensamientos se han repetido en tu cabeza esta última semana?

—No merezco que me quieran.

—¿Y por qué?

—Quién va a querer estar con un trapo harapiento como yo, que solo llora y, a veces, incluso ni eso.

—¿Estás enfadada contigo, Gin? Te hablas con mucho desprecio.

—¿Cómo no voy a estarlo? Soy débil, ¡mucho!, pesimista, insegura y perezosa...

—Creo que confundes pereza y debilidad con depresión. Ginevra, eres mucho más fuerte de lo que piensas. No es fácil soportar el maltrato al que te sometes continuamente.

—¿Y de qué me sirve? A veces es mejor dejar de aguantar.

—¿A qué te refieres con «dejar de aguantar»?

—A morirme, doctor.

Negre ha podido conmigo. Con uno de sus habituales interrogatorios, así como quien no quiere la cosa, ha logrado sonsacarme mi secreto mejor guardado. Estoy segura de que conocía mis intenciones, pero quería oírmelas decir. El muy cabrito es bueno en lo suyo. Se nota que tiene experiencia tratando a locos

como yo, que, a veces, flirteamos con la idea de tirarnos por el balcón.



¿Amar o no amar? Esa es la cuestión

Durante las guardias de mi madre en casa, la acompaño en su hora de lectura desde mi *chaise longue* esquinera. Cuando no me concentro, hago ver que leo, mientras observo las siluetas de los viandantes por la ventana. Algunos van a paso ligero, otros corren sorteando patinetes que van a toda velocidad y bicis que ralentizan el tráfico. Ninguno camina con calma. O eso me lo parece a través de las cortinas que nunca corro. El mundo se mueve rápido mientras yo lo veo pasar.

Otras veces, me quedo absorta contemplando a mi madre. Hacía mucho que no pasábamos tanto tiempo juntas. Mamá conserva sin esfuerzo una figura escultural, que esconde dentro de camisas anchas y pantalones bombachos. Sus ojos tristones delatan lo mucho que lleva sufrido. Y es que el dolor, cuando se contiene, pesa más. Todas las tardes se sienta junto al reposabrazos del sofá con la espalda erguida, incapaz de perder la compostura. Mamá siempre ha tenido una envidiable conciencia corporal gracias a las clases de *ballet* de su infancia. En la gracilidad de sus movimientos se intuye una educación refinada y estricta. Mientras lee, veo que sigue subrayando algunos párrafos con verde fosforito. Hay costumbres que son parte de uno.

> Amar, de cualquier manera, es ser vulnerable. Basta con que amemos algo para que nuestro corazón se retuerza y, posiblemente, se rompa. Si uno quiere estar seguro de mantenerlo intacto, no debe dar su corazón a nadie, ni siquiera a un animal. Hay que rodearlo cuidadosamente de pasatiempos y pequeños lujos;

> evitar todo compromiso; guardarlo a buen recaudo bajo llave en el cofre o en el ataúd de nuestro egoísmo.

Mamá me sorprende volviendo a citar en voz alta a C. S. Lewis, un reputado escritor británico reconvertido al cristianismo. Solía hacerlo cuando Sebas y yo éramos niños y, aunque entonces no entendía nada de lo que decía este académico de la Universidad de Oxford, me gustaba que mi madre le diera voz en casa. Sus palabras sobre el amor me devuelven, por un instante, a mi infancia feliz.

Dudo que hayamos recuperado esta vieja tradición familiar por casualidad. Desde que la vi con papá, quiero (pero no quiero) saber qué está pasando exactamente entre ellos. E intuyo que mi madre acaba de allanarme el camino. Su respuesta me da pánico.

—Mamá, ¿vas a volver con él?

—No lo sé, hija.

—¿Cómo puedes planteártelo siquiera después de lo que te hizo?

—El amor es una decisión que trasciende el sentimiento. Las emociones son volátiles y frágiles, pero querer es voluntad, Gin. Cuando me casé con tu padre, decidí amarlo con sus virtudes y sus defectos, pese a todo y contra todo. Y eso he hecho todos los días de mi vida. —Se hace el silencio. Un silencio que entona el enorme respeto con el que abrazo sus palabras. ¡Ahora lo entiendo! Mi madre pagó la infidelidad de mi padre con fidelidad. Me he pasado años maldiciendo su falta de carácter, cuando no conozco a nadie capaz de hacer algo tan radical—. Gin, si he continuado estando para tu padre no ha sido solo por él. También lo he hecho por mí. En la partida de la vida, cada uno juega sus cartas como puede. El tablero pone las reglas, pero no todas. Nuestros principios tienen mucho que ver con la mano ganadora. Si eres fiel a ti misma, hija mía, vivirás en paz.

—Ojalá algún día alguien tome una decisión tan rotunda por mí.

—Puede que ya lo hayas encontrado, pero te niegues a reconocerlo.

—Da vértigo.

—Lo sé, pero vale la pena correr el riesgo. Un corazón que no ama acaba marchito.

—¿Y qué diferencia hay entre un corazón roto y otro que está marchito?

—Que el primero ha vivido y el segundo, no. Gin, ¡vive!



Gin contra gin

—¿Por qué me ha tocado a mí? ¡No es justo! —le grito desesperada a la tipa que veo en el espejo de mi cuarto de baño. Ella me responde con el rostro desencajado por la furia—: ¡Estoy harta de ti! ¡Te odio, Gin!

Mis manos descargan toda su rabia agarrándose al lavabo con mucha energía, demasiada. El tono rojizo de mis nudillos es cada vez más intenso. Con toda la fuerza de que soy capaz, doy mi primer puñetazo. Y se lo doy a la chica del espejo. El cristal se rompe al instante en mil pedazos que caen sobre mis pies desnudos. Me he hecho un pequeño corte en el empeine izquierdo. Me sangran los nudillos, pero apenas lo noto. El alma duele más. Vuelvo a desafiarme frente al espejo partido. El cristal me devuelve mi rostro fragmentado en tres. Una Gin enardecida se propina otro derechazo. Tenía que hacerlo con el mismo puño para ahondar en los raspones. No duelen lo suficiente. Y a este segundo golpe de ira le sigue otro, y otro más... hasta que el reguero de sangre mancha las baldosas del suelo. Me siento sobre él, asustada de verme cada vez más encarnecida. Sí, esa que me da miedo soy yo.

No acepto que estoy enferma. No puedo aceptar que malvivo en la oscuridad de mi mente, incapaz de salir ahí fuera como cualquier persona normal. ¿Por qué demonios no puedo ser normal? Me frustra rebelarme contra esta dichosa depresión, una y otra vez, y que el resultado siempre sea el mismo: volver al cobijo de mis sábanas mugrientas. ¡Cómo las detesto!



¡Sorpresa!

—Sebas, ¡vuelve a correr las cortinas, por favor!

Mis ojos ya no soportan la luz. Odio que me despierten. Y, como mi hermano se ha empeñado en hacerlo todos los días desde que volví a casa, le toca aguantar la peor parte. No hay mañana que se salve de mi rapapolvo. Muy en el fondo, sé que no se lo merece, pero menos merezco yo que me reconecten a mi triste realidad.

—*Non sono* Sebas.

Me incorporo de golpe y me cubro con la sábana hasta el cuello.

—¡¿Claudio?! ¡¿Qué narices haces aquí?!

Voy a matar a quien se le haya ocurrido la brillante idea de dejarlo entrar en mi cueva. Llevo tres días (¿o más?) sin ducharme, llevo el flequillo más grasiento de la historia de los flequillos y he dado por perdida la única goma que tenía para recogerme el pelo. Así que harás bien imaginándome como un fantasma sepultado bajo una mata de pelo indomable.

La parte inferior de mi camisón está hecha un gurruño, enrollada a mi cintura (suerte que la sábana me cubre). Los polvos Terracotta de Guerlain están más en la almohada que en mi cara, y no quiero ver cómo de corrida está la máscara de pestañas que me puse hace no sé cuánto. Mi cara podría ser un cuadro tenebrista de Caravaggio.

—Me encontré a Simona en un café de Milán.

—Vale, entiendo. —Maldigo internamente a mi amiga una y mil veces. ¿Cómo se le ha ocurrido ponerlo al tanto de mi deplorable estado?—. Y... ¿quién te ha abierto la puerta?

—Me he encontrado a tu madre en la entrada y me ha dejado pasar. Dice que volverá más tarde.

—Espérame en el salón. En veinte minutos estoy lista.

Lista no sé para qué, pero, si todavía me queda algo de dignidad, me gustaría recuperarla en el cuarto de baño.

Claudio está en una *call* (lo que viene siendo una reunión por teléfono de toda la vida) cuando enmudece de golpe. Llevo un par de jeans ajustados y una camiseta de rayas de colores. Es la primera vez en meses que no voy de negro o en pijama. Me he sonrosado las mejillas y he resaltado mis ojos con rímel y raya negra. Como dice Simona: «Vayas donde vayas, hazte la raya». Llevo el pelo suelto ¡y limpio! A sabiendas de que mi melena pelirroja siempre ha sido mi fuerte, no dudo en jugar esa baza haciéndola bailar con cada movimiento que doy frente a él.

—*Fabio, ti chiamo dopo* —escucho decir a Claudio.

No me pasa inadvertida su cara de sorpresa ante una Gin que nada tiene que ver con la de hace media hora. Es evidente que le gusta lo que ve, y eso me infunde algo de seguridad y cierto alivio. Hacía mucho que no me veía «bien». Aunque mi alma sigue vestida de funeral, he logrado adecentar la carcasa. Un primer paso que, de no ser por Claudio, no hubiera dado.

—Y... ¿para qué has venido? —le pregunto sin atreverme a mirarlo a los ojos. Me da vergüenza que haya visto mi cuarto hecho una pocilga y a mí sin desentonar en él. Supongo que la verdad siempre sale a la luz. ¡Y de qué manera ha salido la mía! Voy a matar a Simona.

—Quiero pasar el día contigo. —Claudio y sus respuestas para todo.



La droga que mueve el mundo

En mi vida había pedido un *smoothie* de aguacate con pera y kiwi, una combinación tan rara como mi día. A la Gin de esta mañana le ha dado por probar cosas nuevas. Claudio está sentado a mi lado, en un banco del parque del Retiro. Siempre me ha gustado ver cómo las barquitas indecisas dibujan su rumbo. ¡La de remeros inexpertos que se aventuran en este estanque!

De niña correteaba por aquí con Sebas, mientras mis padres paseaban de la mano detrás de nosotros. Veníamos todos los domingos. Nos recuerdo insistiendo en alquilar una de esas barcas. Después de renegar de semejante turistada durante años, mi padre acabó claudicando. A pesar del sol inclemente que hacía aquel día, Sebas y yo remamos sin descanso, fascinados por nuestra primera experiencia naval. Mi hermano era el capitán y yo, su primer oficial de cubierta. Como en la vida misma.

El Retiro es el corazón de Madrid. Bueno, supongo que para mí lo es. Guardo recuerdos muy felices aquí. Con los años, nuestro jardín de la infancia se ha convertido en una pista de atletismo particular. Sebas me enganchó a su pasión por el *running*. El Retiro nos ha visto crecer. Y por eso he venido con Claudio. A mis álamos blancos les debía esta presentación oficial. *Il mio ragazzo* piensa que le he propuesto esta visita por su atractivo turístico, pero no sabe que jamás compartiría este parque, mi parque, con cualquiera.

Lo miro de reojo. Él se ha aventurado con un *smoothie* de arándanos —empiezo a arrepentirme de mi elección—. Se le ve

relajado y feliz. Puede que yo, por primera vez en tiempo, también lo esté.

—¿Por qué has vuelto, Claudio?

—Porque quiero una vida contigo.

Vale, quizá esto sea *too much* para mí. Lo último que esperaba después de que se marchara de casa era una declaración de intenciones como esta. Se me acumulan las emociones. Entonces, recuerdo la conversación que tuve con mi madre en nuestra «hora de lectura». Claudio acaba de tomar la decisión radical que, se supone, yo deseaba. Vale, deseo.

Ante mi ineptitud para responderle con palabras, decido aventurarme y lo beso decidida, con pasión y alevosía. Claudio me corresponde aferrándose a mi cintura. El contacto de mis labios con los suyos es electrizante. Pero lo mejor no es el beso (que también), sino los minutos posteriores que pasamos observándonos en silencio. Dicen que los ojos son el espejo del alma. Pues en pleno Retiro, Claudio y yo desnudamos las nuestras sin pudor.

Ya no me da vergüenza perderme en sus ojos color chocolate. Es más, ahora lo hago como si fuera la primera vez que los pruebo. El sexo nunca me resultará más íntimo que cuando Claudio y yo nos hacemos zoom con la mirada. Si esto no es amor, seguro que se le parece.

Una noche ya no basta. Tampoco me conformo con una escapada de fin de semana que siempre acaba igual: conmigo conteniendo las lágrimas en la puerta de un taxi. Me he hartado de ver cómo Claudio se aleja, sin saber cuándo volverá a recorrer el camino en dirección contraria. Las llamadas por FaceTime no ponen la piel de gallina y los besos a la pantalla no valen.

Con Claudio lo quiero todo. Quiero que me despierte levantando las persianas, incluso cuando las prefiero bajadas; quiero que siga

olvidándose de ahuecar los cojines cuando se levanta del sofá, quiero que mi casa huela a carbonara día sí y día también, quiero dormir con su almohada de plumas todas las noches (Claudio siempre viaja con ella, y me encanta robársela a media noche), quiero que mi bombonera deje de ser mía para ser de los dos (ojo, que la cosa empieza a ponerse seria). Quiero ver su plato sin aclarar en el lavavajillas e, incluso, la tapa del váter levantada. Se confirma el rumor: estoy jodidamente enamorada.

El amor es un pinchazo en el corazón. Es el vello erizado por el roce de mi mano con la suya. Son miradas vergonzosas que se cruzan con intención. Es una primera vez. Es un estómago incapaz de digerir tantas ganas contenidas. Es sentimiento, pero también voluntad. Es desgarro. Y posición fetal para llorar penas que matan. Es un corazón que se acelera con el tintineo de sus llaves al entrar en casa. Son mejillas sonrojadas a medio metro de distancia. Es una canción que recupera un trocito de la historia. El amor es la droga que mueve el mundo. Y Claudio me tiene enganchada.



El banco de alonso martínez

Cas y yo solíamos quedar en «nuestro banco» de Alonso Martínez, el que está frente a la parada de metro. Charlábamos sobre la madera astillada durante horas comiendo pipas, mientras guardábamos civilizadamente las cáscaras en una bolsa de plástico. Cuánto han ido cambiando los temas de conversación, desde que instauramos esta tradición a los diecisiete.

La edad adulta te deja menos tiempo para la amistad. El despido de Cas, un marido recién estrenado, mi agenda imposible antes de que llegara la dichosa depresión... han ido posponiendo nuestros encuentros en el banco hasta hoy. Todo el mérito es de ella. Si no me hubiera insistido tanto, yo seguiría dormitando en mi sofá, con *The Blacklist* de fondo. Creo que es la tercera vez que la veo. Soy fan de las series con infinitos capítulos. Me pone de mal humor tener que estar escogiendo una nueva cada dos por tres (si no es con Claudio, claro está). Además, me cuesta despedirme de los personajes cuando ya se han hecho a mi rutina. O yo a la suya.

—He comprado pipas y, como novedad, lenguas de gato. Tenía antojo de dulce.

—¿No estarás embarazada tú también, Cas?

—¡Que va! Lo que me faltaba.

—¿Por?

—Negociar la indemnización de la tele está siendo complicado. ¡Dichosas empresas públicas! Cuando tienen que soltar la pasta, no lo hacen. Eso sí, para enchufar al directivo que toca pagan todo y

más. Da igual si tiene talento o no, lo importante es que comulgue con el ideario político de turno. En fin, este tema me tiene muy quemada.

—Vaya, lo siento, Cas, no sabía que estaba siendo tan complicado. Perdóname, estos meses he estado un poco *out.* —Ingenioso eufemismo para obviar una depresión—. ¿Y qué tal la vida de casada? —La cara de circunstancias de mi amiga no es muy alentadora.

—Ahí vamos.

—Y eso... ¿es bueno o malo?

—No te cases, Gin. Esto del matrimonio es una estafa.

—¡Pero si llevas soñando con casarte desde que te conozco!

—¿Una no puede equivocarse de sueño, o qué?

—Sí, claro, pero ¿qué ha cambiado el matrimonio entre Tomás y tú? Siempre os habéis avenido de maravilla. Tanto que dabais un poco de repelús, la verdad. —Logro arrancarle una ligera sonrisa. Algo es algo.

—La rutina es criminal. Estos últimos meses, el trabajo de Tomás lo tiene sobrepasado. Está con la compraventa de una empresa importante. Según él, es la operación de su vida. Espero que le valga la pena, porque llega de madrugada prácticamente todos los días y yo no me he casado para cenar sola delante de la tele y levantarme cuando ya está de vuelta en la oficina. Y yo, justo ahora, sin trabajo. Estoy que me subo por las paredes, Gin. He pasado de ser redactora de informativos a chica de la limpieza. Cuando me levanto, friego los platos de la noche anterior y la taza de café que Tomás deja en cualquier sitio antes de salir de casa a toda prisa (a veces me la encuentro en el cuarto de baño), aspiro como una posesa para sentirme útil y cansarme un poco, pongo lavadoras, plancho sus camisas y pruebo todo tipo de recetas con la

Thermomix. Le dejo la cena en el horno, que a veces ni prueba. Yo tampoco cenaría a las tres de la mañana. Y esta es mi nueva vida, Gin. Vamos, mi sueño hecho realidad.

—Cas, esta situación no durará eternamente. Se os ha juntado todo. Paciencia, amiga. Esto es como un «expectativas vs. realidad» de Instagram. Lo importante es que quieres pasar el resto de tu vida con él, ¿verdad?

—¡Claro! Eso no ha cambiado.

—Pues la vida tiene eso: sus altos y bajos, sus más y sus menos, sus puntos de encuentro y desencuentro. Vosotros habéis decidido subiros juntos a esta montaña rusa. Y, créeme, es mejor que hacerlo sola.

—Siempre te lo he dicho, Gin, deberías convertir tu perfil de Instagram en un consultorio amoroso. Te forrarías.

—Consejos vendo que para mí no tengo.

Charlar con una amiga es sanador. Había olvidado cuánto.



Un bulto negro

Se ha hecho de noche, cuando Cas recibe un whatsapp de Tomás.

—¡Llega para cenar! Voy a comprar algo en el japo que acaban de abrir en mi calle. Tienes que probarlo, Gin, te encantaría. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Claro, yo me quedo un rato más. Tengo mails pendientes y aprovecharé para contestarlos. —Hacía mucho que no pasaba un buen rato al aire libre, y quiero alargar esa sensación de bienestar. El mundo ya no me da miedo.

—¡Te quiero, amiga! —Cas se despide con un tono repentinamente alegre.

Cenar con su marido le ha cambiado el humor. No puedo evitar sentir una punzada de celos. Tener a alguien que me espere en casa podría llegar a gustarme. Respondo a su efusiva muestra de afecto con una mueca burlona. Sabe de sobra que no va a recibir un «te quiero» de vuelta.

Cuando estoy respondiendo el tercer mail, absolutamente abstraída de todo lo que me rodea, noto la presencia de alguien que se sienta junto a mí. Miro de reojo. Una señora de unos cincuenta y tantos con el pelo gris —no sé si por los años o la mugre que lleva encima— se acomoda en «mi banco». Viste una falda de franela hasta los pies, zapatos negros de cordones y lleva una maleta con un par de mantas. Saca la más gruesa y se cubre las piernas. Está llena de bolas y huele mal. Descubro un pequeño neceser

transparente entre alguna muda. Dentro hay un peine, un cepillo y un dentífrico tamaño viaje.

Yo hago ver que sigo a lo mío, pero la señora misteriosa acapara toda mi atención. A continuación, se pone un pasamontañas y un par de guantes. Parece que va a pasar un buen rato a la intemperie.

—Buenas noches. —Me sorprende su saludo. Tiene una voz dulce.

—Buenas noches...

—Me llamo Cecilia.

—Encantada, soy Gin.

No sé por qué, pero me siento incómoda sentada junto a esa extraña mujer que ha invadido mi espacio. Doy por terminada mi sesión de trabajo vía iPhone y me despido de ella con un fugaz «adiós». Bajo las escaleras del metro a toda velocidad. Pero la curiosidad me lleva a subirlas de nuevo para espiar a Cecilia. Veo cómo se acurruca bajo dos mantas que la resguardan del frío. Ahora lo entiendo: mi banco es su cama.

No puedo conciliar el sueño, y esta vez no se debe al insomnio. Cecilia vuelve a mi cabeza una y otra vez. Mientras duermo entre sábanas de algodón egipcio, me la imagino tumbada sobre la madera astillada, cubierta por una montaña de mantas andrajosas, su único escudo contra el mundo.

Estar de tú a tú con el desamparo más absoluto provocó mi huida impulsiva. Esa fue mi reacción ante una sintecho que, quizá, lo único que buscaba era compañía. Ni siquiera conversación. Solo el calor de un cuerpo sentado junto al suyo.

Al día siguiente, me planto en la salida de metro de Alonso Martínez a las nueve de la noche. Cecilia apareció ayer sobre esa hora. He vuelto para acallar mi conciencia. Mal que me pese, no es una motivación precisamente altruista. Llevo veinte minutos de pie cuando decido sentarme en el banco. Casi a la vez, se sienta un

teenager con una sudadera dos tallas más grandes que la suya y los AirPods a todo volumen. Hace caso omiso a mi presencia.

Varias bolsas de pipas después, Cecilia sigue sin aparecer. No sé por qué he dado por hecho que tendría una rutina. «¿Dónde dormirá esta noche?», me pregunto, una y otra vez, de vuelta a casa.

Varias semanas después, paseo sin rumbo con Pimienta por la calle Génova, cuando vislumbro un bulto negro sobre el banco de Alonso Martínez. ¿Será ella? Acelero el paso mientras escucho jadear a mi peluche.

Al llegar al banco, un par de mechones grises asoman bajo la montaña de mantas. No puedo ver nada más de quienquiera que esté ahí debajo.

—¿Cecilia? —Tengo que pronunciar su nombre cuatro veces hasta que una mano se deja ver. A continuación, se baja la manta hasta la nariz. Veo unos ojos somnolientos e idos.

—¿Quién me llama?

Reconozco ese tono de voz tan frágil.

—Hola, Cecilia, soy Gin, ¿te acuerdas de mí?

Me responde con una mueca desconcertada, creo que no se ubica ni ella. Me acerco algo más. El olor a alcohol se hace evidente.

—Por favor, no me hagas daño, solo quiero dormir.

—Tranquila, me he acercado para saber si estás bien. Coincidimos en este banco hará un par de semanas.

—¡Ah, ya decía yo que tu cara me sonaba de algo! —dice mientras se incorpora.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Claro, el banco no es mío. ¿Cómo dices que te llamas?

—Gin.

—Encantada de tener compañía esta noche, Gin.

—¿Duermes aquí?

—Sí. Hace cinco años que vivo en la calle. —Se hace el silencio. Me quedo helada ante semejante confesión.

—Lo siento, Cecilia. —Es la única bobada que atino a decir.

—Mi padre y mi hermano me dieron una paliza de muerte para echarme de casa. De la noche a la mañana, me vi en la calle con lo puesto, el dedo meñique roto y dos costillas fisuradas. —Me fijo en el dedo meñique de su mano derecha. Lo tiene totalmente deformado.

—¿Y eso por qué?

—A los dieciséis años empecé a salir con un chico que me metió en el mundo de la coca. No le culpo. Yo consumía porque quería. Pocos meses después, nos casamos y, como imaginarás, un matrimonio de dos adictos (él también le daba al alcohol) tuvo poco futuro. Cuando nos separamos yo logré desengancharme gracias a Proyecto Hombre y regresé a casa con mi familia. Pero, para entonces, ya era tarde. Mi padre nunca me perdonó y dejó de hablarme. La única que se compadecía de mí era mi madre, pero estaba absolutamente abducida por mi padre. Ella fue otra de sus víctimas. No paró de machacarla psicológicamente hasta que murió.

—¿Él o ella?

—Él. Me enteré al recibir la última orden de alejamiento que me puso mi familia. Su nombre no aparecía en el documento, así que logré ponerme en contacto con una tía mía vía Instagram y me confirmó lo peor.

A Cecilia no le duele escarbar en su pasado. Todo lo contrario, más bien creo que se desahoga contándomelo. Me pregunto cuánto hará desde la última vez que pudo charlar con alguien largo y tendido.

—¿Sentiste su muerte después del daño que te hizo?

—Mucho. Él era un buen padre hasta que empezó a pegarme.

—Y ahora, ¿por qué no vuelves a casa?

—Porque mi hermano vive con mi madre, y él no quiere. Pedro va renovando la orden de alejamiento para asegurarse de ello. Alega que yo les pegaba, pero no es verdad.

—¿Y tu madre?

—Cuando me quedé en la calle, una noche me robaron el bolso. Dentro estaba mi móvil. Años después, no sé cómo, recordé su número de teléfono. La educadora social consiguió hablar con ella (la orden de alejamiento me impide contactarla), y le dejó muy claro que no quiere saber nada de mí.

Escuchar semejante barbaridad me rompe por dentro. A pesar de todo, Cecilia habla de su familia sin rencor, solo con resignación.

—¿Y qué vas a hacer?

—Sobrevivir. He estado durmiendo en un centro de acogida. Tuve suerte de pillar el último catre libre. Habían ampliado el número de camas por la Operación Frío, pero, al cabo de un mes, tuve que irme. Son las normas. Allí me dieron esta maleta con mantas y un par de zapatos nuevos. Los míos se pudrieron con la lluvia.

—¿Y qué haces durante el día?

—El centro está al lado del parque del Oeste así que, hasta hace nada, pasaba las mañanas en su rosaleda. ¿Sabes que ahí hay plantados unos veinte mil rosales? Al mediodía, mi amiga Fernanda, una ecuatoriana que regenta el restobar peruano La Morocha, a diez minutos del parque, me traía pan con chicharrón. ¡Estaba de muerte! Desayunaba y cenaba en el centro de acogida.

—Y ahora... ¿vives en este banco? —Sigo sin salir de mi asombro. La orfandad de Cecilia es aterradora.

—Al final te haces a una rutina en la calle y creo que, de momento, voy a quedarme aquí. Estuve durmiendo cerca de plaza de España hasta que un marroquí intentó abusar de mí.

—¡Madre mía, Cecilia!

—A veces cambio los bancos por cajeros o porterías. Estuve un par de meses durmiendo en una gracias a un chaval que me abría la puerta de su edificio todas las noches. A las seis de la mañana tenía que irme para que no me pillaran los vecinos.

—¿Y esos cartones?

—Cuando duermo en el suelo, me estiro sobre ellos para no pasar tanto frío. La última vez que intenté coger uno, me caí dentro del contenedor y me rompí una costilla. También tengo la cadera fastidiada. Cargar con esta maleta a todas partes es lo que tiene. La calle me ha hecho polvo, pero me he acostumbrado a ella.

—¿En serio?

—Como lo oyes. Hace unos días amanecí en este banco junto a dos billetes de cien euros. Caridad o despiste, el caso es que cogí las lechugas y me pagué una noche de hotel. Qué incómoda estuve durmiendo sobre un colchón. Por poco me estiro en el suelo.

—¿Y no tienes algún familiar o amigo que pueda acogerte?

—Perdí a mis amigos, los buenos, por culpa de la coca. Cuando me quedé en la calle, llamé a dos primos. Uno se desentendió de mí, y el otro me dio la dirección de un albergue que nunca existió.

—Menudo par de capullos.

—La vida está llena de capullos, pero hay mucha gente que me ha ayudado. Cuando vives en la calle, sabes adónde ir si tienes hambre.

—¿Y no tienes miedo?

—A todas horas.



Fuera del sistema

Me abrazo a Pimienta como si fuera la última vez que puedo hacerlo. La abrazo consciente de cada una de sus respiraciones, mientras acaricio su pelo sedoso y largo, una y otra vez. No estoy sola. Nunca lo he estado (y no lo digo solo por mi peluche de canela), a pesar de que la depresión me ha abandonado a mi suerte. Conocer a Cecilia ha sido un golpe de realidad que me ha dejado noqueada. ¿Cómo puede existir gente absolutamente excluida del sistema? ¿En qué gastamos nuestros impuestos? Porque Cecilia debería ser la primera en beneficiarse de ellos. Eso sí, luego seguimos votando a los mismos partidos que sustentan la corrupción endémica que hay a derecha e izquierda de este país. Continuamos sin saber quién es M. Rajoy y subvencionamos noches de putas a exministros socialistas. Y mientras se pierden miles de millones en mordidas, de unos y otros, hay personas como Cecilia que viven a la intemperie, sabiendo que tener un futuro es un privilegio que no pueden permitirse.



La lista de deseos

Estoy intentando ordenar el armario de la entrada (necesito embutir un par de abrigos más como sea) cuando me cae encima mi antigua caja secreta. «¡Aux!», exclamo cuando algunos viejos tesoros aterrizan sobre mi cabeza y acaban desparramados por el suelo. No recordaba habérmela llevado de casa de mamá y, visto lo visto, tampoco que la hubiera colocado en el estante superior del armario.

Tenía doce años cuando empecé a almacenar en ella todo tipo de chorradas que, entonces, me parecían de vital importancia. Lo primero que metí en ella fue mi colección de cromos. Los llamábamos «monadas». Compruebo con ilusión que todavía conservo alguno de purpurina. Desdoblo un papel amarilleado por el paso del tiempo. Es una carta de Mauro. Me la escribió cuando se fue a vivir un par de meses a un pueblo perdido de Inglaterra. Bendita tradición epistolar. Ahora todo lo abreviamos por WhatsApp. Donde esté un «te quiero» escrito a mano y con todas sus letras, que se quite el manido «tq» que ahora regalamos con la misma facilidad que un «buenos días». Recupero un par de sobres y cartas perfumadas. Llegué a tener una carpeta entera llena de ellas. Las intercambiábamos en el patio del colegio. Todas nos pirrábamos por las de María. Su abuela le regalaba siempre las más bonitas. Encuentro una pulsera de cuero desgastado con las iniciales C, M y G. Me pregunto si Cas y María conservarán las suyas. Compramos nuestro amuleto oficial en un centro comercial al que solíamos ir los viernes por la tarde. Fue el primer plan que nuestros padres nos

dejaron hacer solas. Qué mayores nos sentíamos sin supervisión adulta. Y cómo cambian las cosas. Ahora «mayor» no es precisamente algo que quiera sentirme. Encuentro un sobre de Fotoprix con una veintena de fotos reveladas de nuestro viaje a Cuba. Qué tiempos aquellos en los que no existían las galerías de imágenes que nunca se imprimen. No puedo contener una sonora carcajada al verme de color naranja en la playa de Varadero. Maldito tinte de caña de azúcar. Necesitaba paliar los estragos del flexo de mi habitación, y aquel centro de estética de dudosa reputación era lo único que podía permitirme con mis trabajillos de ETT. De repente, veo rodar caja abajo un vaso de chupito. En esa época lo aguantaba todo, hasta chupitos de Tequila. Ahora me duele la cabeza con solo tres copas de vino. Y, debajo de una montaña de recuerdos, encuentro un trozo de papel doblado en cuatro. Lo abro muerta de la curiosidad y leo una lista de cosas incongruentes, parapetadas por el paraguas del título «Los deseos de Gin». Vale, ahora caigo. Creo que escribí esa lista meses después de que papá se fuera de casa. Esa noche Sebas y yo cenamos alguna porquería de comida rápida. Mamá no estaba en condiciones de prepararnos nada. Llevaba días en cama con una depresión
de caballo. Por aquel entonces, yo estaba tratando de reconocerla en aquella nueva mujer que apenas salía de su habitación.

Leo el primer deseo: «Irme de casa». Me compadezco de la Gin adolescente que lo escribió. Por un segundo, vuelvo a sentir esa soledad tan despiadada. No soporto el recuerdo de aquella sensación tan triste, así que paso al siguiente: «Tatuarme el tobillo». ¡Qué tópico! Pero lo hice, aunque en mi antebrazo izquierdo. Acaricio la silueta del cometa que marca mi piel. Siempre he querido volar alto. Continúo leyendo. Veo que tengo pendiente viajar a Verona. Desde que interpreté a la señora Montesco en clase de Arte

Dramático, sueño con dejar una nota en el muro de los deseos de la casa de Julieta Capuleto. Dicen que sus secretarias responden a todo aquel que necesita compartir su mal de amores o busca orientación sentimental. Y está claro que yo entro en los dos equipos. No puedo parar de reír con el siguiente deseo: «Cantar *The Best of Me* con Bryan Adams en el Wizink Center de Madrid. ¡Basta de duetos en remoto desde la ducha de casa!». Hay cosas que no cambian. Siempre he fantaseado con enloquecer a las masas, me gusta imaginarme bailando sobre un escenario mientras me vitorean como si fuera un tótem. Lo de aprender portugués viene después, no me preguntes por qué. Otro delirio que todavía veo factible: hacer puenting en Sudáfrica desde el puente Bloukrans, a 216 metros del río que lleva su nombre. Mis dos últimos deseos me cortan el rollo: casarme y tener hijos. La Gin del pasado ha dejado de divertirme. A pesar de todo, seguía soñando con formar una familia.

Vivo en un constante tira y afloja con el que no sé si es mi proyecto vital. Me pasa lo mismo con Claudio. No sé si quiero quererlo. Mis antecedentes familiares pesan demasiado. Pero la vida sucede y, de repente, te encuentras cotilleando «la caja secreta» de una adolescente ilusionada por casarse y cantar con Bryan Adams. Pero lo más fuerte de todo es que esa adolescente sigues siendo tú.

El tiempo ha ido puliendo mi yo más puro por exigencias del guion. Lo que, traducido, significa que me he visto obligada a modular mi carácter con gente a la que no gusto (ni me gusta). Vale, tengo una personalidad muy explosiva que, a veces, se me va de las manos. Pero así soy yo: extrema para lo malo, pero también para lo bueno.

Saber callar me ha beneficiado en el trabajo: algunas de mis opiniones habrían generado una fuga de seguidores que no puedo permitirme. ¿O sí? En ocasiones, me arrepiento de no haber

confrontado postulados aplaudidos por la masa. No te voy a engañar: callar también me ha ahorrado problemas en mi vida personal. Vamos, que me ha facilitado la existencia, aunque a veces (muchas) echo de menos a aquella adolescente indomable que estaba por limar. Dicen que uno es esclavo de sus palabras, pues yo lo he sido de mis silencios. Posdata: creo que voy a tirar la lija.

Soportar la vida

Hoy la vida pesa menos. Es más, puede que esté empezando a soportarla. No me atrevería a decir por qué, aunque intuyo que es una mezcla de muchos ingredientes. Pasar tiempo con papá y mamá me ha ayudado a volver a sentirme «en casa». Sin ánimo de menospreciar mi bombonera, creo que no lo hacía desde que mi familia se rompió. La depresión me ha obligado a hurgar en una herida que daba por cicatrizada y que, muy probablemente, sea uno de los detonantes del hoyo en el que estoy metida.

Después del día D, fue extraño volver a sentirme como una niña bajo la lupa constante de sus padres. Poco a poco, he entendido esa vigilancia como una compañía incondicional.

Claudio se ha convertido en la ilusión que perdí cuando enfermé. Ha sido esa luz, a veces intermitente, lo que me ha animado a seguir con más o menos éxito. Todavía es pronto para saber si con él podría hacer realidad los dos últimos puntos de mi lista de deseos.

«Necesitas volver atrás para coger impulso», o algo parecido, vino a decirme el doctor Negre al animarme a pasar más tiempo en el hogar que me vio crecer. Que mi cabeza se diera de bruces con la Gin del pasado no sé si será casualidad o la mano de Dios haciendo de las suyas. Sea como fuere, reconozco que ha sido un puntazo. «Todo pasa por algo», mamá *dixit*.



Así, sin más

—¡Ya voy! —grito desde la cocina cuando suena el timbre de casa.

Corro a abrir la puerta mientras hinco el diente en mi tostada recién hecha. Pocas cosas superan a un trozo de pan crujiente y calentito. Cuando veo el rostro contraído de mi padre, enseguida capto el mensaje: algo no va bien. Lo invito a pasar sin atreverme a preguntar.

—Estoy haciendo tostadas. ¿Quieres una?

—Gin, tu tía se ha ido.

—¿Adónde?

—Tía Dorita ha muerto, hija. —Las rebanadas de pan saltan de la tostadora en ese preciso momento. Rehúyo la mirada de mi padre. Sé que sus ojos buscan los míos. Las voy colocando, a cámara lenta, en el *toast rack* de plata que precisamente ella me regaló la última Navidad. El desayuno está listo. Me siento frente a él con el corazón en un puño. No me salen las lágrimas.

—¿Cómo ha sido?

—Ha sufrido un paro cardíaco mientras dormía. Ya era tarde cuando Marcela ha ido a despertarla esta mañana.

No puedo creer lo que estoy oyendo. Pero si hace apenas un par de días tía Dorita estuvo aquí intentando sacarme del hoyo... Saber que la mujer a la que yo idolatraba también había estado al borde del abismo sanó un pedacito de mí. Después de todo, yo no era una loca, o, si lo era, no estaba sola. Mientras ahondaba en su etapa más cruda, recuerdo cómo le temblaba la mano al sostener la taza

de té de jengibre que aceptó a regañadientes. Su visita me hizo sentir importante.

Y ya está. Así, sin más, una vida se acaba. Ya no volveré a escuchar su voz hombruna, ni a ver su Marlboro manchado de pintalabios, tampoco iremos juntas a la próxima exposición de La Caprichosa ni se tomará un Chivas a palo seco conmigo. Sin ella, mi Coca-Cola no sabrá igual.

Atino a abrazar a mi padre. Sé que adoraba a su hermana mayor. Noto mi bata mojada. Son sus lágrimas. Lo abrazo más fuerte. Es mi forma de darle barra libre para que se desmorone en mis brazos. Los superhéroes de nuestra infancia también son de carne y hueso.



«Nos vemos en el cielo»

Nunca he entendido para qué sirven los tanatorios. Creo que solo alargan la agonía de los familiares. Nadie que acaba de perder a un ser querido está en condiciones de recibir a un gentío durante horas. Ni debería aguantar las lágrimas de otros. Por no mencionar las chapas que te pegan algunos. El día que me muera, no pienso someter a los míos a semejante tortura. Además, los tanatorios suelen convertirse en eventos sociales. La agenda de contactos del muerto decide la importancia (o no) de dejarse ver. Para colmo, una empieza hablando de lo triste que está y acaba comentando sus últimas vacaciones en Maldivas, y actualizando el número de móvil de aquel colega de universidad al que le habías perdido la pista. A escasos metros de todo este sinsentido, hay algunos que rezan un padrenuestro junto al féretro. El de tía Dorita está cerrado. Conociéndola, le horrorizaría verse maquillada por un tanatoestético que, con seguridad, habría cambiado el color burdeos de sus labios por un rosa pastel de lo más cursi. Nunca he entendido a los que exponen su rostro tieso y frío junto al forro de seda del ataúd. Es mejor que te recuerden viva. Vamos, digo yo.

Como era previsible, el tanatorio de Tres Cantos está abarrotado. Una pareja de gais desconsolados se abraza a mi padre y, tras ellos, una cola de personas con cara de circunstancia esperan su turno para dar el pésame. Solo tía Dorita podía reunir en una misma sala a jóvenes artistas con sudadera, afamados galeristas que calzan botines de ante, sesentonas ociosas peinadas con cardados

demodés, mujeres con aspecto funcionarial (los *blazers* anodinos no engañan) y a un grupo de chicas que parecen salidas de una banda de rock, vestidas de cuero de arriba abajo. Me encantan sus chupas. Deduzco que las primas de papá se han puesto de acuerdo para desempolvar sus abrigos de visón. A tía Dorita le hubiera gustado. Desde luego, el popurrí que ha venido a despedirla es tan único como ella.

Veo a Marcela sentada en un rincón de la sala, siempre en segundo plano. Va de negro riguroso y no le quita ojo a mi padre por si necesita un respiro. Marcela entró a trabajar en casa de mis abuelos cuando papá y tía Dorita eran unos niños, y ha sido como una segunda madre para ambos. Hablando de madres, veo a la mía saludando a su exfamilia política como si fuera la suya. Supongo que para ella lo es.

Me camuflo entre el tumulto hasta llegar a una pequeña habitación acristalada. En el centro está tía Dorita. Tres dalias blancas descansan sobre un sencillo ataúd de madera de ciprés en el que han grabado una cruz latina tradicional. Nada de crucifijos dorados ni coronas funerarias. Sí, señor. Hay que saber morir con buen gusto.

¿Dónde habrán escondido la cantidad de flores que habrá recibido?

Me quedo impávida frente al féretro. Nunca he entendido lo de velar el cuerpo de alguien que ya no está. Si abro esa caja, solo encontraré la carcasa rígida y amarillenta de mi tía. Por si ayuda en algo, rezo un avemaría de carrerilla. Pero cuando acabo, no quiero irme. Lo único que me queda de ella es su cuerpo inerte, aunque ni siquiera pueda verlo. Si me voy, no habrá una próxima vez.

El dorso de una mano roza la mía. La gente ya no es capaz de mantener una distancia prudencial con los demás ni en un tanatorio.

Me aparto bruscamente, sin disimular mi incomodidad. Fijo la vista en el suelo para rezar un padrenuestro, y vislumbro sobre la baldosa una sombra acercándose a mí, hasta que su hombro se topa con el mío. ¿Una ya no puede despedirse de su tía tranquila, o qué? Me giro dispuesta a lanzar una mirada fulminante al pesado de turno y, cuando lo hago, me encuentro con sus ojos color chocolate. Queda claro que a Claudio le gusta aparecer por sorpresa. Sin mediar palabra, me agarro de su mano y apoyo la cabeza en él. Ahora sí, empiezo a llorar como una niña pequeña. Acabo de perder a mi tía.

Además de triste, estoy enfadada. «¿Y ahora qué, tía Dorita? —le grito por dentro—. ¡Me has dejado sola cuando más te necesito!» Nunca me lo dijo, pero sé que me instruyó como a la hija que no tuvo. «Sin Fernando no quiero tener descendencia», la escuché decir una vez.

Mi tía estaba orgullosa de mi brillante carrera digital. Yo me había convertido en un icono para más de un millón de seguidores. Y ella lo fue para todo el que la conoció. No hay más que ver la ingente masa de personas que han venido a despedirla.

Creo que ella me veía como su digna sucesora. Por eso me cabrea que se haya ido a mitad de clase. Aún me quedaba mucho por aprender. Y quizá, precisamente por eso, su marcha sea un motivo más para seguir. «No será fácil, pero prometo intentarlo. Adiós, tía Dorita. Nos vemos en el cielo.»



Romper el círculo

Creo que por primera vez en mis treinta y tres años de vida he conocido la versión más vulnerable de mi padre. Sé que, como yo, él también idolatraba a su hermana mayor.

Las cosas están cambiando entre nosotros, aunque no sé muy bien en qué dirección. Todavía hay mucho rencor dentro de mí. El tiempo no lo cura todo. Pero algo me dice que, si quiero recuperarme, debo perdonarlo. El problema es que no sé ni por dónde empezar.

Así que, a la desesperada, me planto en la iglesia de Santa Elena al día siguiente de dar sepultura a mi tía. El párroco que está al frente de esta comunidad es un antiguo compañero del cole de Sebas, que a veces se apunta a nuestras mañanas de *running*. Siempre me ha dado muy buen rollo porque es un tipo campechano y feliz, que vive «con el corazón en el cielo y los pies en la tierra», como diría mi madre. Pablo no tiene nada que ver con los sacerdotes ancianos y dogmáticos que he conocido.

Estoy de suerte. Lo veo con sudadera y alzacuellos junto al altar, media hora antes de oficiar la primera misa del día.

—¿Gin? ¡Qué ilusión verte por aquí! —Es evidente que le sorprende verme en la iglesia. Y no le culpo: hace años que no pisaba una.

—Necesito consejo, Pablo. —Sin preguntar, me guía hasta el oratorio. Nos sentamos en el último banco. No hay nadie.

—Soy todo oídos, Gin.

—Sé que conoces la historia de mi familia. Cuando mi padre nos dejó, fuiste el principal apoyo de Sebas, por eso siempre dice que está en deuda contigo.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Somos amigos desde el parvulario.

—El tema es que, desde entonces, arrastro demasiado odio hacia mi padre. Y creo que ha llegado el momento de dejarlo ir. Pero no sé cómo.

—¿Sabes lo que es el perdón?

—Hombre, hasta ahí llego.

—Me refiero a su significado. El perdón es un don y significa querer lo mejor para el otro, a pesar de todo. Nadie puede hacernos tanto daño como quienes deberían amarnos, así que entiendo tu dolor, Gin. Tu ira es comprensible e, incluso, necesaria. Perdonar a tu padre no implica olvidar ni negar lo que te hizo, porque entonces no tendrías nada que perdonar.

—Y quiero lo mejor para él... Bueno, no lo sé. A veces pienso que no se merece ser feliz después de lo que nos hizo. ¿Por qué tengo que darle mi cariño a la persona que más daño me ha hecho en esta vida?

—Perdonar no quiere decir que tengas que volver a tener una relación de afecto con él.

—Y, entonces, ¿de qué sirve?

—Para deshacerte de todo ese enfado que llevas dentro y liberar a tu padre de este círculo vicioso en el que estáis metidos. Con tanta negatividad dentro de ti, es imposible que estés a gusto en tu piel.

—Ahí me has dado. Creo que por eso necesito perdonarlo. En el fondo, lo hago por mí. Puro egoísmo.

—No creas, el perdón os salvará a los dos.

—Si tú lo dices...

—Con tu perdón, lo estarás animando a ser mejor, le estarás diciendo a tu padre que crees en su capacidad de transformación. No olvides que todos fallamos, Gin.

—Unos más que otros.

—¿Crees que es capaz de cambiar?

—Puede. Quizá ya lo haya hecho. Todavía ando demasiado anclada en mis recuerdos como para darme cuenta. La que sí lo ve diferente es mi madre. Después de años sin hablarse, están volviendo a verse. Todo muy lógico.

—Y ese retintín, ¿a qué viene?

—¿A ti qué te parece? Volver a verlos juntos ha reabierto la herida.

—Una herida que, por lo que cuentas, sigue abierta.

—Más de lo que creía. Cuando todo estalló, corrí en dirección contraria al dolor. Pero este siempre me alcanzaba. Con los años, aprendí a perderlo de vista gracias al trabajo y a lo mucho que viajo. Bueno, viajaba.

—Creo que estas palabras de la teóloga alemana Jutta Burggraf te van al pelo: «Todo dolor negado retorna por la puerta trasera, permanece largo tiempo como una experiencia traumática y puede ser la causa de heridas perdurables. Afrontar un sufrimiento de manera adecuada es clave para conseguir la paz interior».

—Está claro que yo no supe hacerle frente. Lo evité para protegerme.

—Nunca es tarde, Gin. «El perdón no es un sentimiento. Es un acto de la voluntad que no se reduce a nuestro estado psíquico. Se puede perdonar llorando. ¿Quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona.» También son palabras de Burggraf.

—¡Caray, Pablo! Estás hecho todo un erudito —le digo en tono burlón, pero agradecido—. Tengo mucho que procesar.

—Tómate tu tiempo. Perdonar es un acto heroico, hablando claro, a veces es jodido de pelotas. —Aún se me hace raro ver al amigo de mi hermano con alzacuellos.



¿Y qué es vivir?

I-LU-SIÓN. Cuando la pierdes, todo se acaba. Cuando no encuentras una excusa para salir de la cama cada mañana, te vas consumiendo hasta convertirte en la sombra de lo que fuiste.

Siempre he pensado que en este mundo hay dos tipos de personas: las que creen que aquí estamos de paso para ganarnos el cielo, y las que piensan que no hay más vida que esta. Son dos maneras muy distintas de entender qué es vivir y, sobre todo, dos formas radicalmente opuestas de entender la muerte. Para unos, la muerte es el final; para otros, la muerte es el principio de una vida que es eterna. Yo llevo años intentando convencerme de lo segundo. Quizá sea una cuestión de supervivencia. Me resisto a creer que todo lo que ha sido tía Dorita en vida, ahora se reduce a un montón de cenizas en una urna de acero inoxidable.

Para mi madre, el cielo es una gran certeza; sin embargo, para mí es todo un enigma que me encantaría descifrar. «Llegado el momento, velaré por ti desde mi nube», solía decirme tía Dorita. Ella tenía una fe ciega en Dios, pero, curiosamente, nunca le gustó moverse en ambientes religiosos. «Es mucho más divertido explayarse sobre El de Arriba con quienes no lo conocen». Asidua a tertulias literarias y exposiciones de arte, la mayoría de sus allegados eran hombres de poca fe, por no decir ninguna. Sin embargo, ella disfrutaba de sus diferencias. Nada le gustaba más que generar polémica allí adonde iba. Y lo conseguía con creces. Igual que el cariño y el respeto de sus contrincantes dialécticos.

Su muerte y mi sobredosis de Orfidal me han hecho la pregunta de golpe: ¿qué es vivir? Hasta hace unos meses, mi existencia se reducía a generar contenido en redes y viajar tanto como podía (que era siempre), beber alguna cerveza de más con las Tres Mosqueteras, cumplir con mi padre semanalmente, visitar a mamá y salir a correr con Sebas los domingos. Se suponía que el balance de lo que tenía me hacía feliz. Y para eso se vive, ¿no?

Durante una de sus guardias en casa, mi madre se empeñó en leerme unas palabras del Papa Francisco que yo escuché a regañadientes: «Si pensabas que ser feliz es no tener un cielo sin tormenta, un camino sin accidentes, trabajar sin cansancio, relaciones sin desengaños, estabas equivocado. Ser feliz no es solo disfrutar de la sonrisa, sino también reflexionar sobre la tristeza». Puede que, después de todo, ahora sea un poco más feliz que antes. O, por lo menos, creo que he dejado de nadar a contracorriente.



Diario de agradecimiento

El doctor Negre me ha animado a dar las gracias en un papel. Menuda chorrada. Dice que, si aprecio lo que tengo, la felicidad llegará. No sé yo..., pero, de perdidos, al río. Con agradecer tres cosas a diario es suficiente. Vamos allá. Quince minutos después, la primera página de mi libreta fucsia sigue en blanco. ¿Tan infeliz soy? No dejo de hurgar en mis pensamientos, en busca de una chispa de esperanza. ¡Ah, sí! Creo que mamá podría valer. Doy gracias por tenerla. Aunque, pensándolo bien, ahora mismo no es lo primero que agradecería. Desde que ha vuelto a las andadas con papá, me quita paz. Vale... Mi hermano podría contar. Minipunto a mi favor. También doy gracias por haber puesto la lavadora. Hacía mucho que no tenía fuerzas para darle al *start*. Me he hartado de apilar la ropa sucia en la esquina de mi habitación —la cesta del cuarto de baño llevaba semanas desbordada—. Tardo unos minutos en seguir escribiendo. «No he ido a ver a mamá, ya es mediodía y sigo en pijama, le debo tres llamadas a Sebas, mis uñas están hechas un asco...» Es todo lo bonito que me viene a la cabeza, hasta que recuerdo ese olor. Ahí va la tercera: doy gracias por la taza de café humeante que me he tomado esta mañana. ¡Deberes hechos! Parece que estoy de vuelta al cole o, quién sabe, quizá estoy volviendo a la vida, pero no a la de antes.

Las prisas nunca son buenas. Y menos cuando se trata de reconocerse a uno mismo. La depresión me ha arrastrado a un proceso de introspección durísimo pero necesario. La Gin de antes

ignoraba el dolor que cargaba y cuánto se esforzaba por ocultárselo. No puedes pasarte la vida huyendo de ti porque, tarde o temprano, acabas enfrentándote al espejo. Y esa que ves, eres tú.



A la milanesa

La primera vez que visité Milán me pareció una ciudad industrial fría y gris. No le vi ningún encanto. Pero, con los años, he ido descubriendo su magia. Podría decirse que Milán es una ciudad introvertida, de esas que te van conquistando a medida que vas intimando con ella. Soy carne de cañón de sus restaurantes clandestinos, patios empedrados, palacetes que se esconden detrás de fachadas discretas, librerías curiosas y galerías de arte.

Cae la tarde en Milán, y estoy sentada en una terraza frente al Naviglio Pavese. Tomo aceitunas y bebo Spritz como una milanesa más. Siempre me ha gustado el ritual italiano del aperitivo. Y ahora más, porque Claudio tiene mejores vistas que el canal al atardecer. Estamos sentados uno frente al otro en una diminuta mesa que nos permite cogernos de la mano. Parecemos dos adolescentes que se están estrenando en esto del amor. El ambiente de la terraza es relajado y local. Creo que soy la única turista.

Es el primer fin de semana que estoy fuera de Madrid desde el día D. Han pasado seis meses y, emocionalmente, me siento más fuerte. Así que estar aquí, disfrutando de la rutina milanesa como una persona normal, para mí es una victoria. Y de las grandes. He perdido el miedo a entrar en barrena porque ya no tengo nada que ocultar. Ni a él ni, lo que es más importante, a mí.

Claudio vive en el ático de una torre ultramoderna. Se trata de un apartamento con ventanales de suelo a techo y vistas al *skyline* de Milán que quitan la respiración. De diseño minimalista —no esperaba

otra cosa—, su casa está equipada con muebles de Cassina y Molteni&C. La cocina de acero pulido es como una especie de obra de arte. La firma Bulthaup. Ya me imagino a Claudio detrás de la barra, haciendo un *risotto* o experimentando con otro bizcocho integral (siempre defenderé que nada supera a un bizcocho de harina blanca). Seguro que aquí es donde pasa la mayor parte del tiempo cuando está en casa.

El apartamento cuenta con un sistema de domótica de última generación. El suelo es de roble oscuro y en las paredes cuelgan pósters de anuncios antiguos enmarcados. No tiene fotos ni plantas. El resultado es de revista, pero me resulta de lo más impersonal. Si no fuera por esos carteles que delatan su pasión por la publicidad, aquí podría vivir cualquiera. Cualquiera que no fuera mujer. «Gin, eres la primera», me congratulo. Es evidente que por aquí no ha pasado ninguna persona del sexo opuesto en tiempo.

—Bienvenida a tu casa.

—*Grazie mille* —le respondo mientras lo agarro por la cintura.

No sé qué me pasa con Claudio, pero cada vez que tengo un mínimo contacto físico con él se encienden todas mis alarmas. Su forma de mirarme me resulta tremendamente excitante. No nos da tiempo a llegar al dormitorio principal. Vuelo a quitarle el jersey de cuello alto mientras él me desabrocha la blusa sin paciencia, con una habilidad pasmosa. El tipo sabe latín. Llevados por una pasión que nunca se sacia, acabamos de desnudarnos a toda prisa mientras nuestras bocas se funden en una. Hacer el amor sobre el frío suelo de roble me sabe a gloria.

Cuando volvemos a la realidad, notamos nuestras espaldas algo doloridas. Mañana amanezco contracturada, fijo. Claudio va a por un par de cojines de plumas y una manta de alpaca gigante. Después de desinhibirnos como nunca (los Spritz han ayudado), pasamos un

buen rato en el suelo, frente a la chimenea eléctrica. Claudio acaricia mi muslo izquierdo mientras yo hago pequeños círculos con el dedo índice sobre su pecho. Estoy a punto de dormirme cuando noto cómo se le eriza un pezón al estrujar mis glúteos contra su pene erecto. No seré yo quien lo frene. Me dejo ir mientras su boca recorre mi cuerpo desnudo, hasta ahogar un chillido de placer cuando llego al clímax por segunda vez.

Vivita y coleando

Papá y mamá han dejado de hacer guardia en casa, pero siguen viniendo a verme casi a diario. Desde que he vuelto de Milán, mi padre ha venido un par de veces y he sido incapaz de afrontar la conversación que tenemos pendiente. Bueno, mejor dicho, que yo tengo pendiente con él. Necesito rebobinar y volver al día de los hechos para saber exactamente qué pasó entre mis padres. Hay piezas del puzle que todavía no encajan. Quiero entender para perdonar. Hace demasiado tiempo que espero ver alguna señal de arrepentimiento en él, eso aliviaría el rechazo que sigo sintiendo al verlo. Miro el reloj. Van a dar las nueve de la noche. Quizá Cecilia no haya cambiado de banco todavía.

—¡Menos mal que sigues aquí!

—¿Y dónde iba a estar si no? ¿En mi casa? —me responde con una sonora carcajada.

—¿Cómo estás?

—Vivita y coleando, que ya es mucho. No han intentado robarme ni pegarme, tampoco abusar de mí. —Por su tono despreocupado, se nota que está curtida en mil batallas.

—Amiga, necesito tu consejo.

—Es la primera vez que alguien me llama «amiga».

—Pues tú lo eres. ¿O crees que voy pidiendo consejo a cualquiera?

—¿Y en qué te puede ayudar una vagabunda como yo?

—En todo, Cecilia. —A esa primera charla que tuvimos cuando la conocí, le siguieron otras tantas. Reconozco que a priori me movió la

curiosidad, después la compasión y, más adelante, la admiración. Las sombras de mi amiga son su mayor tesoro. Como dice mi madre, «lo bueno se disfruta, pero de lo malo se aprende». Cecilia se ha hecho a base de golpes despiadados que, por contra, le han regalado lecciones vitales que valen oro. Quizá por eso comparto con ella todas mis miserias. Mi amiga es un bálsamo para el alma—. Necesito hablar con mi padre.

—¿Y qué te lo impide? Hasta donde yo sé, todavía no está muerto como el mío... —Cecilia y su humor negro.

—Ya lo sé, pero, cuando llega el momento, me paralizo.

—¿Por qué?

—Creo que por miedo a su rechazo. Mi padre siempre dice lo mismo: «Me separé de mi mujer, no de mis hijos», pero, cuando se fue de casa, se desentendió de nosotros.

—¿Se desentendió o tú lo sentiste así? La realidad no siempre se corresponde con nuestra forma de interpretarla.

—Y eso es precisamente lo que me da pavor: si mi padre me confirma que fue como lo recuerdo, mi sentimiento de orfandad será real.

—O puede que no. Tú decides si quieres conocer su versión de los hechos. Como dice el evangelio de San Juan: «La verdad os hará libres».

—Ahora resultará que eres creyente.

—Lo soy. ¿Te sorprende?

—Mucho. La vida te ha maltratado y, aun así, tú tienes fe en un Dios que te ha abandonado a tu suerte.

—¿Y quién dice que Dios me ha abandonado? Que yo sepa, me ha salvado de muchas.

—Si tú lo dices...

—No lo digo, te lo aseguro —la vehemencia de Cecilia me intimida —. Cada vez que cambio de barrio, lo primero que hago es buscar compañía, y eso solo lo encuentro en la iglesia más cercana al banco en el que me instalo. Desde que duermo aquí, voy a la de San Antonio. Me gusta rezar y escucharlo. Me da paz.

—Envidio tu fe.

—Deja de envidiarme y ponte a picar piedra. La fe es un don que tienes que cultivar. Cuando la conozcas, no volverás a sentirte sola. Yo nunca lo estoy y, además, siempre me consuela. Vamos, que Dios es un chollo...

Rompemos a reír al unísono. No sé si algún día encontraré a Jesús, de lo que sí estoy segura es de haber encontrado una chispa de luz al final del túnel. Y se llama Cecilia.



Sin reproches

Me duele la mandíbula. Síntoma inequívoco de tensión. Papá está a punto de llegar. Tengo helado de mandarina en el congelador, su preferido. Suena el timbre. Salto del sofá de un brinco. «Tranquila, Gin, es tu padre», me digo mientras inhalo hondo para calmarme, antes de abrir la puerta.

—Perdona el retraso, Gin, no puedo con el tráfico de Madrid.

—¿Por eso te mudaste a las afueras?

—Fue uno de los motivos. ¿Cómo estás, hija?

—¿Quieres helado, papá? —Su cara de desconcierto es evidente.

—¿Tienes de mandarina?

—¡Claro! —La excusa del helado me ayuda a posponer nuestra charla unos minutos más. Papá se sienta en la butaca con sus dos bolas de helado artesano en un bol de cristal. Se le ve contento y relajado—. ¿Por qué te fuiste? —Mi padre se lleva la segunda cucharada a la boca, ajeno a lo que está a punto de caerle encima.

—¿De dónde?

—De tu casa, de nuestra casa. Esta vez te lo pregunto sin acritud, papá. Solo quiero saber la verdad. —Su semblante se tensa de golpe. Sin mediar palabra, deja el bol en la mesita auxiliar de su izquierda mientras se aclara la garganta. Creo que está pensado qué responder.

—Porque tu madre y yo habíamos dejado de ser un matrimonio. Con los años, nos convertimos en dos compañeros de piso bien avenidos.

—Y decidiste dejarnos.

—Jamás os dejé ni a Sebas ni a ti. Me fui porque no quería renunciar a amar y ser amado.

—Y entonces apareció ella...

—Elena no fue un capricho. Me enamoré, Gin. Siento que tengas que oír esto.

—No lo sientas. Lo único que busco son respuestas.

—No me fui de casa por Elena, pero lo que empecé a sentir por ella evidenció lo que había dejado de sentir por tu madre.

—¿Te desenamoraste de mamá?

—Yo no lo diría así, Gin. Antes entendía el amor como un chispazo y, con el tiempo, he comprendido que amar es mucho más que eso. Como dice tu madre, «querer es voluntad».

—¿Y adónde se fue la tuya?

—Es evidente que al garete. Cuando me fui de casa, os traicioné a todos, pero también a mí.

—¿Cuándo se rompió lo vuestro?

—Cuando dejamos de dedicarnos tiempo en exclusiva.

—¿Ya no te apetecía estar con mamá?

—No era eso. Simplemente, nunca estábamos solos. Centramos nuestra atención en vosotros (no pretendo poneros como excusa), y siempre estábamos de aquí para allá entre el trabajo, la familia y los amigos. Sin darnos cuenta, dejó de existir un «tú y yo».

—Qué triste suena eso, papá.

—Lo sé, hija, pero me has pedido la verdad.

—¿Y te arrepientes?

—Todos los días.

Es justo lo que llevo años deseando oír.



El puzle que no encaja

Hay personas que estamos destinadas a vivir con las piezas del puzle sin encajar. Y forzarlas puede quebrarnos por dentro. Ahora que tengo algo de perspectiva, creo que llevo treinta y tres años forzando las piezas de mi vida. Pero no todo lo que funciona encaja. Los desajustes forman parte de la condición humana. Véase la relación de mis padres, que ha necesitado un *impasse* de ¡diecinueve años! para volver a empezar. Vale, puede que lo suyo no valga como ejemplo.

Parece que después de una catarsis emocional que casi me cuesta la vida, las piezas de mi puzle empiezan a encontrarse. Quizá algún día encajen, o no, qué más da.

La Gin de antes se ha ido para no volver, pero me cuesta soltarla porque no conozco otra. Todavía me estoy acostumbrando a mi nueva versión, esa que, en realidad, de nueva tiene poco porque siempre ha estado ahí.

Las heridas de la infancia, los traumas y las circunstancias del camino van moldeando tu carácter, hasta el punto de transformarte en alguien que no eres tú. Pero, para sobrevivir, no queda otra que creerte tu propia mentira. Yo me aferré a la mía. Me irritaba cualquier muestra de cariño cuando, en el fondo, la estaba pidiendo a gritos. Prefería usar a los hombres a implicarme emocionalmente en alguna historia. Todo valía con tal de esquivar el dolor.

Ahora vivo sin frenar lo que siento —o eso intento—. Soy más libre y confiada. Me expongo a la vida, con lo bueno y lo malo.



Una para todas y todas para una

—¿No os dais cuenta, chicas?

—¿De qué, Cas?

—¡Las Tres Mosqueteras están de vuelta! —grita mi amiga alzando su copa de vino blanco. Le importa un bledo estar sentada a un palmo de la mesa contigua. María y yo le seguimos el rollo y hacemos chinchín.

—¿Qué tal sienta brindar con agua? —le pregunto a María con socarronería.

—La verdad es que ni me apetece.

—No te lo crees ni tú. —Cas se suma al linchamiento—. Pienso ir a visitarte al hospital con una botella de Louis Roederer.

—Y yo te llevaré el look infantil más *cool* que has visto en tu vida. Ya he fichado una ¿ranita?..., sí, creo que se dice así, *animal print*. ¡Cómo va a estar mi ahijada!

—¡Estáis locas! Aunque precisamente por eso sois mis mejores amigas. Sabéis echarle sal a la vida, no como yo...

—¿Todo bien, María? —le pregunto. Hace un par de semanas que la noto decaída, pero lo achacaba a las hormonas del embarazo.

—No sé si esto es lo que quiero.

—¿El qué? —Cas frunce el ceño, sorprendida.

—Trabajo de sol a sol en el bufete, apenas veo a Luis y no sé cómo narices va a encajar Mencía en la vida de dos *workaholics*.

—¿Sabías que el ochenta y cinco por ciento de las cosas que nos preocupan nunca llegan a pasar?

—¿Y eso de dónde lo sacas, Gin?

—De Robert Leahy, experto en terapia cognitiva.

—Vaya, veo que las *clases* del doctor Negre han dado sus frutos —comenta Cas, divertida.

—Ríete todo lo que quieras, pero hazme caso, María, no te comas la cabeza antes de hora.

—A veces tengo la sensación de que he hecho las cosas cuando tocaba, no porque quería. Tengo treinta y tres años y ya tengo una hipoteca, un marido y una hija en camino...

—Es una forma de verlo, pero muchas querríamos estar en tu pellejo —asegura Cas—. Yo estoy en paro y mi primer año de casada no está siendo precisamente un camino de rosas.

—¿Y qué te esperabas? No hay rosas sin espinas —añado guiñándole un ojo.

—¿Sabes cuando eres adolescente y pasas un fin de semana con tu novio? Pues me imaginaba esa misma dicha, pero prolongada en el tiempo.

—Bienvenida a la vida adulta —suelta María sin ningún tacto.

—Perdona si soy demasiado infantil para ti, pero es como me siento.

—No lo eres. Si yo, en el fondo, estoy igual que tú. Echo de menos la emoción de un futuro incierto. Tengo la sensación de haber reducido mi vida a una hoja de Excel con los gastos del mes. Si esto es ser adulto, me gustaría volver atrás.

—Tú lo que tienes es miedo a la maternidad —sentencio.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Te conozco como si te hubiera parido, María. Lo tuyo es el papel de abogada agresiva, pero, tranquila, las hay de tu especie que también son madres. Y de las buenas.

—¿Qué haría sin vosotras?

—Es evidente: nada —responde Cas.

—Yo lo que sé es trabajar, no tengo ni puñetera idea de biberones y pañales. Esto se acerca, chicas... Y me está entrando el pánico.

—Nadie nace enseñado, María —le digo sin confesarle que yo, en su lugar, estaría igual. Ser madre son palabras mayores.

—Ya, pero las hay que tienen instinto maternal, y yo sigo sin saber qué narices es eso.

—Ni falta que hace. Cada una tiene el instinto maternal que le da la gana. ¿O es que hay una forma correcta de tenerlo?
—dice Cas después de dar un largo trago de vino.

Me da la sensación de que la conversación la está superando. Sabe que ella es la siguiente.



Esa palabra que me viene grande

Llevo una media hora larga haciendo la croqueta en la cama. No hay forma de conciliar el sueño. La conversación con María y Cas me ha dejado tocada. Mi cabeza no para de boicotearme con la misma pregunta: ¿quiero ser madre? He crecido sin plantearme no serlo. Para mí, siempre ha sido un paso natural que algún día llegaría. Pero, ahora que soy adulta, siento que esa palabra me viene grande (y me hace mayor). Yo siempre he sido «la hija». Nunca me he considerado lo suficientemente preparada para criar a alguien. El doctor Negre lo achaca a mi falta de autoestima. Razón no le falta.

Si a duras penas puedo conmigo misma, cómo voy a ser la responsable última de un ser humano que, inexorablemente, sufrirá mis defectos... Él no tiene culpa alguna de mi endeble salud mental y mi pavor a crear lazos emocionales consistentes. ¿Seré capaz de darle un hogar estable de por vida? Yo no lo tuve y me da miedo repetir patrones.

Además, está mi carrera. He peleado mucho para vivir de lo que me gusta. Pero no trabajo solo por dinero, principalmente lo hago para sentirme útil y demostrarme que valgo. Sé que soy buena en lo mío. Probablemente, solo lo sea en esto. Y, precisamente por ello, no puedo permitirme el lujo de echar el freno.

También está el trillado tema de la conciliación. ¿Cómo compatibilizar la agenda de una *influencer* internacional con la de una madre? Claro está que vivimos en el siglo xxi, y se supone que

el padre ejercerá su papel. Aunque la agenda de Claudio es tan poco alentadora como la mía.

También está la Gin hedonista, vale... Y puede que también un punto egocéntrica. Disfruto haciendo y deshaciendo a mi antojo. Soy un alma libre que vuela a su aire. Un bebé me cortaría las alas de cuajo. Aunque he visto a muchas compis de profesión pasar por el aro y todas, sin excepción, acaban diciendo lo mismo: «Al final, compensa». Puede que vayan de farol, pero su valentía es indiscutible.

¿De verdad quiero perderme la experiencia de ser madre?, ¿voy a renunciar a la consecuencia más bonita de lo que siento por Claudio? Habla mi vena romántica, esa que siempre negaré. Además, reconozco que tengo curiosidad por ver el resultado de nuestro mix genético.

A decir verdad, si todas nos pusiéramos a sopesar, con la cabeza fría, los contras de ser madre, muy probablemente nos extinguiríamos. Siempre he defendido que hay que vivir con un punto de inconsciencia. Ese que nos permite saltar al vacío de la maternidad.

Esto de crecer es un embrollo. A veces, desearía aferrarme al regazo de mi madre y no soltarlo nunca. Pero, como dice la canción, «hay momentos que valen toda una vida», y, para ganármelos, primero tendré que crecer.



Subidón de oxitocina

Me tumbo en el Cadillac exhausta, pero tengo ganas de agotarme aún más. Mis dos horas semanales de pilates son sagradas, y hoy necesito estirar los músculos del trapecio —se han contraído por la tensión de los últimos días— y notar cómo me pican los cuádriceps de tanto ejercitarlos.

—¡Dale caña, Gin! —me anima Victoria.

Si hago una sentadilla más creo que voy a morir..., pero me obligo a hacer una última cerrando los ojos, es un tic que me ayuda a aguantar el tirón. Concentrarme en la técnica de cada *burpee* mientras contraigo el suelo pélvico contribuye a olvidarme del mundo. Estiro en la posición de la sirenita mientras noto mis músculos extenuados pero aliviados. Abrazo a Vic con un subidón de oxitocina.

—¡No corras, Gin, la idea es que salgas relajada de clase! —me grita Victoria desde la otra punta de la sala al verme volar hacia el vestuario.

—¡Ya sabes cómo soy, voy acelerada por el mundo! —le respondo gritando desde las taquillas.

Pero hoy tengo excusa: Claudio me espera en La Caprichosa dentro de veinte minutos.



«No puedo esperar al postre»

Llego con el cuello de la gabardina empapado. No me ha dado tiempo a secarme el pelo. La galería está abierta, pero no hay nadie. Ni siquiera Cristina, que siempre está dándole a la tecla detrás del escritorio que hay a mano derecha. Qué raro...

Un pinchazo en el alma me recuerda que es la primera vez que visito la galería desde que tía Dorita nos dejó. Por un momento, siento como si estuviera profanando su santuario particular.

De repente, me doy cuenta de que todos los cuadros que se exponen hoy son de Gabrielle Graessle, mi artista favorita. Esta vez ha decidido pintar de rosa palo sus caballos *yee yee* —así los llama— sobre un lienzo que mide casi tres metros de ancho. Quién pudiera verlo todos los días... A su lado, hay un cohete perfilado con una especie de arcoíris. Debajo está escrito *«love you to the moon and back»*. Quedaría ideal en mi rincón de lectura. Quizá en otra vida. Gabrielle tiene la fantasía de un niño. Por eso me gusta. Al fondo, me llama la atención otra de sus obras: un par de pies con margaritas. Sobre ellos aparece ¡¿mi nombre?! con purpurina dorada.

—¿Hola? —pregunto a la nada. Escucho el eco de mi propia voz de vuelta.

—*Ciao*, *amore mio*. —Claudio me sorprende por la espalda. Qué sexi suena el italiano. Y más cuando las palabras salen de su boca, que voy a besar ya.

—¡Claudio, me has asustado!

—¿Ah, sí? Tu tórrida respuesta no ha dicho lo mismo... —bromea con esa media sonrisa que tanto me puede.

—¿Qué es todo esto?

—Una exposición de Graessle.

—Sí, eso ya lo veo...

—He organizado una expo privada para ti. Hoy La Caprichosa es tuya.

—¿Cómo que mía?

—Sígueme.

Obedezco sus órdenes sin rechistar, hasta llegar a una pequeña mesa para dos, en un rincón de la galería que pasa desapercibido. Un candelabro de plata antiguo sujeta siete velas que iluminan la escena. Claudio ha apagado el foco de la esquina para ambientar el momento. Sobre un mantel de hilo verde, descansan dos platos de loza blanca con filo de oro y un par de servilletas bordadas con nuestras iniciales juntas. Me recuerdan a la ropa de cama de mis padres cuando estaban casados. Siguiendo la tradición matrimonial de la época, también llevaba bordadas las letras de sus apellidos.

Claudio me invita a sentarme separando la silla de la mesa. Voy a cenar con vistas al cuadro de Gabrielle que lleva mi nombre. ¡Wow! A continuación, él se sienta frente a mí y hace un guiño a no sé quién. Un camarero perfectamente uniformado con una servilleta de lino sobre el antebrazo izquierdo aparece en escena.

—Buenas noches, señores, ¿qué les apetece beber?

—¿Qué tiene? —pregunto. Puesto que estamos en una galería de arte, doy por sentado que la carta será limitada.

—Lo que usted quiera.

—¿Un mojito de fresa? —me aventuro a pedir.

—Enseguida, señorita. ¿Y usted, señor Morelli?

—Para mí una San Pellegrino, por favor. —Claudio es italiano hasta para el agua con gas.

Nuestro solícito camarero nos sirve solomillo Wellington Lhardy con patatas a la inglesa. Claudio ha convertido La Caprichosa en uno de mis restaurantes preferidos de Madrid. Desde luego, esto era lo último que esperaba hoy, después del pilates de los martes.

—¿Qué es todo esto, Claudio?

—¿El qué?

—Estoy cenando mi plato favorito en una exposición de Gabrielle Graessle, que has organizado solo para mí. Y, por si no fuera suficiente, tengo delante mi nombre escrito en purpurina sobre uno de sus lienzos. Ni en mis mejores sueños. ¿Me he perdido algo? ¿Qué celebramos?

—Que te quiero, Gin.

—Y yo, *amore mio* —digo después de dar un sorbo a mi mojito. Sabe a verano.

—Lo siento, pero... no puedo esperar al postre.

—¿Esperar a qué?

Mi ritmo cardíaco se acelera estrepitosamente cuando Claudio se arrodilla frente a mí. «Ay, Dios mío...», digo para mis adentros. Yo sigo sentada junto a mi solomillo, mientras lo veo sacar de su bolsillo una caja diminuta, sin ningún tipo de floritura. Dejo de respirar. Es un reflejo inconsciente que suelo tener cuando alguna situación me sobrepasa. Y, desde luego, todo lo que estoy viviendo esta noche supera cualquiera de mis fantasías más ambiciosas.

—Gin, te quiero hoy y te voy a querer siempre. ¡Cásate conmigo!

Claudio pronuncia las palabras mágicas al mismo tiempo que abre la cajita y, en ella, veo un anillo de tres brazos con un diamante y una esmeralda en talla pera. Reconozco la mano de la joyería Repossi al instante. Claudio se muerde la comisura del labio inferior.

El pulso le tiembla ligeramente. ¿El implacable Claudio Morelli está nervioso? Reconozco que disfruto viéndolo en esa situación de vulnerabilidad, pero no pretendo alargar su agonía. Me arrodillo junto a él, y lo abrazo con tanta efusividad que acabamos los dos tirados por el suelo. Claudio acaba de tomar la decisión más radical de su vida. Y yo estoy a punto de hacerlo.

—¿Tengo que tomarme esto como un «sí»?

—¿A ti qué te parece? ¡Sí, sí y mil veces sí! ¡Casémonos ya!

Mi dedo anular me recuerda que la noche de ayer fue épica. También el dolor de cabeza —los mojitos de fresa entran como agua —. La profundidad del verde esmeralda me tiene hipnotizada. Tumbada en la cama, alzo mi mano para contemplarla. Al verla contra el techo me parece la extremidad de otra persona, mucho más sofisticada y mayor. Todavía no me lo creo. ¡Me caso!



De vuelta al ruedo

Parece que las pastillas del doctor Negre han conseguido estabilizarme. Llevo un par de meses sin sufrir episodios de tristeza o, en mi idioma, bajones terroríficos. Así que he llamado a Cata, mi repre, para volver al ruedo. Antes de enfermar, necesitaba ser productiva 24/7. Es lo que medía mi valía personal. Y eso no ha cambiado.

Empecé a currar con Cata cuando tenía unos cuatrocientos mil seguidores en Instagram, y en cinco años he superado el millón. Después de toda una vida representando a modelos, con el *boom* de las redes sociales, Cata decidió crear su propia agencia de talentos digitales que, como ella, abogan por generar contenido de calidad. «Detrás de un buen post, hay una idea creativa, una dirección artística y una puesta en escena que debemos poner en valor. Vuestro trabajo es cultura», me dijo en nuestra primera reunión. Huelga decir que me conquistó al instante. Y me consta que lo defiende a ultranza cuando alguien cuestiona nuestra profesión. Algo que, por desgracia, pasa a menudo.

Nos conocimos en una entrega de premios. No recuerdo qué revista de moda organizaba el evento. El azar hizo que nos sentaran en la misma mesa y no paramos de charlar en toda la noche. La conexión fue inmediata.

Como yo, Cata es una apasionada del arte contemporáneo, también le encanta la fotografía y es una forofa de Hitchcock. Su mejor plan de fin de semana es un maratón de sus *thrillers*

psicológicos. Cata es motera desde los quince y conduce una Ducati por Madrid. Menuda como es, no deja de sorprenderme verla subida en semejante «juguete de dos ruedas», como ella lo llama. A pesar de su metro cincuenta y poco, va siempre en deportivas y pantalones masculinos. Se los robaría todos.

Cata ha sido la primera y única representante con la que he trabajado. Yo soy la cara amable de la pareja, mientras ella es una negociadora implacable. Siempre consigue contratos generosos y, lo que para mí es más importante, que las marcas respeten mi creatividad. Me niego a protagonizar campañas corporativas que dilapidan mi identidad.

Me reúno con Cata en su agencia. Parece que ha pasado toda una vida desde la última vez que pisé este parqué de espiga. Han sido ocho meses demasiado intensos. Voy saludando tímidamente al equipo de camino a su despacho. Detecto dos caras desconocidas, supongo que son las nuevas becarias. Siento cierto pudor al aparecer allí después de tanto tiempo. ¿Se habrán enterado de mi depresión? Escucho un batiburrillo de voces, no sé si estarán hablando de mí. Los móviles no dejan de sonar y el repiqueteo del teclado es la música que se oye de fondo. Echaba de menos el jaleo de siempre.

Entro en el despacho acristalado de Cata. Mi repre y amiga corre a abrazarme al verme tras la pantalla de su Mac.

—¡Qué ganas tenía de tenerte de vuelta, Gin!

—¡Ya somos dos! ¿Cómo va todo por aquí?

—Pues ya lo ves, no paramos. Necesito unas vacaciones ya.

—Eso no te lo crees ni tú. ¡Con lo que te va la marcha!

—Cómo me conoces. Pero cuéntame... ¿Qué tal estás? —No he visto a Cata desde que mi mundo se fundió a negro. Aun así, mi

repre está al tanto de todo lo que me ha pasado gracias a las interminables notas de voz que le he mandado.

—Mejor. Llevo un tiempo tranquila y quiero recuperar mi vida. Necesito volver al tajo.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. Estos meses me han llamado varias marcas interesadas en tu perfil. Les dije que estabas fuera de la ciudad y que, a tu vuelta, retomaríamos el contacto. Así que voy a ponerme manos a la obra.

—Gracias, Cata. No habrá sido fácil gestionar las colaboraciones que dejé colgadas cuando todo estalló, ni sortear las propuestas que habrán ido llegando.

—Es mi trabajo.

—Y precisamente por eso te doy las gracias. Sé que te he hecho perder dinero y, aun así, nunca me has presionado para volver.

—¿Por quién me tomas? Gin, no eres una máquina, como todos, tienes derecho a ponerte enferma.

—¿Tenemos algún proyecto sobre la mesa con el que podamos arrancar ya?

—¿Y esas prisas? No quiero que te fuerces, Gin. Tómatelo con calma.

—Lo intento. Pero trabajar me ayudará a volver a empezar.

—Tengo un bombazo que quería esperar a contarte, pero como insistes...

—¡Desembucha!

—¿Te gustaría presentar un pódcast?

—¿Bromeas? Soy periodista, ¡estoy hecha para presentar!

—*Vanity Fair* quiere lanzar un pódcast para dar voz a personajes de la cultura española, es decir, entrevistarías a pintores, actores, músicos, deportistas... patrios. La idea es que habléis sin cortapisas de sus triunfos y fracasos, que te cuenten alguna anécdota chocante

y charléis de cualquier otro tema que se tercie. Tendrías que consensuar la lista de personajes con la revista y promocionarías las entrevistas publicando un *teaser* en tu perfil de Instagram. ¿Cómo lo ves?

—¿Que cómo lo veo? ¡Pues como un sueño!

—¿Te ves con fuerzas para estrenar este proyecto? No quiero que te precipites, Gin. La cabeza tiene su propio *timing*.

—Lo sé, y, no quiero engañarte, hay días en los que todavía me sobrecoge un halo de tristeza, pero ya no me impide llevar una vida normal. Y eso es precisamente lo que necesito, normalidad.



«Estás haciendo el ridículo»

Ya no recordaba el gusanillo que noto en la barriga antes de empezar un *shooting*. Es agradable volver a sentir ese vértigo que te dice «estás viva». Llevo hora y media en maquillaje. Casi me quedo dormida mientras Diego me masajea la cara con el nuevo sérum de su marca.

—Vas a estar más *glowing* que nunca —me dice justo cuando está a punto de vencerme el sueño, y de caerse al suelo la taza de café que descansa en mis rodillas.

—No lo dudo, *darling*, nadie me conoce mejor que tú.

Cata me presentó a Diego cuando entré a trabajar en la agencia y, desde entonces, somos inseparables. Nadie como él domina el arte del *contouring* y el *eyeliner*. Además, conoce de sobra mi tirria a las sombras de ojos y a las tenacillas. Ya fui la versión moderna de María Antonieta una vez y me juré no volver a caer en la trampa. Me chifla la caída natural de mi pelo, así que Diego me lo toquetea lo justo.

—¿Cuánto te queda? —le pregunta Gala, la directora creativa de la campaña.

Los *make-up artists* —así los llaman en el mundillo— están condenados a trabajar contra reloj. Hoy vamos a fotografiar la última colección de Bvlgari. El maquillaje debe ser natural en pro del absoluto protagonismo de las joyas, que van a lucir sobre mi piel desnuda. Hoy la cosa va de primeros planos: solo importan cara, cuello y escote; algo que me pone más nerviosa de lo habitual.

Prefiero los *shootings* de moda y los planos generales, donde puedo moverme a mi antojo y jugar con los estilismos.

Siempre hay una primera vez. Y la mía delante de los focos fue, por lo menos, hace más de una década. Pasados los nervios previos a entrar en acción, llega la calma, y me divierto como una niña entre flashes, maquilladores, fotógrafos, estilistas y asistentes de producción. Pero esta vez es distinto. Todo me parece nuevo y la sensación de desamparo que sentí aquel primer día vuelve a sorprenderme. Miro a Cata de reojo cuando están a punto de disparar el primer flash. Ella me responde lanzándome un beso al aire. Es su forma de decirme «todo está bien». Me alivia tenerla cerca. Me noto hierática ante la cámara, como si estuviera oxidada, será por falta de práctica. Esa vocecita maldita que, a veces, me fustiga desde el interior, hoy se ensaña conmigo: «Estás haciendo el ridículo, Gin... ¿Para esto querías volver?». No me siento cómoda y pido un receso. Me cuesta respirar. Es la primera vez en toda mi carrera que paro una sesión de fotos.

—Chicos, ¿me dais un momento, por favor?

Sin esperar respuesta, salgo disparada a la calle con un top palabra de honor y medias transparentes. Suerte que Cata corre detrás de mí con su abrigo de piel de cordero.

—¿Todo bien, Gin?

—Lo siento, Cata, lo último que quiero es causarte más problemas.

—Deja de decir sandeces.

—No lo entiendo..., me he dejado intimidar por los focos. ¡Pero si son lo mío!

—Gin, has vivido demasiadas cosas en poco tiempo. No seas tan dura contigo. La cámara te quiere, siempre lo ha hecho. ¿Por qué no lo haces tú?

—Estoy en ello.

—Es solo una sesión de fotos, podemos cancelarla.

—¿Bromeas? Volvamos, necesitaba un poco de aire fresco y ya.

—¿Estás segura? Gin, que nos conocemos...

Noto cómo las lágrimas amenazan con echar a perder el trabajo de Diego, pero, a pesar de todos mis esfuerzos, soy incapaz de contenerlas. Cata me estrecha entre sus brazos y me susurra al oído:

—Llora todo lo que quieras.

Sigue asombrándome su capacidad para estar siempre ahí, incluso cuando creo que no la necesito. Le respondo con un «gracias» entrecortado y me deshago en mil pedazos.



Excusatio non petita, accusatio manifesta

Todavía no se lo he dicho. Tenía que ser ella, no yo. Sé que Simona se alegrará cuando le cuente que me caso, pero seguro que reabro su herida. Ya no encuentro ninguna excusa para seguir posponiendo nuestra llamada, así que me armo de valor y tecleo su número. Simona responde al cuarto tono.

—*Alla fine! Ciao Gin* —Llevo evitándola semanas y, por su tono de voz, creo que se ha dado cuenta.

—¡Hola, Simona! Perdona, sé que te debo tres llamadas...

—Yo diría que más —responde. Está enfadada.

—Tengo noticias...

—¿Y desde cuándo te las guardas para ti?

—¡Me caso! —Sin preámbulo alguno, me sorprendo soltándole el bombazo. Ha sido como quitarme una tirita de golpe.

—Pero... ¿con Claudio?

—¿Con quién si no?

—Gin, la última vez que te vi, vuestra relación estaba muerta. O eso me dijiste. Creo que me he perdido muchos capítulos. —Noto cómo su enfado va a más.

—Lo sé, Simona. Todo ha pasado muy rápido y, la verdad, no esperaba que Claudio fuera a pedirme matrimonio.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta*.

—Tienes toda la razón. No quería hacerte daño, Simona. Eras tú la que ibas a casarte hasta que...

—... descubrí que mi prometido era un impostor.

—Pues eso... No quería hurgar en la herida.

—Así que decidiste ocultarme la decisión más importante de tu vida.

—No te lo tomes así...

—¿Y cómo quieres que me lo tome? Mi íntima amiga lleva semanas prometida y yo sin saberlo.

—Lo siento.

—Si no te importa, hablamos en otro momento, ¿vale? Por cierto, enhorabuena, Gin.

Y antes de que pueda responder, Simona cuelga el teléfono.



Cuenta atrás

—¡Nos vamos de boda! —grita Cas—. Es lo más emocionante que me ha pasado este último año.

—Vaya, veo que la cosa con Tomás no va a mejor.

—Ese es un melón que no abriremos hoy. Es tu momento, Gin, y tenemos mucho que organizar. ¿Dónde te gustaría casarte?

—No lo sé —respondo, encogiéndome de hombros—, casarme no entraba en mis planes.

—Eso es lo que has dicho siempre, pero pensábamos que era una pose —dice María—. ¿De verdad no tienes nada en mente?

—Absolutamente nada.

—¡Wow! Desde luego, eres una romántica de libro. —El tono guasón de Cas es evidente.

—Ya me conocéis... ¿De qué os sorprendéis?

—Si no te apetece una boda, ¿por qué te casas? —pregunta María, tan inquisidora como de costumbre.

—Porque...

—Venga, dilo, Gin, que no cuesta tanto... —me anima Cas. ¡Hay que ver cómo disfruta chinchándome!

—Porque me he enamorado. Ya lo he dicho. ¿Contentas?

—¡Mucho! —exclaman las dos al unísono.

—Menos mal que sois mis mejores amigas, ¡no quiero ni pensar cómo sería teneros de enemigas! ¿Me vais a ayudar con todo este show o vais a seguir burlándoos de mí?

—Sabes que estamos a tus órdenes. Si nunca has imaginado tu boda, hagámoslo juntas —propone María.

Creo que las dos están igual o, incluso, más ilusionadas que yo, con todo lo que se nos viene encima. Un millón de personas siguen mis aventuras en Instagram. Organizar mi boda no será *peccata minuta*.

—Lo más importante es el vestido —dice Cas, mientras empieza a apuntar no sé qué en las notas de su móvil.

—Querrás decir el sacramento del matrimonio, ¿no?
—replica María.

—¡Qué repelente puedes llegar a ser! No seas aguafiestas y empecemos por lo divertido.

—Me gustaría diseñarlo yo misma.

—Tiene todo el sentido, aunque quizá podrías colaborar con alguno de esos diseñadores famosos que conoces, ¿no?
—sugiere Cas.

—Podría hablar con Bruna. Debutó en la Alta Costura de París el mismo año que yo abrí mi perfil en Instagram y, desde entonces, podría decirse que hemos crecido de la mano. Sus colecciones me recuerdan a las fotografías de Tim Walker, tan teatrales y fantasiosas.

—Vale, lo de ese tal Walker suena de maravilla. —Me río a carcajada limpia con el comentario de María. Por un momento, he olvidado que estoy hablando con las chicas más desinteresadas por la moda que conozco. Dicen que los polos opuestos se atraen. Las Tres Mosqueteras confirmamos el dicho.

—Por cierto, ¿la boda será en Madrid? —pregunta Cas con expresión dubitativa.

—No me lo había planteado...

—Una boda a la italiana podría ser un puntazo —señala María.

—Ahora que lo dices, la familia de Claudio tiene una *masseria* en Puglia.

—Pues ya está. ¡Las playas de Salento nos esperan!
—exclama Cas.

—Frena un poco, amiga... Digo yo que primero tendré que hablarlo con él.

—No olvides que las bodas son de la novia —reivindica Cas.

—En eso te doy la razón.

—¡En eso y en todo! —me contesta entre risas, mientras pido otra ronda de cerveza.

—A esta invita la novia. Una sin alcohol, por favor —le indico a Miguel, nuestro camarero amigo. Ya van muchos *juernes* en la mesa de la esquina.

—¡Un brindis por la novia italiana! —grita Cas.

Toda la terraza se une a nosotras al son de «¡viva la novia!». Animada por el subidón del momento —y la tercera cerveza— me levanto y saludo al resto de los clientes, que me dedican una divertida ovación.



En el atelier de bruna

He venido sola. Cas y María me van a matar cuando se enteren. Asumo el riesgo. Quiero empezar a elucubrar con Bruna cómo va a ser el vestido. Y lo último que necesito es un corrillo de gente opinando en el atelier.

Tengo muchas ideas, pero, al mismo tiempo, ninguna. Me cuesta imaginarme vestida de novia. Solo tengo claro que debe conjugar todas mis versiones. El personaje que arrasa en redes y la enferma que puede vivir con las persianas bajadas durante semanas. La misma que canta a voz en grito Bryan Adams y la que se arrodilla en la ducha, incapaz de salir de ella. La Gin que quiere y la que se aparta cuando vas a darle un abrazo. Vale, lo reconozco, no soy fácil. Y Bruna es la única capaz de descifrarme. Pero no la he escogido solo por eso y por su evidente talento con la aguja: confío en mi amiga porque pasa del éxito. Ella vive al margen del *show off* de esta industria. Y eso la hace especial. Eso y sus cortes inesperados en vestidos que puedes ponerte de mil maneras. Los mismos que cuelgan del techo de la tienda, como si fueran esculturas. Bruna inventa formas y colores en un mundo sin estridencias. Sus acuarelas inspiran estampados que son como pinturas abstractas. Y sus tejidos favoritos —sedas, linos y *cashmere* — son tan nobles como ella.

La espero en un probador que mide lo mismo que mi bombonera. Tres espejos de dimensiones enormes triplican mi presencia sobre la moqueta de lana. Una cortina de tul de seda hace las veces de

puerta, lo que me permite escuchar, cada vez más cerca, ese caminar sin prisas.

—*Bon dia*, Gin. —Bruna entra en el probador entremezclando el castellano con el catalán, su lengua materna.

—Solo con oírte, mis dudas me dan una tregua.

—¿Y de qué dudas?

—De mi vestido, de mí... ¡De todo!

—Suele pasaros.

—¿A quién?

—A las novias.

—Ah. —Todavía no me acostumbro a esa palabra.

—Por cierto, no te cortes jamás ese melenón pelirrojo que tanto envidio.

—Ni por todo el oro del mundo.

—Empecemos por el principio. ¿Cuándo te casas?

—A finales de junio en Puglia.

—Un destino de moda con alma local. ¡Qué maravilla! ¿Lista para diseñar el vestido más importante de tu vida?

—Eso, Bruna... ¡Tú ponme más nerviosa!

—Ya sabes que me gusta echarle un poco de salsa a la vida.

—No hace falta que lo hagas. Casarse no es poca cosa.

—Y por eso, en cuanto me diste la buena nueva, me puse manos a la obra —me dice extendiéndome dos bocetos, que sujeto con manos temblorosas.

—Son preciosos, Bruna. Me gustan los dos. ¡Ya está! ¿Podemos hacer un mix?

—Podemos hacer lo que quieras.



A medio gas

Camino hacia el altar. Lo hago sola. No veo a papá por ningún lado. Descubro el rostro enfadado de Simona entre un gentío borroso. ¿Dónde se habrán metido María y Cas? Me cruzo con tía Dorita, que, ajena a todo, está rezando el rosario en el último banco. Entra poca luz. Sigo caminando hacia una sombra que debe de ser Claudio. Llevo una cala negra en la mano. ¿En qué momento habré tomado una decisión tan tétrica? No sé si me refiero a la flor o a esta boda sin sentido. Y, cuando estoy a punto de llegar al altar, me precipito por un acantilado rocoso. Entonces me despierto con la misma sensación en la barriga que tuve al montarme en el Dragon Khan. El corazón me va a mil. Claudio duerme plácidamente en el lado izquierdo de la cama —el derecho siempre es mío—. Envidio su respiración pausada. Antes de levantarme, admiro sus bíceps por enésima vez. Claudio me ha hecho perder el norte. Y puede que lo haya hecho en todos los sentidos. ¿De verdad quiero casarme?

Corro a la cocina huyendo de mi prometido. Necesito estar sola. Me preparo un café manchado y una tostada con extra de mantequilla. Después de semejante pesadilla, me la merezco.

Hace unos meses no quería ni oír hablar de relaciones estables y, ahora, resulta que me caso. Estoy a punto de decir «sí» para toda la vida. Empiezo a hiperventilar. «¡Para toda la vida! ¿Estás loca, Gin?», me dice mi detestable vocecita interior. Muerdo la tostada sin ganas. Quizá pueda tragarme el pánico con el pan.

—*Buongiorno, amore.* —Claudio me sorprende abrazándome por la espalda. Me da un beso en la mejilla y se va directo a la cafetera.

—Buenos días —respondo con una alegría postiza.

—Estás pálida. ¿Te encuentras bien, Gin? —me pregunta a medio bostezo.

—*Tutto bene* —le respondo con un tono jovial que me hace sentir hipócrita.

—Por mucho que lo intentes, ya no me la cuelas.

—¿A qué te refieres?

—Algo ronda por esa cabecita... que no quieres contarme. —Claudio se sienta frente a mí en la diminuta mesa de la cocina. Por primera vez, me incomoda tenerlo tan cerca. Es como si estuviera invadiendo mi espacio, y eso que hemos compartido largas sobremesas aquí mismo, pero nunca me lo pareció.

—Creo que me estoy agobiando, Claudio.

—¿Conmigo?

—No, con todo este rollo de la boda...

—¿No quieres casarte?

—No me imagino una vida sin ti, pero no esperaba que me pidieras matrimonio, por lo menos, no tan pronto. De hecho, ni siquiera sabía que te iba el matrimonio.

—El matrimonio no es algo que a uno le va o no. Hablas de él como si fuera un accesorio.

—Tampoco exageres, ya me has entendido. Hay mucha gente que se quiere y no necesita oficializarlo.

—Pero yo sí.

—Y lo entiendo. Yo también fantaseaba con casarme, pero ya sabes que, en mi vida, hay un antes y un después de la separación de mis padres.

—Lo sé, y por eso no quiero forzarte a hacer algo que no quieras.

—No me siento presionada por ti, pero la situación me está desbordando. De un día para otro, llevo un espectacular anillo de compromiso en mi dedo anular y ni siquiera me imagino vestida de novia.

—Y eso... ¿qué significa exactamente?

—No lo sé, Claudio. Me has preguntado qué me ronda por la cabeza y te lo estoy explicando como puedo. Me da pavor comprometerme de por vida.

—¿Y eso dónde nos deja, Gin?

—Pues donde estamos y como estamos. Locamente enamorados y felizmente solteros.

—Eso dilo por ti, Gin. Yo, en la vida, necesito avanzar. Si no quieres lo mismo es el momento de decirlo. No voy a conformarme con una relación a medio gas.

—¿Y quién dice que vamos a medio gas?

—No quiero dormir en tu cama o en la mía, quiero una cama que sea de los dos; no sé si me explico... Quiero una vida que sea nuestra.

—¡Como yo!

—Entonces, ¿por qué estamos teniendo esta conversación absurda?

—Porque casarme me da vértigo. Te quiero, eso lo tengo clarísimo, pero el trauma que arrastro desde hace años me obliga a echar el freno.

—Pues tú dirás, Gin.

—Lo único que puedo decirte es que, si te pierdo, me muero.

—¿Y por qué ibas a perderme?

—Si no me caso contigo, lo haré.

Claudio se levanta de la mesa a por una segunda ronda de café. Deduzco que su cuerpo necesita más cafeína para procesar toda la

conversación. Cuando tiene la taza llena hasta rebosar, se queda ahí de pie, apoyado contra la encimera de mármol, sin decir nada. Da un largo sorbo con la mirada perdida. Claudio sigue sin pronunciar palabra y, por lo que intuyo, tampoco tiene intención de hacerlo. Ahora soy yo la que se pregunta qué estará pasando por su cabeza, tan asquerosamente equilibrada y pragmática.

—En tres horas vuelo a Milán. Más vale que me ponga las pilas si no quiero quedarme en tierra.

—Es tu avión, no creo que vayan a irse sin ti.

—En esta vida, todo puede pasar, Gin. —Deduzco que no se refiere precisamente al avión.

—Te echo una mano con la maleta.

Claudio se está duchando cuando recibe un whatsapp que leo al vuelo. A mi favor, debo decir que se ha dejado el móvil sobre la cama, junto a la camisa que acabo de doblar. Una tal Costanza lo espera «con ganas de darte un abrazo» en la terminal Milano Malpensa Prime.

Llevo todo el día con el corazón en un puño. ¿Quién narices será Costanza? Todavía no sé cómo se llama su madre, quizá sea ella... ¿Por qué no? Hay gente que llama a sus padres por el nombre de pila. Poca, pero la hay... Mi vocecita interior vuelve al ataque, pero esta vez tiene razón. ¿A quién quieres engañar, Gin? Esa Costanza podría ser muchas cosas, pero no su madre. Pienso en el fatídico desenlace del compromiso de Simona. Puede que todos los italianos estén cortados por el mismo patrón. ¿Y si yo también soy una cornuda? Estoy sentada frente al secreter del salón, preparando mi primera entrevista para el pódcast. No logro pasar de la primera pregunta. Y eso que siempre he querido charlar con Penélope Cruz. Voy a la cocina a por un té de limón y jengibre, a ver si me despeja la mente. Tengo el móvil boca abajo, pero la tentación de mirar

WhatsApp me asalta cada dos por tres. Nada. Claudio sigue sin dar señales de vida. Esta mañana se ha ido de casa visiblemente molesto, bueno, más bien triste. Por mucho que me empeñe, no entiende que lo quiero a rabiar. Sé que no se lo he puesto fácil, pero necesito que empatice con mis movidas mentales, aunque solo sea un poco. Puede que lo nuestro esté condenado al fracaso. Desde luego lo estará si confirmo mis sospechas. No soy tan buena samaritana como mamá. Jamás perdonaría una infidelidad. Cuando cruzas esa línea roja, ¿qué te impide volver a hacerlo?

Cae la noche y salgo a pasear con Pimienta.

Estoy de los nervios. Llevo todo el día sin saber nada de él. «¿Y si está con otra? ¿Y si no vuelve?» Mi voz interior disfruta inquietándome a la primera de cambio. Acelero el paso. Hacer cardio puede que me alivie por dentro. Aunque no he salido de casa con una dirección concreta, sé perfectamente hacia dónde me llevan mis pasos.

—¡Qué ilusión verte, Gin! ¿Quieres un poco? —me pregunta Cecilia, enseñándome una botella de vodka barato.

—No, gracias, es martes.

—¿Y qué?

—Suelo reservarme para los jueves noche o el fin de semana. Quizá deberías hacer lo mismo.

—¿Por qué? En mi vida no hay fines de semana.

Tiene razón. ¿Qué diferencia hay entre dormir en un banco un martes o hacerlo el viernes? A veces pierdo de vista que nos separa un mundo. Ahora mismo llevo un bolso de seis mil euros y Cecilia no tiene para pagarse un bocadillo de tortilla francesa. El contraste es tan drástico que duele estando en el lado bueno de la balanza. ¿Qué he hecho para que me toque la mano ganadora de la jugada? Aun así, la mirada de Cecilia es generosa y buena. Siempre me ha

tratado de igual a igual, sin condescendencia ni envidia. Yo, en su lugar, menospreciaría a alguien como yo, una pija que mira la hora en un Cartier, viste pantalones a medida de Tot-Hom y duerme a base de Orfidal. Mi yo despiadado acaba de volver a jugármela. ¿Así soy? Puede que su descripción sea reduccionista y frívola, pero tampoco ha dicho nada que no sea cierto.

Cuando estoy con Cecilia, entro en un curioso estado de relajación. Por unas horas, dejamos de ser la *influencer* y la vagabunda para ser dos amigas que se hacen compañía. Cecilia se toma en serio mi dolor. Creo que por eso conecta conmigo más de lo que nunca podrá hacerlo mi prometido.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por escucharme sin relativizar mis problemas del primer mundo.

—Aunque no lo parezca, yo también vivo en el primer mundo.

—Ya me entiendes...

—Gin, no me gusta verte sufrir. Lo de menos es el porqué. La que debe empezar a tomarse en serio su dolor eres tú.

—Y eso hago..., o creo que lo hago.

—He visto lo cruel que puedes llegar a ser contigo misma. Infravaloras tu dolor y te culpas por sentirlo.

—Tocada y hundida.

—Si te vieras con mis ojos, te darías cuenta de que tienes un corazón de oro. Hace años que nadie me hacía tanta compañía como tú.

—¿Y por qué no te vienes a casa esta noche? —le propongo en un acto impulsivo.

—No, gracias, Gin. La calle es mi hogar desde hace tanto, que me sentiría como una intrusa en el tuyo. Estoy acostumbrada a vivir así; además, el panadero de la esquina me echaría de menos mañana

por la mañana. Todos los días me regala un cruasán de chocolate recién hecho. ¡Está de muerte! Dudo que puedas superar eso —dice para disuadirme.

—Te ofrezco una ducha caliente, un plato de los famosos garbanzos de mi madre (hasta ahora, nadie ha podido sonsacarle su ingrediente secreto) y un sofá comodísimo. Ah, y sábanas limpias. Creo que sí puedo superar a tu amigo panadero, o, por lo menos, déjame intentarlo.

Pijama y garbanzos

Pongo las mantas mugrientas de Cecilia a lavar. Y una muda. La única que tiene. No pregunto cuándo las limpió por última vez. Intuyo que nunca. Mi amiga está sentada, con la espalda perfectamente erguida, en una esquina de la *chaise longue*. Se la ve incómoda.

—Puedes estirarte, ¿eh? Para eso está.

—Tienes una casa tan bonita, Gin... No quiero estropearla.

—Me gustaría que hoy la sintieras como tuya. Te lo digo en serio, hazlo por mí. Aquí tienes una toalla de ducha y otra para el pelo —le digo mientras la acompaño a mi cuarto de baño.

—Con una bastará.

—Perfecto. Te dejo un pijama sobre la cama. Creo que usamos la misma talla.

Veinte minutos después, Cecilia aparece en la cocina con un aspecto diferente. Mi amiga tiene un pelo sedoso deslumbrante. Las canas no le quitan un ápice de belleza. Su piel es mucho más blanca de lo que parecía. Los surcos de las mejillas delatan una vida de maltratos. Mi pijama resalta su figura esbelta y delgada, muy delgada. Cecilia lleva puestas sus botas roídas.

—¿Quieres que te deje un zapato más cómodo?

—Estoy bien, gracias.

—Acabo de poner la mesa. ¿Tienes hambre?

—¡Me muero por probar el guiso de tu madre!

—*Voilà* —le digo, al mismo tiempo que pongo un par de platos calientes sobre la mesa de la cocina. Vestidas con pijama y devorando garbanzos, nadie diría que nuestras vidas han corrido la suerte opuesta. Es agradable tener a Cecilia en casa.



Maldita ex

—¿La quieres?

—Estoy loco por ella —responde Claudio sin titubear.

—Pues respeta sus tiempos. Por lo que cuentas, es lo único que necesita.

—Ya..., pero si Gin está tan enamorada como dice, ¿por qué duda en casarse?

—Creo que su historial familiar responde a tu pregunta. El único matrimonio que tiene como referencia se esfumó de un día para otro.

—Hombre, de un día para otro no creo que fuera...

—Para ella sí. Cuando todo estalló, Gin era una adolescente que vivía feliz, ajena a los problemas matrimoniales de sus padres.

—No sé cómo lo haces para dar siempre en el clavo.

—Haber estado cuatro años contigo contará algo, digo yo —suelta Costanza pitorreándose.

Claudio siempre se sintió atraído por su ingenio y esa nariz pecosa que tanto había acariciado con la suya. Esta italiana criada en los mejores internados suizos presume de corte de pelo a ras de barbilla y flequillo frondoso. Un look difícil de defender para cualquiera, pero no para ella. Su madre fue una de las modelos italianas más codiciadas de los ochenta, así que es fácil adivinar de quién ha heredado esas piernas sin un milímetro de celulitis que, a sabiendas, explota con minifaldas de Courrèges. Su padre es un reputado banquero que apenas pasaba más de tres días seguidos en casa.

Costanza nunca tuvo un hogar, por ello corrió a crear el suyo cuando se casó con Levi, un neoyorquino del Upper East Side afincado en Milán.

—¿Cómo están los mellizos?

—Anteayer celebramos su tercer cumpleaños. Isadora no para de jugar con todo mi zapatero y Matteo no se baja del patinete.

—¡Madre mía! ¿Tres años ya? Todo pasa tan rápido que da miedo.

—Dímelo a mí... Quién me iba a decir que echaría de menos a ese par de bebotes que se arrastraban por el suelo como podían.

—No me extraña, creo que son los niños más rollizos que he conocido en mi vida —ríe Claudio.

—Qué capullo eres.

—Te veo feliz, Costanza.

—Lo soy. Por fin tengo una familia. Ya sabes lo sola que estuve en mi infancia y la de bandazos que di en la adolescencia. No sé qué hubiera hecho sin ti. Para mí, tú eras casa, eso que mis padres nunca supieron darme.

—Paradojas de la vida, logré ser tu hogar, pero parece que no el de Gin.

—Eso todavía no lo sabes. *Maledetto impaziente!*

Hay cosas que el tiempo no cambia: cuando Claudio y Costanza se juntan, las horas se gastan demasiado rápido. Lo suyo fue un amor universitario que estaba predestinado a acabar en una bonita amistad. Y eso que aspiraba a serlo todo, pero, al final, ambos se dieron cuenta de que aquel enamoramiento se había transformado en un cariño casi fraternal.

Después de unos años distanciados, retomaron el contacto cuando Costanza conoció a Levi. Claudio era la única relación seria que había tenido hasta esa fecha y, antes de comprometerse de nuevo, acudió a su ex para pedirle consejo. Los que fueron la pareja estrella

de la uni se reencontraron en el terreno de la amistad. Y así fue como empezaron esos cafés improvisados que ahora son costumbre, aunque pasen meses entre uno y otro.

Claudio detesta mostrarse desarmado, pero con Costanza es distinto. Ella está muy familiarizada con su versión más virgen. Su ex lo conoció cuando era un estudiante del montón que iba en bici a la facultad, antes de convertirse en un reputado publicista que se mueve en *jet*. Cuando está con ella, el gran Claudio Morelli desaparece para volver a ser ese adolescente que pasaba de curso por los pelos.

El último desayuno con Gin lo dejó muy tocado, por eso escribió a su amiga. Seguro que ella lo ayudaba a entender a su prometida. Costanza, alertada por el tono del mensaje, no dudó en plantarse en el aeropuerto. Después de todo, eso es lo que hacen los mejores amigos..., ¿o no?

El *macchiato* de media tarde se alarga hasta que cae la noche.

—Como siempre, ¡me haces perder la noción del tiempo, Morelli! Si me doy prisa, llego a la hora del cuento —dice Costanza mientras sube al taxi.

—Gracias por todo. ¿Cómo me las apañaría sin ti?

—No lo harías —le responde guiñándole un ojo desde la ventanilla.

Claudio aterriza en su ático de publicista exitoso y soltero. No se oye ni el susurro de una mosca. Abre la nevera por inercia. Está a rebosar de botellas de San Pellegrino y también hay un par de plátanos madurísimos. La cierra sin coger nada. Desganado, se tumba en el sofá. Frente a él, Milán asoma llena de luces diminutas, dejando entrever su habitual ajetreo. Contemplarla desde las alturas puede dar una falsa sensación de endiosamiento. Pero lo único que siente Claudio es soledad. Mira el móvil de reojo. Ninguna llamada

perdida. Tampoco hay whatsapps nuevos. Parece que Gin no piensa dar señales de vida. Claudio se muere por escribirle, pero lo último que quiere es atosigarla.

El cristal del cuarto de baño es antivaho. En su apartamento todo está pensado en pro de la comodidad, sin renunciar al diseño. El milanés sale de la ducha con la toalla enrollada en la cintura. El espejo le devuelve la imagen de un hombre con pectorales y abdominales perfectamente definidos. Parece que ir al *gym* a las seis de la mañana está dando sus frutos. Las gotas de su pelo mojado ruedan rostro abajo, confundiéndose con alguna lágrima que lo pilla desprevenido. Claudio no recuerda la última vez que lloró.



Cambio de bando

—Un dónut relleno de Nutella, por favor. —La ansiedad me lleva a darle un mordisco antes de pagarlo y salir a sentarme a la terraza de la panadería.

Últimamente, el cuerpo me pide un extra de azúcar, síntoma inequívoco de falta de serotonina. Sea lo que sea, ahora mismo estoy bendiciendo al que inventó la Nutella. Devoro el dónut en tiempo récord y vuelvo a por un cruasán de chocolate blanco. Le doy el primer bocado mientras busco el móvil en el bolso para pagar. Hago caso omiso a la mirada sorprendida de la panadera. Solo me importa ese bollo de hojaldre con chocolate.

Hace cuatro días que no sé nada de Claudio. A la mierda la dieta saludable que llevo meses siguiendo a rajatabla para lidiar con la depre. Nunca me han gustado los dátiles y no he conocido alimento más insípido que las nueces, aunque debo agradecerle al doctor mi afición por los arándanos.

El mensaje de esa tal Costanza me está volviendo loca. Mi cabeza ya los ha metido en la cama, mientras disfrutan de una escapada romántica vete tú a saber dónde. ¿Bora Bora? ¿Mauricio? ¿Seychelles? Menudo desgraciado. Después de pedirme matrimonio, sale huyendo con su amante. O, quizá, simplemente ha decidido pasar página. La idea de haberme convertido en un capítulo de su pasado me supera. Instigada por la rabia, he sucumbido a los encantos de la panadería que hay a escasos metros de mi centro de pilates. *Ciao* deporte. Las mallas y mi esterilla contrastan con el

churretón de chocolate blanco que tengo en la barbilla. La escena es, cuando menos, cómica. Aunque, en realidad, enmascara la desesperación de una tipa enamorada y despechada.

—Creía que eras del otro bando —me dice Victoria, haciendo alusión a la acera de enfrente, donde está su centro de pilates. La muy asquerosa, y lo digo con todo el cariño y la envidia del mundo, va dando sorbos al termo tamaño XL que siempre la acompaña. Ahí lleva su dosis diaria de rooibos con canela y cúrcuma—. ¿Puedo?

—Claro, siéntate. Pero ¿no deberías estar en clase? —le pregunto, sorprendida.

—¿Y tú?

—A eso venía cuando una fuerza superior a mí me ha obligado a asaltar esta deliciosa panadería que, por cierto, no había probado nunca.

—Pecar de vez en cuando es sano.

—Ya, ¿y me lo dices tú? Dudo mucho que tengas la menor idea de cómo sabe un dónut, y menos de Nutella.

—No subestimes a alguien que te lleva tres décadas.

—Ahí me has dado.

—¿Estás bien, Gin? —Me incomoda su pregunta. Adoro a Vic, pero nuestra relación nunca ha ido más allá del Reformer. Además, estaba despidiéndome de mi maravilloso cruasán justo cuando ha llegado con su dichoso termo.

—Bueno..., digamos que he estado peor —respondo dándole largas. No me apetece contarle mi vida. Además, llevo tanto acumulado, que tampoco sabría por dónde empezar.

—Tengo una hermana. —«Pues enhorabuena», pienso para mis adentros. «¿Y a cuento de qué me habla de su familia?»—. Sufrió depresión durante años. —Cuando me refugié en las clases de pilates durante mi época más negra, pensé que había pasado de-

sapercibida. Después de todo, resulta que fingir no se me da tan bien como pensaba. Vic continúa—: sé lo que es no poder levantarte de la cama. Es algo que viví muy de cerca.

—¿Y cómo está ahora? —pregunto, evidenciando mi interés por el tema, más que por una desconocida.

—Después de años de tratamiento, y justo cuando creíamos que estaba remontando, me la encontré en su habitación. Se ahorcó con una sábana.

No sé qué responder ni por qué me lo cuenta. Si es para empatizar conmigo, está consiguiendo el efecto contrario. Ahora mismo lo que quiero es levantarme de la mesa y correr en dirección opuesta.

—Esto... Qué horror, Vic, no tenía ni idea, lo siento mucho.

—Yo también. ¡La echo tanto de menos! Violeta me llevó a mi primera clase de pilates y, cuando se fue, decidí abrir este centro en su nombre.

—Estará muy orgullosa de ti.

—Ojalá. Me habría encantado compartir este proyecto con ella.

El semblante de Vic es sereno. Intuyo dolor, pero es un dolor sosegado que ya no estruja el alma.

—¿Cómo puedes sobrellevar su ausencia?

—He aprendido a convivir con Violeta de otro modo. He perdido físicamente a mi hermana, pero su alma está conmigo. Soy de carne y hueso y, evidentemente, extraño tocarla, besarla e ir al teatro los sábados, pero lo haremos en el cielo. Quizá de otra manera, pero sé que será mejor.

—Yo no soportaría perder a Sebas, mi hermano mayor.

—Eres más fuerte de lo que imaginas, Gin. No sé por lo que has pasado. Puede que sigas en ello, pero lo superarás. —La miro, escéptica. «¿Qué sabrá ella?...»—. Me estoy metiendo donde no me

llaman, pero entiendo lo que conlleva una depresión. Mi hermana se ahogó, pero conozco a muchos otros que han salido a flote. Solo quería que lo supieras.

—Gracias, Vic. Reconozco que me has pillado desprevenida, pero te agradezco el apoyo. Quiero pensar que ya he pasado lo peor, aunque queda camino por recorrer. No sé, a veces creo que ese camino puede durar toda la vida.

—Quizá, pero eso no significa que vayas a malvivir. Si logras mantener esa cabecita a raya, todo irá bien. Es cuestión de dar con las herramientas adecuadas.

—Estoy en ello, pero, ahora mismo, el desamor no ayuda.

—Si no quieres contármelo, lo entiendo.

—Si te soy sincera, no iba a hacerlo..., pero con tu lógica aplastante seguro que me echas un cable. He conocido a alguien.

—¡Cuánto me alegro, Gin!

—Se llama Claudio. Me ha ayudado a recuperar la ilusión y puede que a superar mi aversión al compromiso.

—Eso suena genial.

—Pero no sé si me pone los cuernos. Y yo, por ahí, no paso.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Recibió un whatsapp que leí al vuelo. Era de una tal Costanza.

—¿Y?

—Pues eso, que la tipa parecía tener ganas de verlo.

—¿Y esa es la única «prueba» que tienes contra él?

—Sí...

—¿Has hablado con Claudio?

—No pienso dar el primer paso.

—¿Qué más da quién escriba antes?

—Puede que ahora esté pasándoselo en grande con esa furcia. Cornuda, quizá; pero apaleada, nunca.

—Para el carro, Gin. Creo que te has montado una película que empieza a dar miedo. Hazme caso, llámalo. No ganas nada hinchándote a bollería industrial mientras te comes la cabeza.

Tardo unos segundos en responder. Estoy intentando dar con argumentos mínimamente razonables para contraatacar. No los encuentro. Sé que mi profe de pilates tiene razón, pero me está exigiendo demasiado. Como cuando me pide esas últimas cinco sentadillas de regalo, sabiendo que estoy al límite. Vic y sus imposibles.



A traición

¿Estoy dispuesta a perdonar una infidelidad? La Gin de antes no se hubiera ni planteado la pregunta. Su respuesta habría sido casi como un acto reflejo. Pero la de ahora ha perdido el juicio por un italiano que nubla su criterio con una facilidad pasmosa.

Aunque me gusta que las cosas sean blancas o negras, hay matices que, a veces, se pierden por el camino. Por ejemplo, una infidelidad matrimonial pone en jaque muchos factores que pasan desapercibidos. Como la contraseña de la alarma de casa —que es la fecha del primer beso—, el seguro médico familiar, cuentas bancarias compartidas, el wifi de casa escrito con las iniciales de todos los miembros del clan...

Encontrarte un táper de lentejas congeladas —su plato preferido— puede detonar una crisis nerviosa. Los recuerdos nos asaltan en cada rincón de nuestra rutina. Y, probablemente, no calibramos su peso cuando decidimos volarlo todo por los aires. ¡Qué diantres!..., me atrevo a decir con total seguridad que nadie sopesa por adelantado cuánto pesa todo lo que deja atrás cuando está embriagado por el subidón de alguien nuevo. Ese que te desata de las responsabilidades que te hacen libre. Porque nadie más que tú las escogió. Pero esa historia prometedora tiene las mismas papeletas de acabar adormecida por la rutina, si no logras escapar de ella.

Supongo que una infidelidad matrimonial son palabras mayores, porque no solo traicionamos a nuestro cónyuge, también el proyecto

de toda una vida: la familia. Ay, la familia..., esa realidad que nos cobija, que da sentido a todo y a todos, pero con la que, a veces, también es sano tomar distancia. Hay quien necesita recobrar el aire que perdemos por el camino para volver. A mí me hubiera gustado que mi padre lo hiciera y, veinte años después, cuando ya ni siquiera lo anhelo, parece que mi sueño se ha cumplido. Ahora, verlos juntos me resulta extraño, pero reconozco que me devuelve parte de la ilusión que perdí cuando su matrimonio se rompió.

La vida sucede y, con ella, las cosas más mundanas de nuestro día a día se encadenan una detrás de otra, sin que nos demos cuenta. Porque no tenemos tiempo para saborear la mayoría de ellas. Solo corremos para llegar. Y, cuando llegamos, nuestra mente ya está en otra. Pero en medio de esa cotidianidad pasan cosas excepcionales que cambian el rumbo de la historia. Como ese día en el que le dices «sí».

Hay síes sinceros y dichosos, otros que dudan en silencio, algunos se sienten acorralados, mientras que los demás se pronuncian desde la inconsciencia. Consecuencias (letales) de la inmadurez. Yo me prometí con el corazón todavía en boxes, pero el mío fue un «sí» valiente y decidido.

A estas alturas de mi vida, he comprendido que la felicidad es incompatible con ese chute de adrenalina que, a veces, seguimos buscando sin ton ni son. A la larga, los parches tienen fecha de caducidad.

Creo que ha llegado el momento de poner punto final a mi guerra fría con Claudio.



Cuando seamos mayores

Tengo la espinilla amoratada. Anoche me di un golpe con la esquina de la cama del hotel. No fue muy fuerte, pero a los setenta años mi piel se ha vuelto extremadamente delicada. Cómo me fastidia ver esa mancha lila a ras de mi falda. Estamos en los Jardines de las Tullerías, sentados en las sillas más instagrameadas de París. Claudio lee *Le Figaro* en una reclinable, su preferida desde que nos conocimos. Yo bebo café a pesar del tembleque de mis manos. Aunque la carcasa se arrugue, hay costumbres que no se doblegan al paso del tiempo.

Ha salido el sol. Corre una ligera brisa que invita a cerrar los ojos y dejarse ir. Pero yo no puedo parar de mirarlo. Sus hoyuelos me gustan tanto o más que el primer día. Igual que esos rizos que un día fueron morenos. Claudio está tan relajado que acaba durmiéndose con la boca entreabierta. Ya no importa que alguien nos pille en el jardín más famoso de París, como si estuviéramos haciendo la siesta en el sofá de casa. Cuántas veces habré comido una ensalada *take away* aquí sentada, haciéndome fotos entre una cucharada y otra, de camino a un desfile de la *Fashion Week*. Entonces, trotaba por el mundo sin verlo. Me obsesionaba hacer y no ser.

La vida es un suspiro. Hace nada Claudio era un publicista de agenda imposible y yo una *influencer* de moda que iba a terapia. Y ahora, somos dos ancianos que disfrutan de la Ciudad de la Luz sin

billete de vuelta. Ah, y, por cierto, tengo canas, pero las disfrazo con un buen tinte. Yo nací y moriré pelirroja.

Claudio se despierta desorientado. Le pasa desde que cumplió los setenta y seis.

—*Amore*, estamos en París.

—Sí..., lo sé...—No lleva bien ir perdiendo facultades e intenta disimular cualquier atisbo de ello. Me acerco a él como quien no quiere la cosa. Sé que necesita ayuda para levantarse, pero no la pedirá.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Contigo, siempre —responde guiñándome un ojo.

Típico gesto suyo. Esa respuesta me la dio por primera vez el día de nuestra boda. Y no pierde oportunidad de recordarla. Sé que echa de menos a ese par de jovenzuelos que se comían el mundo. Recuperar pedacitos del pasado es su forma de decirse que seguimos siendo los mismos.

—Al final de la historia, solo quedaremos tú y yo —me dijo Claudio cuando éramos dos recién casados, enamorados e inconscientes, bebiendo cerveza en un pub irlandés.

Bueno, quizá la única inconsciente era yo. En aquel momento, lejos de escucharlo, solo quería beber y comerme esa enorme ración de *fish&chips* que acababan de traer. Pero ahora me doy cuenta de que sus palabras fueron toda una declaración de intenciones: mi marido tuvo fe en nosotros desde el principio. Su forma de querer siempre fue consciente, lejos de mi concepción hedonista del amor. Claudio me enseñó a no dejar la historia a medias, él me empujó a creer en el guion hasta el final.

Tristán y Fabiola se acercan al grito de «¡papá!, ¡mamá!» mientras empezamos a caminar hacia ellos. Echaba de menos viajar en familia.

Acaricio por inercia el otro lado de la cama. Está vacío. Vuelvo a tener treinta y tres años y duermo sola. No sé si acabo de tener un sueño o una pesadilla. Respiro aliviada al comprobar que no tengo dos hijos. Lo de las canas también me ha horripilado, pero he disfrutado estando en paz. Porque en el sueño lo estaba. Y sé gracias a quién.

Ya llevo semana y media sin saber de Claudio. No sé si su ego estará haciendo de tripas corazón para no llamar o si, por el contrario, le doy igual. Se acabó. Cojo mi móvil y entro en la web de Iberia. Mañana por la mañana vuelo a Milán.

Ya me has oído

Toco el timbre con el dedo tembloroso. Debí llamar antes de presentarme por sorpresa en su apartamento. Son las dos de la tarde. Si, con suerte, pillo a Claudio en la ciudad, estará en el *gym* o en una comida de trabajo. Con la emoción, no lo pensé cuando reservé el billete.

Contra todo pronóstico (y con algo de pánico), veo girar el pomo de la puerta. ¡Tachán!... Claudio aparece con una camiseta sudada y unos *shorts* de *running*. Su pelo está mojado.

—¿Gin?

—Hola —balbuceo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿Y cómo sabías que estaría en Milán?

—No lo sabía. Ha sido un impulso. ¿Puedo entrar o estás... acompañado?

—Vivo solo, ¿recuerdas?

—Sí, bueno... Las cosas pueden cambiar —murmullo mientras, al entrar, nuestros brazos se rozan sin querer. Me estremezco solo con tocarlo de puntillas.

—En unos días no pueden haber cambiado mucho. Además, estamos prometidos, ¿o no?

—Eso dímelo tú.

—¿Perdona? ¿Me he perdido algo? Espera, voy a cambiarme y hablamos con calma. Ponte cómoda.

Dejo mi *trolley* en la puerta. Camino de un lado a otro del salón, mientras busco con la mirada cualquier indicio de presencia femenina. Detecto una taza de café abandonada en la barra de la cocina. Ni rastro de pintalabios en la porcelana. El resto de la encimera está impoluta. Seguro que anoche salió a cenar o pidió sushi a domicilio. Se ha dejado el portátil encendido sobre el sofá. No he conocido a nadie que reciba más mails por minuto. Los cojines están por mullir. Deduzco que ha trasnochado trabajando. Típico de Claudio. Un par de Asics tiradas en el *hall* delatan que, efectivamente, esta mañana ha salido a correr. Esto de ser detective privado no se me daría mal.

Milán luce gris a través de las cristaleras del apartamento. La última vez que disfruté de estas vistas, el sol se ponía después de un día inusualmente cálido en la ciudad. Parece que mi estado de ánimo se mimetiza con el tiempo milanés. Claudio aparece con una camiseta blanca y un pantalón de chándal azul marino. Va descalzo y está rabiosamente atractivo.

—¿Vas a pasarte el día en casa? —pregunto, disimulando que con esas pintas está aún más irresistible.

—No lo sé, eso dímelo tú. Acabo de cancelar mi agenda de hoy.

—¿Y eso?

—¿A ti qué te parece? —me dice mientras se acerca peligrosamente a mí. Reculo un par de metros para no caer en la tentación—. ¿Ahora huyes de mí? —me pregunta, zalamero.

—¿Estás con otra? —le espeto.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—¿Por quién me tomas? Gin, te he pedido matrimonio.

—No lo he olvidado. Por eso me sorprendió que una tal Costanza te estuviera esperando en el aeropuerto «con ganas de darte un

abrazo». ¿De qué va todo esto, Claudio?

—¿Desde cuándo lees mis mensajes?

—No sigas por ahí. Aquí quien hace las preguntas soy yo.

Sin mediar palabra, Claudio coge el móvil. Ante mi estupor, teclea un número de teléfono:

—¡Hola, Costanza! Gin está en Milán. Por fin podréis conoceros. —Mis ojos casi se salen de sus órbitas al escuchar ese nombre. «Pero ¿este tío me toma por idiota? ¡Menudo sinvergüenza!» Aprieto la mandíbula para reprimir mis ganas de abofetearle. Si todavía no me he ido de aquí, es solo por ver cómo se las apaña para salir de esta. Dudo que pueda inventarse una explicación mínimamente lógica para todo este despropósito. Claudio continúa—: Perfecto, en tu casa a las ocho. Yo me ocupo del vino. *Ciao!*



El mundo de costanza

—¡Por fin!

Una mujer esbelta y de rostro aniñado me recibe con un abrazo exagerado y una alegría, en mi opinión, impostada.

Lleva uno de esos vestidos a los que yo llamo «sí pero no». Me explico: me refiero a esas prendas carísimas que se las dan de *hippies*. Pues eso. Costanza lleva un vestido de seda color burdeos, con cuello camiseta y flores bordadas a mano. Un diseño de líneas sencillas que, como mínimo, costará dos mil euros. Muy a mi pesar, la elección es de matrícula de honor.

—Hola, Costanza. Claudio me ha hablado mucho de ti —le digo con una ironía que mi novio pilla al vuelo. Si no llega a ser por el mensaje de WhatsApp, seguiría sin saber de su existencia.

—Levi está acabando de contarles el cuento a los mellis —excusa la ausencia de su marido mientras una mujer de mediana edad, perfectamente uniformada con un delantal blanco, nos pide los abrigos antes de pasar al salón. La casa de Costanza es una mezcla de historia y arte vanguardista. Las molduras centenarias de sus paredes contrastan con la mesa de mármol travertino que hay en el centro. Sobre ella, se apilan revistas antiguas de moda.

—La de la portada es su madre —interviene Claudio, al ver cómo me fijo en ellas. Ahora entiendo el afortunado físico de la hija.

—Isadora y Matteo se mueren por verte —dice Costanza. Así que no me queda otra que acompañarlos a la habitación de los niños. Me siento como una intrusa en un campo de minas.

—*Zio Claudio!* —Dos niños con pijama de rayas saltan de la cama para lanzarse a sus brazos. Los tres acaban en el suelo, como una montaña humana. La niña queda en medio del sándwich.

—¡Vais a asfixiarlo! —Costanza los reprende cariñosamente—. Y tú deja de excitarlos —le pide a Claudio entre risas.

Sentado bajo el dosel de una de las camas diminutas, veo a un hombre de facciones marcadas, barba canosa y sonrisa afable. Lleva pantalón de traje y tiene el cuello de la camisa desabrochado. Habla un italiano con acento americano de lo más gracioso.

—Encantada de conocerte, Levi. —Esta vez, mis palabras son sinceras. Alzo la voz para que pueda oírme en medio del griterío que están armando Claudio y los niños. Isadora y Matteo lo persiguen por toda la habitación. Si no fuera porque estamos en casa de su ex, la escena sería de cuento.

—Están roques —dice Levi sentándose a la mesa un rato después de que lo hayamos hecho los demás—. Estaban emocionados con tu visita. ¿Dónde te has metido estos meses? Te echábamos de menos. —Para mi sorpresa, él también adora al ex de su mujer.

—Y yo a vosotros. He tenido una intensa racha de trabajo. Apenas he estado en Milán. —Claudio me mira de reojo. Ambos sabemos que su ausencia no solo se debe al trabajo.

La mujer que nos ha recibido al llegar nos sirve una deliciosa burrata sobre una cama de rúcula y tomate confitado, mi plato preferido después del solomillo Wellington del Lhardy. A pesar de mi reticencia inicial hacia Costanza y a todo lo que tuviera que ver con ella, estoy disfrutando de la cena. De segundo hay lubina al horno con hinojo y limón. El olor a patata recién horneada, las fotos familiares que hay por toda la casa e, incluso, el griterío de los niños antes de dormir me dan un poco de envidia. Por unos segundos, anhelo su vida.

Levi y Costanza parecen el matrimonio perfecto. Ella se ríe con todos sus chistes y él la mira, embobado, cuando se levanta a por más *focaccia*. Me enternece verlos cogidos de la mano gran parte de la cena, mientras están pendientes de mí. Quizá finjan su interés por las redes sociales, pero, sea como fuere, agradezco el esfuerzo. Además, a la mínima oportunidad, se deshacen en halagos hacia España. Los dos son unos apasionados de Gaudí. Levi rellena mi copa de Barolo cada vez que está a punto de quedarse vacía. Se nota que les gusta recibir en casa y que adoran a Claudio. De postre hay higos con crema de mascarpone.

—Estaba todo buenísimo —le digo a Costanza.

—A mí no me mires. Levi cocina como los ángeles.

—Sí, pero hoy solo he sido el pinche. La última reunión se ha alargado más de lo que esperaba.

Puede que Costanza sea alérgica a la cocina, pero se ocupa en primera persona de la puesta en escena. Para una esteta como yo, la vajilla de Lisa Corti, el mantel vintage y las copas de vidrio soplado no pasan desapercibidas. Tampoco el centro de mesa, con anturios, hortensias y escabiosas.

—Gin, ¿me acompañas a la terraza? Me aburre fumar sola.

—Pero ¿no lo habías dejado? —pregunta Claudio frunciendo el ceño.

—Esa era la intención.

Sentadas en unas butacas de ratán, Costanza y yo apuramos nuestras copas de vino. Los tejados milaneses quedan a nuestros pies. Animada por la tercera botella que acabamos de descorchar, me atrevo a formular la pregunta del millón.

—¿Por qué lo dejasteis?

—¿Claudio y yo? Vaya, no te andas con rodeos.

—Perdona, a veces soy algo brusca.

—Me encantan las tías que van al grano. A mí me curiosearía lo mismo. Supongo que pasamos a querernos de otra forma. Claudio es lo más parecido que tengo a un hermano.

—Curiosa manera de definir a un ex. Yo no podría.

—Quizá es porque nos conocimos muy jóvenes y, de alguna forma, crecimos juntos. En cuatro años de noviazgo, creo que pasamos más tiempo siendo amigos que pareja. Además, ejerció de celestina entre Levi y yo. Claudio es uno más de la familia.

—Ya veo...

—Y no te gusta un pelo.

—Después de esta noche, he dejado de verte como una amenaza. Aunque, con tus pintas de modelo, siempre lo serás —bromeo. Costanza se echa a reír.

—Te agradezco el cumplido.

—Gracias a ti por tratarme como una más.

—Está claro que Claudio tiene buen ojo para las mujeres. —Mi nueva amiga está algo achispada. Bueno, supongo que todos lo estamos—. Sé que voy a meterme donde no me llaman —continúa —, pero, permíteme un consejo: el miedo nunca es buen compañero de viaje. No le dejes ganar.

Regresamos a casa en silencio. Claudio conduce lento, como si estuviera saboreando la ciudad vacía. Ver Milán en calma es poco frecuente. No sé si sigo enfadada. Todavía tengo que asimilar que la ex de mi prometido me cae bien. Un cúmulo de sensaciones contradictorias pugnan por dominar dentro de mí. Me ha gustado conocer a la familia de Costanza. Quizá demasiado. Hasta hoy, no me había imaginado casada ni, mucho menos, con hijos. Parece que lo primero está a punto de suceder. De lo segundo ya no estoy tan segura.

La voz de Taylor Swift interrumpe mis pensamientos. Suena *Lover*. Claudio baja el volumen de la radio.

—Espero que esta noche haya disipado tus dudas.

—Digamos que conocer a tu amiga me ha aliviado. Pero sigo sin entender por qué nunca me hablaste de ella. Es importante en tu vida.

—Lo es. Lo son. Costanza y su familia. Si no te hablé de ellos es porque me dio miedo que esto pudiera desestabilizarte. Todavía te veo muy vulnerable.

—Vaya, gracias.

—¿Me equivoco?

—No me protejas más, por favor. Necesito ver que soy capaz de valerme por mí misma. Si no, nunca me lo creeré. —Taylor Swift llena el silencio que se hace entre nosotros—. Tiene suerte de tenerte. Y tú a ella.

—Gracias por entenderlo.

—No más secretos. Prométemelo.

—Hecho. Y esto..., tú y yo... ¿en qué punto estamos? —pregunta Claudio, visiblemente nervioso. Tardo unos segundos en contestar. Disfruto teniendo la sartén por el mango.

—Exactamente donde lo dejamos —respondo alzando mi anular. El diamante y la esmeralda que lo coronan parecen brillar más de lo habitual.

Claudio ralentiza el coche hasta aparcarlo en una zona de carga y descarga. Es el primer hueco que encuentra. Borracho de amor, me toma entre sus brazos y, acariciando uno de mis mechones rojos, me susurra al oído:

—*Mi sei mancata tanto*.



La mesa rota

Este jueves, La Caprichosa reúne el trabajo vanguardista de ocho artistas que destacan por su visión disruptiva de la vida. Sebas me acompaña a regañadientes. Él hubiera preferido otro jueves de sushi y vino a borbotones, pero no podía perderme esta exposición. A tía Dorita le habría entusiasmado. Me paro frente a la típica silla de taberna española. Cuando me acerco, me doy cuenta de que de típica tiene poco. Está colocada para que te sientes sobre su respaldo, así que, inevitablemente, quedas mirando al cielo. El asiento está forrado con una tela reflectante.

—La inventó el artista catalán Andreu Carulla —me informa Cristina—; es una manera genial de invitarnos a levantar la cabeza. Nos pasamos la vida mirando al suelo o al iPhone —dice resoplando —, aunque también puedes sentarte de forma convencional. *Up to you!*

Cristina no para de saludar a unos y a otros mientras procura explicarnos cada escultura, mueble o lo que se le ponga por delante. Me pregunto cuántas veces alzaré la mirada al día. Puede que ninguna. Sigo abriéndome paso entre el gentío (prefiero La Caprichosa vacía) hasta toparme con una mesa de madera. Está resquebrajada por el lado derecho y las patas no son uniformes. Sin embargo, mantiene la estabilidad gracias a la destreza de quienquiera que la diseñara. «Las cosas imperfectas son las más bellas, ¿no te parece?», escucho decir a un hombre bajito con olor a *after shave*. La mujer que lo acompaña asiente mientras da un sorbo

de champán francés. ¿Y si yo soy como esa mesa agrietada que muchos no comprarían? Solo unos pocos valorarían tanto esa brecha como para exponerla en una galería de arte. Y sé que Claudio lo haría. «Tus fisuras internas son parte de ti. Y yo te quiero enterita», me dijo una madrugada. Curiosa elección. La de Claudio, digo. Porque a veces no me escogería ni yo.

«No hay luces sin sombras». Es curioso cómo memoricé algunas lecciones de tía Dorita que, entonces, no entendí. Ahora pillo su mensaje al vuelo: esa sensibilidad que me ofusca es la misma que me hace brillar. «Los matices que capta tu mirada marcan la diferencia.» Tía Dorita me conocía mejor que yo.



Eliurpi

Piso con cautela las baldosas hidráulicas de su taller. Me da miedo ensuciarlas. No me acostumbro a un suelo tan bonito y eso que, como poco, he visitado el taller de Eliurpi una decena de veces. Cuando voy a Barcelona, aprovecho para ver a Eli y probarme todos los sombreros de rafia que ella misma cose a mano. Me alucina la destreza con la que crea diseños de proporciones geométricas. ¿Cómo una mente tan creativa puede ser, a la vez, tan matemática? Hay gente que está hecha de una pasta especial.

Hace años, mientras paseaba sin rumbo por el Barrio Gótico, me di de bruces con una tiendecita que apenas se dejaba ver a los viandantes. Y entonces descubrí el paraíso de los sombreros. Recuerdo a Eli dibujando a lápiz sobre un mostrador de roble, mientras su novio Nacho, cofundador de la firma y fotógrafo de profesión, entraba y salía de la tienda con pedidos extranjeros. En aquel espacio sin pretensiones, parapetado entre paredes del siglo xvii, se respiraba arte por los cuatro costados. Esa primera vez en Eliurpi, me probé la colección entera. Eli me colocaba cada una de sus piezas con suma delicadeza. Desde entonces, uno de sus sombreros corona el perchero de la entrada de mi bombonera. Ahora que mi colección empieza a tener un tamaño considerable, me paso el día cambiándole el look.

La visita de hoy es especial. Eli ya está al tanto. Quiero llevar un sombrero de ala ancha durante el aperitivo de mi boda. Haga sol o no. Eso es lo de menos.

Con el tiempo, el loft donde viven Eli y Nacho se ha convertido en un museo que expone su arte discreto y sereno. Sombreros, cuadros, esculturas, fotografías y piezas *prêt-à-porter* de seda y lino descansan en sus paredes, en el alféizar de la ventana e incluso en una cama que pasa desapercibida. Aquella primera colección de sombreros era solo el principio de algo grande.

—Bienvenida a tu casa, Gin —me saluda Eli con un tímido abrazo.

—No puedo creer que por fin vaya a dar el paso...

—Pues ve creyéndotelo, que esto se acerca. ¿Quieres tomar algo? ¿Agua, té?

—Nada, gracias. Tengo el estómago cerrado.

—Pues sí que debes de estar nerviosa. Es la primera vez que me niegas un té de jengibre y limón. Voy a por el mío, vuelvo enseguida. —Eli desaparece al fondo del pasillo y, al cabo de un par de minutos, regresa con una caja negra enorme—. Ábrelo. Es para ti.

—¿Y tu té?

—Era una excusa.

Deshago tan rápido como puedo la cinta de algodón que la envuelve. Bajo un par de papeles de seda, asoma un sombrero de paja trenzada tamaño XL. Tiene parte del ala recogida para poder ver, un detalle que también le da una forma orgánica muy chic.

—Hablé con Bruna para conocer algunos detalles de tu vestido de novia. Espero que no te importe. Quería sorprenderte con esta maxicapelina. Es mi regalo de boda.

—¿Bromeas? ¡Es mejor de lo que me había imaginado! Es... ¡simplemente perfecta! —Me abalanzo sobre ella, emocionada—. ¡Te has pasado!

Vuelo al probador. Eli me coloca el sombrero de una forma casi ceremonial. Las dos sabemos que esa capelina será el recuerdo de

una promesa eterna. Me miro al espejo de cuerpo entero. La Gin que veo ha dejado de dudar.



«Estamos a tiempo de dar la vuelta»

Papá entrelaza mis dedos con los suyos. Noto cómo su pulgar acaricia el dorso de mi mano. Llevo mitones de seda, pero no le suponen un impedimento. Quién iba a decirme que mi padre me reconfortaría con un cariñoso apretón de manos. Como chica arisca de manual, ese gesto me habría incomodado de cualquier otro, pero, curiosamente, no de él.

Vamos apretados en el asiento trasero de un Dos Caballos blanco. Creo que nunca hemos estado tan pegados como hoy. Le pido al chófer que ponga la canción *Our Last Summer*, de la película *Mamma Mia!* No me caso en Grecia, pero Puglia tiene poco que envidiarle. El aire acondicionado funciona a duras penas. Es lo que tienen los coches vintage. Avanzamos sin prisa entre campos de olivos e hileras de *trulli*, las típicas casas de piedra seca y tejados cónicos del valle de Itria. Recordaré este momento lo que me queda de vida.

—Estamos a tiempo de dar la vuelta.

—Gracias, papá.

Aunque noto mis piernas temblorosas bajo tres capas de hilo de seda, sé que quiero casarme. Mi padre, a su manera, acaba de decirme que, si no las tengo todas conmigo, nada ni nadie me obliga a dar el paso. Me gusta saber que, a pesar de todo, nunca se ha tomado el matrimonio a la ligera. Y yo se lo agradezco en silencio, apretándole la mano aún más fuerte.

Ralentizamos la marcha al llegar a Ostuni, también conocida como «la ciudad blanca» por sus callejuelas encaladas. Cuando entramos en el casco antiguo, el chófer para frente a las puertas de la Concattedrale di Santa Maria dell'Assunzione. Los tres rosetones de la fachada me fascinaron la primera vez que los vi. Sigo sin acostumbrarme a ellos.

Los invitados ya están dentro. A través del cristal, veo a Cas, María y Simona esperándome en la entrada. Mi padre baja primero para ayudarme a salir del Dos Caballos. El velo se ha enredado con la cola del vestido, y eso que no es demasiado larga. Bruna llega al rescate.

—Estás preciosa —me susurra con su delicado tono de voz, mientras me lo coloca. Cas y María intentan atusar la voluminosa falda del vestido sin demasiado éxito. A pocos metros, Simona se divierte observando la escena.

—*Ready, princess*. —Bruna se aleja unos pasos para contemplar su obra de arte con perspectiva.

La brisa mueve a su antojo el delicado hilo de seda. Está hecho en Francia y lleva flores diminutas bordadas a mano. El vestido se ajusta de cadera a pecho y se abre en un generoso escote por la espalda, que acaba con quince botones tamaño mini. Un sencillo velo de tul cubre parte de mis hombros. El resultado es romántico y fresco. Bruna me da el visto bueno y se apresura hacia la iglesia. Antes de ir tras ella, Cas y María me dan un recatado beso en la mejilla. No se atreven a tocarme.

—Con la moda no se juega —les ha advertido Simona en tono burlón, cuando me ajustaba los mitones. Tratándose de mí, el factor sorpresa no podía faltar, y a Bruna se le ocurrió que las mangas cubrieran mis manos dejando al descubierto parte de los dedos. Aunque mi *alter ego* milanés intenta disimular su emoción, advierto que mi amiga tiene los ojos vidriosos—. Estoy orgullosa de ti, Gin —

me dice con voz entrecortada—. A veces, los buenos ganan. Nos vemos ahí dentro, *amica mia*.

Simona se pierde en la oscuridad de la iglesia, dejándome mano a mano con mi padre.

—Solo quedamos tú y yo.

—Como siempre debió ser, hija.

—Después de todo, el *team* pesto sigue vivo.

—Nunca lo he dudado. ¿Lista, pequeña?

—Contigo, sí.

Me detengo en el umbral de la iglesia y empiezo a llorar desconsoladamente. Un montón de iPhones se agolpan a ambos lados del pasillo impidiendo que vea a Claudio. Sabía que mi vestido generaría expectación, pero no tanta. Avanzo como puedo, cada vez llorando con más soltura, hasta deshacerme en un mar de lágrimas de felicidad y nostalgia. Es la primera vez que dejo ir mis emociones en público. Me muero por empezar un nuevo capítulo con Claudio, pero eso no hace más fácil despedirme de la vida que he conocido hasta hoy. Mi padre me sostiene del brazo. Y yo me aferro a él todo lo que puedo. Estoy a unos pasos de soltar su mano para coger la de Claudio.



Mi vida en cajas

—¿Ya ha pasado un mes desde tu boda? ¡Dios mío, el tiempo vuela!

—Dímelo a mí —responde María tocándose su prominente barriga —, este bebé acabará conmigo. Voy a explotar.

Cas y María han venido a ayudarme con la mudanza. Bueno, María nos da apoyo moral desde el sofá con los pies en alto. Tiene los tobillos hinchados. Mi amiga sale de cuentas pasado mañana.

—¿Cuántas copas de champán quedan por envolver? Se está acabando el papel de burbujas.

—Mejor no preguntes —dice María con la perspectiva que tiene desde su cómoda posición.

—Y todavía no hemos empezado con tu clóset —suspira Cas.

—¿Para qué están las amigas? —le digo mientras le paso mi vaso de cristal de murano—. ¡Ojo...! —le advierto.

La de veces que habré ahogado mis penas en él. Durante la depresión, su agua aliviaba mis días y mis noches.

—Mi vida metida en cajas.

—No seas melodramática, Gin, que te vas a un casoplón donde podrás desembalar tu vida y la de quien quieras a tus anchas.

—He compartido tanto con mi bombonera... Y ahora la habitará un intruso.

—Pues no la alquiles —dice María mientras se come un conguito detrás de otro.

—Muy graciosa —le espeto robándole un par de esas bolitas de chocolate que, en verdad, no me gustan. Tengo ansiedad, pero,

dada mi situación, no debo alarmarme. Según estudios de psicología, los tres hechos que generan más estrés en la vida de una persona son: la muerte de un ser querido, un divorcio y una mudanza.

—¿Dónde guardo esta foto? —pregunta Cas. En ella salimos mis padres, Sebas y yo durante una excursión a la sierra. Me la apropié a escondidas en casa de mamá hace años. No es casualidad que lleve el marco de gres pintado a mano que me autorregalé por Navidad. Es mi preferido.

—En la caja que pone frágil, porfa.

Pimienta no para de corretear entre alfombras embaladas y una decena de cajas que ya están precintadas. Creo que el cambio de casa no le convence. Ya somos dos.

—¿Qué vas a hacer con el cuadro de Edgar Plans?

—Los transportistas de La Caprichosa se ocupan del traslado. Creo que voy a ponerlo en el recibidor. Parece que fue ayer cuando tía Dorita me presentó al artista asturiano.

—¿Y la kentia?

—¿Qué pregunta es esa? ¡Pues me la llevo! Es la primera planta que sobrevive conmigo. Vale, puede que el mérito sea de mi madre. Es la que se ocupa de ella cuando estoy de viaje.

—Cuando estás de viaje y cuando estás en Madrid —dice María, pitorreándose. Sabe que me chifla tener flores frescas y plantas en casa, pero cuidarlas no es lo mío. Teniendo a mi madre, ¿para qué hacerlo?

—¿Hoy es tu última noche aquí? —pregunta Cas.

—Sí —respondo con un hilo de voz—. Gracias por echarme un cable, chicas, y no solo con las cajas. Dejar mi bombonera está siendo todo un reto. Aquí me ha pasado de todo. Bueno y malo, muy malo. La enfermedad de la tristeza me obligó a encerrarme entre

estas cuatro paredes. Las veo y los recuerdos se amontonan sobre mí como si fueran una apisonadora. Aquí casi pierdo la vida. Ahora que estoy recuperada, o eso me ha dicho el doctor Negre, me impresiona que fuera capaz de llegar tan lejos. Por eso nunca bajo la guardia. Si tengo un día gris, rezo todo lo que sé para que no sea el principio de un pozo sin fondo. La línea entre tener un día tristón como cualquier otro mortal o estar al borde del abismo puede ser borrosa. Por eso vivo en alerta permanente.

—¿Y no es agotador? —pregunta María cuando termino mi perorata.

—Ya me he acostumbrado. Soy consciente de que, a veces, entro en un bucle de pensamientos negativos, y ahora tengo herramientas para salir del enredo. La terapia ayuda.

—Has cambiado mucho este último año, Gin, y creo que hablo por las dos —dice María—. ¿Quién iba a decirnos que, al final, acabarías atada de por vida a un italiano buenorro?

—Lo del italiano buenorro era predecible —bromea Cas—, tanto trabajar en Milán..., pero lo de tu boda ha sido toda una sorpresa. ¿Qué tal sienta ser la señora Morelli?

—Demasiado bien.

—Suenas insultantemente feliz —dice Cas.

—Lo soy.

—Y nos alegramos mucho por ti, pero dejaremos de hacerlo como nos falles los *juernes* de birras.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Solo te pongo sobre aviso. —Cas arquea las cejas—. ¡Prohibido convertirse en una de esas recién casadas que no se desenganchan de sus maridos! —Cas se abalanza sobre mí, divertida, con fingida expresión seria. Casi caemos sobre la panza de María, que se aparta con una agilidad pasmosa.

—¡Cuidado, chicas! —Y justo al pronunciar esas palabras, una fuente de agua se derrama sobre el sofá y mi melena pelirroja, que ahora chorrea como si acabara de ducharme.

—¿Qué narices es esto? —pregunto desconcertada.

—Creo que acabo de romper aguas.

—¿Estás segura? —pregunta Cas con cara de pánico.

—¡No lo sé! Soy primeriza, ¿recuerdas?

—Acabo de pedir un Uber. Llega en seis minutos —informo mientras vuelo a por la gabardina de María y mi cazadora.

¡Las Tres Mosqueteras se van de parto!

Bienvenida, Mencía

Luis está en el quirófano con María. Cas y yo vamos de un lado a otro de la sala de espera, cuando Claudio entra en el Ruber Internacional.

—¡Hola, *amore*! María debe de estar dando a luz en estos momentos. Ha llegado dilatada cinco centímetros. —Abrazo emocionada a mi marido («ma-ri-do», la palabra impone).

Todavía no puedo creer que mi amiga del cole vaya a ser madre. ¿En qué momento nos hemos hecho mayores? Pero si yo sigo viendo a aquellas niñas del pichi azul intercambiarse cromos de purpurina.

Habitación 205. Espero unos segundos antes de llamar a la puerta. La situación me intimida. «Es María, Gin, con un bebé, pero sigue siendo ella.» Me sosiega mi vocecita interior. Últimamente es más cariñosa.

Mi amiga tiene la cara amarilla.

—Después de dar a luz, su útero no se ha contraído bien y María ha perdido más sangre de la cuenta —nos ha informado Luis al salir de quirófano—, pero todo ha quedado en un susto.

Tal y como esperaba, me impacta verla con su bebé en brazos. Se la ve encantada, amarilla, pero encantada.

—¿Quieres cogerla?

—Toda tuya. —Me da pánico hacerle daño; es lo más frágil y diminuto que he visto en mi vida—. ¿Cómo te encuentras?

—Con un subidón de oxitocina brutal.

—Madre mía, eres una valiente, amiga. Luis ya me ha puesto al día.

—Pobre, lo ha pasado fatal. Yo ni me he enterado. Es lo que tiene desmayarse.

—Vaya, veo que esto de parir es un deporte de riesgo.

—No es para tanto, y ya ves que el resultado compensa.

—Si tú lo dices... —Esto de ser madre me parece a mí que viene con letra pequeña y no te la cuentan.

Cas irrumpe en la habitación al grito de «¡bienvenida, Mencía!», con una botella de Louis Roederer.

—Dicen que los niños vienen con un pan debajo del brazo, ¿no? Pues la tuya viene con una Magnum de champán. —Como siempre, Cas nos hace troncharnos de risa.

—Chicas, no sé si os habéis dado cuenta, pero, oficialmente, hemos dejado de ser las Tres Mosqueteras. Mencía acaba de unirse al equipo.

Lo he dicho feliz, porque, para mi sorpresa, lo estoy. Cuando María se casó, pensé que su nuevo estado civil nos distanciaría. Tampoco recibí con gran emoción la noticia de su embarazo. Pero el tiempo me ha enseñado que nuestra amistad está a prueba de trabajos absorbentes, maridos y bebés (aunque esto último está por ver).



Vida nueva y jarrones vintage

Reconocería donde fuera ese caminar firme y acelerado. Claudio acaba de llegar a casa. Corro por el pasillo hasta saltar, literalmente, sobre mi marido y rodear su cintura con mis piernas. Lo beso antes de que pueda pronunciar palabra.

—¡Por fin has vuelto!

—Si no recuerdo mal, creo que me he ido esta mañana.

—Siguen siendo demasiadas horas sin ti.

—Esto del matrimonio te sienta bien.

—Lo sé —le digo mientras me deshago de su camisa azul marino. Claudio camina conmigo en brazos hasta aterrizar en la habitación de invitados.

—¿Aquí?

—No me dejas llegar más lejos —me susurra al oído mientras me tumba sobre la vieja alfombra de mi bombonera. Es lo único que hay en la habitación, todavía por amueblar. Nuestros cuerpos vuelven a reconocerse milímetro a milímetro, acariciándose con cariño y ardor.

«Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:24). Ahora sí.

Se me hace raro cenar en pijama con Claudio. Estaba acostumbrada a tenerlo unas horas, tres o cuatro días como máximo. Me había habituado a las despedidas de madrugada. Ahora, aquellos momentos extraordinarios se han convertido en nuestra rutina. Una rutina que me resulta de lo más emocionante.

Maribel nos ha preparado salmón con verduras al vapor.

—¡Qué bueno está! —exclamo sorprendida. Se nota que, durante mi depresión, estuvo trabajando en un restaurante.

Sin tenerlas todas conmigo, la llamé el día que firmamos la compra de este ático, en la calle Fernando VI de Madrid. Necesitaba a alguien de confianza que me ayudara con estos cuatrocientos metros cuadrados. Maribel me respondió al teléfono con una efusividad inesperada. Poco después, entendí que no logré esconderle el motivo de su despido: mi enfermedad. Pero ella nunca preguntó. Maribel es de esas personas que prefieren ayudar en la sombra. Respetuosa y trabajadora como pocas, creo que nunca le he escuchado decir «no» a nadie.

Sonrío al ver mi jarrón vintage junto a la fuente vacía. El sello de Maribel me ha seguido hasta aquí. No se ha olvidado de mi afición por las gerberas fucsias. Aquel detalle intentó convertir mi bombonera en hogar. Y ahora que tengo uno de verdad, no lo concibo sin ella. «Sobre todo porque me deja la fruta cortada en la nevera», bromeo para mis adentros. Adiós a las natillas caducadas. Que me pelen un paraguayo se acerca mucho a mi idea de felicidad.

Antes de acostarnos, Claudio revisa su bandeja de mails mientras yo trasteo por Instagram. Media hora después, retomamos el capítulo de Netflix que dejamos a medias la noche anterior. Cómo me gusta nuestro ritual nocturno.

—Buenas noches, *amore mio* —me dice antes de darme el último beso del día.

—Me gusta mi vida —le respondo medio dormida, sin ser consciente del todo.



Esa chica ¿feliz?

Me desperezo usurpando el sitio de Claudio. Extiendo mis brazos a lo ancho de mi nueva cama *king size*. Son las siete de la mañana. Claudio suele despertarse antes de que lo haga el sol (y el resto de la humanidad). Le gusta llegar a la ofi cuando está vacía. Dice que el silencio le inspira. No le hace falta dormir más de cuatro o cinco horas, como mucho. Yo necesito el doble para funcionar.

Bostezo de camino a la cocina. Pimienta va detrás de mí. Me encanta andar descalza por casa. Me acerco a la cafetera superautomática que preside la encimera como si fuera un tótem. Cosas de un milanés adicto al café. Y no a cualquier café. El suyo huele a chocolate y no hace falta añadirle sacarina.

Me estoy acostumbrando a tomarme el primero desde la cristalera del salón, viendo cómo Madrid amanece en plena forma. Los más disciplinados entran en clase de *spinning*. Hay un *gym* delante de casa. Otros desayunan en la cafetería de la esquina sin levantar la mirada del iPhone. Hay quien sale a correr sorteando los peatones que van a trabajar con el piloto automático, mientras unos pocos pasean a su perro en chándal (o en pijama).

Los conductores madrileños se dividen en dos grupos: adictos a la bocina o fans del *playback*. La música distrae el mal humor. Y entre el ir y venir de gente, me sorprende el reflejo de una chica con el pelo semirecogido y un camisón blanco que deja sus rodillas al descubierto. Me gusta el aspecto de esta Gin tranquila. Tengo la piel especialmente luminosa. Será el sexo. Miro a mi alrededor dando un

giro de 360 grados sobre mí, hasta volver a toparme con esa chica despreocupada y ¿feliz? Puede. Aunque no me atrevo a decirlo muy alto, no vaya a ser que se rompa el hechizo.

Al mojar mis labios en café, noto una extraña sensación en el estómago, pero, para cuando quiero darme cuenta, el salmón de anoche ya ha salido disparado de mi estómago en forma de papilla. El sofá de pana se ha salvado por un pelo. Suerte que solo se ha manchado el parqué. Corro al cuarto de baño de la entrada para vomitar otra vez. Creo que no lo hacía desde que era niña. Y justo cuando doy por finiquitado el mal trago, llega Maribel.

—¿Qué te pasa, mi niña? Estás blanca como el papel.

—Creo que tengo gastro... —Antes de que pueda acabar la frase, corro al baño a por la tercera vomitona. Había olvidado lo desagradable que era. Maribel va detrás de mí para recogerme el pelo mientras saco hasta el hígado.

—Acuéstate, Gin, yo me ocupo.



El anticuario (al que no volveré)

—Nunca había tomado anacardos sin sal. Y creo que no volveré a hacerlo —le digo a Simona. Mi amiga está de vuelta en Madrid para una sesión de fotos muy especial. Va a protagonizar su primera portada española. Se los mete en la boca a puñados. Está nerviosa.

—Yo compro a menudo. Es una manera de distraer el hambre. —Ella y sus manías por no engordar.

—Sabes que eso es una estupidez, ¿no?

—¿El qué?

—Que te pases la vida distrayendo el hambre cuando es obvio que no necesitas adelgazar. Es más, te faltan unos kilos.

—Tú, que me ves con buenos ojos.

—Te veo igual que lo hace el resto del mundo. En serio, Simona, me preocupas.

—¿Y qué quieres que haga si a veces no entro en los *samples*?[3]

—Son tallas diminutas.

—Lo que tú digas, pero mañana tengo uno de los *shootings* más importantes de mi carrera y quiero estar a la altura.

—Y lo estarás, con o sin anacardos —le digo mientras entramos en un anticuario al que quería ir desde que me mudé; estoy buscando una alacena para colocar la vajilla de mi abuela.

Como yo, Simona se vuelve loca entre tapices antiguos, jarrones con grietas, cómodas, sillas de mimbre y otros muebles que se amontonan en dos pasillos infinitos y estrechos. No hay mucha luz. Simona se acerca con un par de candelabros de Baccarat —«¡Hacía

mucho que buscaba unos como estos!»— y, cuando voy a cogerlos para apreciarlos de cerca, vuelvo a notar esa sensación de vacío en el estómago. Aparto a mi amiga de un empujón, justo a tiempo para no vomitarle encima. Las lentejas del mediodía salen de mis entrañas casi intactas. Muero de la vergüenza al ver esa masa asquerosa sobre una cubertería de plata.

—¡Gin! ¿Estás bien?

—Creo que sí... Ayer me pasó lo mismo. Pensé que era una gastroenteritis, pero, después de echarlo todo, me acosté media hora y estuve fenomenal el resto del día.

—Ve al médico y que te haga un chequeo.

—Lo haré, pero ahora necesito tomar el aire.

—Espérame fuera. Yo me ocupo de esta guarrería. Desde luego, lo que no haga por ti…



Con la mosca detrás de la oreja

Me siento en la terraza que hay a diez metros del anticuario. Estoy mareada.

—Una Coca-Cola, por favor —le ruego al primer camarero que pasa. Simona llega poco después.

—He tenido suerte. La dependienta se ha apiadado de mí. Al pagarle en *cash* esta maravilla de candelabros, me ha dicho que ya lo limpiaba ella. ¡Dios la bendiga! Por cierto, Gin, ¿puede ser que el colorete se te haya evaporado por el camino? ¿O te está pillando otro chungo? No tienes buena cara.

—Vaya..., gracias, Simona. Ten amigas para esto —le respondo sarcástica, apurando el último sorbo de Coca-Cola.

—Oye, ¿no estarás...?

—¿No estaré qué?

—¡Embarazada!

—¡Qué tonterías dices, Simona! A ver si te crees que nací ayer. Tomo precauciones. Además, ni siquiera sé si quiero hijos.

—Vale, vale..., tampoco te pongas así.

No llevo bien que me saquen el tema. Después de la boda, parece que tenga que venir el bebé porque lo dicta el mundo. Pero la pregunta de Simona me deja con la mosca detrás de la oreja. ¿Y si lo estoy?

Mi vocecita interior vuelve al ataque. La marcha atrás no es una medida anticonceptiva, aunque yo me la tome como tal.

Cuando me despido de mi amiga, y tras asegurarme de que me ha perdido de vista, voy directa a la primera farmacia que encuentro.

—Un test de embarazo, por favor —pido con un hilo de voz.

—Disculpa, no te he oído —responde una mujer con gafas de culo de botella. Vaya, parece que toda la cola va a enterarse de que hay una remota posibilidad de que alguien esté creciendo en mi vientre.

—Quería un test de embarazo —pronuncio en un tono audible. La mujer miope entra en la rebotica y tarda un par de minutos en volver con la cajita rectangular. Ya podría cogerla más discretamente. Cualquiera de la fila puede leer Clearblue sin dejarse una letra. «Tierra, trágame.» Cuando por fin voy a pagar, veo a dos adolescentes apuntándome con el iPhone. Creo que me están haciendo fotos. Dejo a la farmacéutica con el datáfono en la mano y me acerco a ellas, totalmente fuera de mí—. ¿Qué estáis haciendo? —Ahora sí se me oye alto y claro. Vale, puede que más alto de lo debido.

—Perdona... ¿Eres Gin? Te seguimos en Instagram y no nos atrevíamos a pedirte una foto...

—Así que habéis decidido hacérmela por vuestra cuenta —las corto, tajante—. ¿Sabéis que no podéis hacerlo sin mi permiso?

Dan la callada por respuesta. Veo el miedo en sus ojos. «Solo son niñas intimidadas por su ídolo virtual», me reprende mi vocecilla interior. Esta vez, tiene razón. Normalmente sonrío a la gente que me «acosa» con el móvil. Sé que es parte de mi trabajo. Pero hoy se me ha ido de las manos. ¿Serán las hormonas? Desecho ese pensamiento de mi cabeza *ipso facto*. Es imposible que esté embarazada. Y este Clearblue me dará la razón.



La hora de la verdad

Entro en el bar más cercano a la farmacia. Mi desesperación es tal, que no puedo esperar a llegar a casa para hacer pipí en ese palillo y salir de dudas.

—¿El cuarto de baño, por favor?

—Todo recto y gira a mano derecha. —No sé por qué todos los baños de este país están al final del pasillo a la derecha.

Me bebo medio botellín de agua de golpe, y abro con manos temblorosas la cajita azul. Mojo la varilla haciendo una sentadilla perfecta para no sentarme en el váter. Doy gracias a Vic y a sus clases de pilates.

Ahora sí, el reloj de arena empieza a parpadear en la pantallita. Espero de espaldas a ese cachivache que he dejado sobre una repisa diminuta y polvorienta, que recordaré toda la vida. Un minuto después, sigo cara a la pared. Igual que cuando me castigaban por contestona. Según las instrucciones, hay resultados que aparecen antes, pero todos dan la cara «en un período de tres minutos». Pues eso, que prefiero esperar. La alarma del móvil me anuncia el fin de la tregua. Me giro a cámara lenta y cojo el dispositivo azul y blanco con los ojos cerrados.

«Tú puedes», me digo antes de que se me abran como platos al leer: «Embarazada».



¡GRACIAS, GRACIAS Y MÁS GRACIAS!

Gracias, Álex, por quererme con todo —incluso cuando cuesta descifrarme— y llegar donde yo no alcanzo. Sigo viéndote con los mismos ojos que a aquel niño de Ermedás. Solo que, a esa ilusión incipiente, ahora hay que sumarle lo mucho que te admiro. «Hasta que la muerte nos separe y más allá.» ¿Recuerdas? Pues eso: tú y yo. El resto está de más.

Gracias, Claudio, Jimena y Allegra, por regalarme mi norte.

Gracias, papá, por enseñarme que la vida con Fe es otro cantar. Gracias por darme alas para hacer lo que me gusta. Nunca dejes de escribir, yo empecé por ti.

Gracias, mamá, por ser incondicional. A veces me gustaría volver atrás, solo para acurrucarme en tu regazo, allí donde todo lo bueno sucede.

Gracias a mi hermana, Andrea, por tratar con cariño
esta personalidad arisca, ser amiga y conciencia. Eres mi
lugar seguro.

Gracias, Jota, mi hermano pequeño, por mostrarme
que el camino se hace al andar, con trabajo duro y cariño. Gracias

por darle importancia a lo que, de verdad, la tiene.

Gracias, Fa, Lu y Jai, por estar ahí siempre, desde que íbamos a clase con falda de cuadros. Los años, la distancia y las circunstancias de cada una han sido incapaces de cambiar el rumbo de nuestra amistad.

Gracias a las personas que han compartido su testimonio conmigo para inspirar esta historia.

Notas

Primera vez

1. Un *shooting* es una sesión de fotos.

Mesa para dos

2. Un *fitting* es una prueba de vestuario.

El anticuario (al que no volveré)

3. Piezas de colección no destinadas a la venta. Suelen cederse para eventos y *shootings* de moda.

La pelirroja soy yo
Patricia Sañes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño e ilustración de la cubierta: © Félix Díaz de Escauriaza (@felixdiazesc)

Diseño y maquetación: Lunwerg, 2025

© Patricia Sañes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.x.com/Lunwerglibros
www.facebook.com/lunwerg

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 979-13-87761-32-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones